

SANDRA SOMERA

No soy
un
Ángel

Una historia de amor
y venganza



No soy un ángel

SANDRA SOMERA

Copyright © 2019 Sandra Somera

© *No soy un ángel*, Sandra Somera, 2019.

Todos los derechos reservados.

Safe Creative: 1903060166695.

All rights reserved.

Derecho de autor de fotografía de portada: Oleg Gekman/123RF Foto de archivo.

Diseño de portada: Sandra Somera.

Los personajes, eventos y lugares descritos en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con lugares, situaciones o personales reales, vivas o muertas, es coincidencia.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice de contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Contacta con Sandra](#)

Capítulo 1

Ángeles caídos

El largo vuelo de Londres a Nueva York no estaba siendo suficiente para calmar su mal humor y abatimiento. Le costaba aceptar que su madre le hubiera ocultado durante tanto tiempo la verdad, aunque si era sincera consigo misma, en el fondo siempre sospechó que había algo más detrás de la muerte de su padre. Tal vez ella misma no había querido verlo.

—¿Desea algo de beber, señorita? —preguntó la azafata.

—Un whisky con hielo por favor.

—Enseguida.

Recibió su bebida, y mientras le daba un primer trago, contempló a través de la ventana cómo caía la oscuridad de la noche. Los colores naranjas y dorados del atardecer cedían espacio poco a poco al azul intenso que cubría con su manto cada resquicio. Siempre había sido el atardecer su hora preferida del día. Un día más que terminaba, una jornada más que se iba entre los dedos, en manos del tiempo. Siempre implacable, incesante, infinito...

Aún no había decidido qué hacer, pero ciertamente, no pensaba quedarse cruzada de brazos ante la revelación que le hizo su madre.

«Tienes que serenarte, tómate un tiempo para pensar, no hagas nada precipitado», le había aconsejado su amiga Andrea unos días antes, cuando Valeria la llamó desde Londres, muy alterada, para contarle su situación. Lo cierto es que Valeria y su madre nunca habían estado muy unidas. Ella era práctica, organizada y responsable. Su madre, no. Desde niña sentía con frecuencia que ella era la adulta y su madre la joven inmadura, siempre haciendo castillos en el aire, creyendo historias absurdas o simplemente, viviendo en una burbuja. Aunque sus personalidades habían sido opuestas y eso las llevaba a tener muchos choques y pocas afinidades, eso no mitigaba el dolor que sentía por su muerte. Se querían, y mucho. Físicamente, sin embargo, eran como dos gotas de agua. Valeria había heredado la belleza de Silvia. Sus ojos ambarinos, su cabello lacio color miel, y su cuerpo delgado, pero con las curvas precisas en los lugares indicados.

Hacía tres meses que Valeria había recibido una llamada de su tía Alicia para darle las malas noticias sobre el estado de salud de su madre. El cáncer estaba muy avanzado y los médicos le daban tan sólo unos meses de vida.

Valeria renunció a su empleo en Nueva York en la agencia de publicidad Smith & Williams, donde trabajaba como creativa, para poder cuidar a su madre a tiempo completo. Era hija única y aunque Silvia contaba con la compañía de su hermana Alicia, quien se había mudado a vivir con ella tras su divorcio seis años atrás, su madre la necesitaba, y Valeria también necesitaba estar con ella.

Habían sido unos meses muy dolorosos. Ver a su madre, siempre jovial, consumirse poco a poco por la enfermedad, le había partido el alma. Y sumado a eso, la revelación sobre su padre, era demasiado. Sólo quería olvidar todo, aunque fuera por unas horas. Y eso pensaba hacer, en brazos de Bruno.

Dos semanas atrás...

—Val, acércate, tengo que decirte algo —le dijo su madre con voz queda y susurrante, que era la única forma en que hablaba últimamente.

—Mamá, no hagas esfuerzos, sabes que te agotan demasiado.

—¿Qué más da, hija? Las dos sabemos que el tiempo es el que se me agota, haga o no esfuerzos. No pongas esa cara, mi amor. He tenido tiempo para hacerme a la idea; estoy tranquila. Y es importante lo que tengo que decirte.

Valeria suspiró profundamente para calmarse y no llorar. Se sentó en la cama al lado de su madre y le tomó las manos con cariño.

—¿Qué es lo sucede mamá, qué es tan importante?

—Es... sobre tu padre.

Su padre. Ese era un tema prácticamente prohibido en la familia. A los 12 años ella había sido enviada a estudiar al extranjero, y sólo visitaba a sus padres en Londres durante las vacaciones de verano y la temporada navideña. Cuando la tragedia ocurrió, ella tenía dieciséis años.

Enviaron por ella de inmediato; recordaba todo como una terrible pesadilla y en cámara lenta. Su madre desconsolada, el incesante ir y venir de amigos y conocidos, y la foto en la prensa local, del cuerpo de su padre en su ataúd. «Fallece destacado empresario», señalaban los titulares impresos.

«¿Por qué, por qué?», se había preguntado una y mil veces. Según le habían explicado entonces, había tenido un severo revés en los negocios y no pudo sobrellevarlo. Pero su padre no era así de débil. Valeria no concebía la idea de que se hubiera rendido de esa manera, de que hubiera decidido acabar con todo en vez de luchar por levantarse, y dejarlas a ellas dos solas y desamparadas.

Robert Benson siempre había sido un hombre trabajador. Desde pequeño había demostrado ser inquieto e inteligente. Nacido en una familia inglesa de clase media, tuvo la oportunidad de estudiar y de ir a la universidad. Eligió el ramo publicitario, y a los pocos años de desempeñarse en la agencia como creativo, una vez que logró destacar y aprender los tejes y manejes del sector, decidió iniciar su propia empresa. Pero en la aventura no estaba solo, tenía un socio: Hunter Davenport. Hunter no sólo era su socio, era también su mejor amigo. Se conocieron en la universidad. Discutieron acaloradamente en un debate en clase y desde ahí se volvieron inseparables.

Sin embargo, trabajar hombro con hombro no resultó como esperaban.

Discutían todo el tiempo y tenían puntos de vista opuestos en casi todas las decisiones administrativas y creativas. Así que, por el bien de sus negocios y de su amistad, desbarataron la sociedad y cada cual siguió por su lado. Sus respectivas agencias eran ahora rivales, peleando por crecer y sobresalir en el competitivo mundo de la publicidad.

Para cuando Robert se quitó la vida, su agencia, RB Creative había logrado ser de las más importantes de la ciudad. Valeria recordaba que gracias a la empresa de su padre, ella había tenido una vida holgada, llena de oportunidades, estudios en institutos de prestigio, y viajes. Fue en los últimos años cuando las cosas empezaron a ir muy mal. Los gastos que se le permitían comenzaron a ser más restringidos y cuando visitaba a sus padres, ya no sonreían como antes; estaban tensos y preocupados. Pero a pesar de eso, Valeria no imaginó ni por un momento que la situación profesional y económica de su padre fuera tan grave como para llevarlo al suicidio.

—¿Recuerdas... lo que sucedió con el negocio de tu padre? —le preguntó Silvia, con cautela.

—Sí, lo perdimos todo, por una mala administración, según nos explicaron.

—Pues no fue así, Val. La razón de la quiebra que lo llevó a la muerte no fueron malas decisiones tuyas, fue una persona. Hunter Davenport.

Desde que Robert y Hunter tomaron caminos separados, su amistad comenzó a resquebrajarse. Se reunían una vez al mes para tomar una copa, tratando de mantener la tradición. A Robert le entusiasmaban esos encuentros, porque no quería perder a su amigo por causa de los negocios, pero pronto empezó a notar cambios en él. Hunter se mostraba cada vez más competitivo y hostil. No podía ocultar su molestia cada que Robert ganaba una cuenta importante, y trataba de restarle importancia con comentarios hirientes.

Después de que la agencia de Robert ganara un destacado reconocimiento, Hunter comenzó a poner pretextos para aplazar los encuentros, hasta que dejaron de reunirse.

Poco después de que los antes grandes amigos dejaran de frecuentarse, los negocios de Robert empezaron a ir mal.

No entendía lo que pasaba, pero comenzó a perder cuentas sin razón aparente, y la administración también presentaba inconsistencias. Los clientes que antes lo respetaban y admiraban ahora le daban la espalda. Gente

importante del gremio dejó de invitarlo a los grandes eventos y su propio personal parecía no dar los resultados que acostumbraba.

Fueron varios años de lucha y de ver como lo que había construido con tanto trabajo y cariño, se iba desmoronando poco a poco y sin entender por qué.

Cuando Robert descubrió que una campaña de D&D que obtuvo reconocimiento internacional era muy similar a un proyecto suyo que no había podido concretar, decidió recurrir a un especialista externo para que auditara sus propias cuentas, investigara a su personal y descubriera qué estaba fallando. Tenía el presentimiento de que algo retorcido sucedía. Y no se equivocó. El investigador encontró que su administrador de confianza había estado defalcando a la empresa por años. También había hecho de soplón compartiendo información privilegiada con la competencia. Con Hunter Davenport, para ser precisos. Robert no podía creerlo. Sabía que su relación con Hunter ya no era lo que un día fue, pero a pesar de su distanciamiento, lo seguía considerando un profesional; alguien decente y ético. Tenía que haber un error.

Cuando buscó a su administrador para aclarar las cosas, ya no lo encontró. El hombre abandonó el país y no había manera de dar con él. Sus datos eran falsos, y tal vez Jonathan Taylor no era su verdadero nombre tampoco. O se lo había cambiado al huir.

Temblando de angustia, odio y shock, Robert había ido directamente a ver Davenport, para salir de dudas de una vez por todas. En lo que esperaba a que Hunter lo recibiera se encontró con su hijo, Nolan, quien ahora era socio de la agencia. El joven, después de la sorpresa inicial al verlo ahí, solo le dedicó una mirada de desprecio, antes de salir por la puerta. Robert no entendía nada de lo que pasaba, pero seguía esperanzado en que hubiera una explicación. Pero todas sus esperanzas se hicieron trizas en cuanto Hunter lo recibió en su oficina, con una sonrisa cínica y autosuficiente, que le heló los huesos.

A Robert le bastó con mirarlo para entender que todo lo que había descubierto su investigador era verdad.

—¿Por qué, Hunter? —dijo el publicista, con los hombros hundidos y la mirada vidriosa. Sentía que sus piernas no le sostenían. Suspiró y se dejó caer en el sillón frente al escritorio de aquel.

—No es nada personal Robert, lo sabes, ¿no? Sólo son negocios —respondió Hunter, mientras encendía un puro.

—¿De qué diablos hablas? Esto no son negocios. Esto es sucio, ruin; no es

digno de ti.

—No me vengas con sermones de moralidad, Benson. Para triunfar hay que echar mano de todas las armas.

—¡Pero me has arruinado! Con trampas, con fraudes...

—Tu empresa ha sido para mí una piedra en el zapato por mucho tiempo, lo reconozco. Tenía que tomar medidas drásticas. O eras tú o era yo. No hay lugar para sentimentalismos; no me iba a quedar sin hacer nada viendo que mi agencia se iba a la ruina, mientras la tuya florecía.

—Si tenías problemas, ¿por qué no me pediste ayuda, en vez de actuar como un criminal? Creí que éramos amigos —dijo Benson—. Acudiré a las autoridades. Esto no se puede quedar así y tú has incurrido en ilegalidades.

—Yo te aconsejaría no intentar nada contra mí. Podría salirte muy caro. ¿En serio crees que iba yo a ser tan descuidado para hacer algo así, sin protegerme? No me subestimes Robert.

—¿Protegerme? ¿Cómo? —preguntó el publicista, sintiendo que una bomba peor estaba a punto de caerle encima.

—¿Es que no has notado cierto... rechazo hacia tu persona, en el sector? ¿No has notado que pierdes clientes, que gente con la que contabas ahora parece darte la espalda, que ya no te invitan a eventos donde antes eran indispensable?

—Sí... pero pensé que era mi imaginación, meras casualidades.

—No existen las casualidades, Robert. Me he encargado de ir minando, aquí y allá, tu reputación. La pieza final es involucrarte en un fraude de tales proporciones, que pasarías el resto de tu vida en la cárcel. No voy a entrar en detalles ahora, pero todo está listo para echarlo a andar en el instante en que comiences a darme problemas.

—Eso no es posible. Yo no he hecho nada ilegal, no podrías probarme nada.

—Sabes bien que el dinero compra favores y conciencias. Y el dinero es lo que me sobra ahora. Además de prestigio y poder. ¿Crees que puedes contra ello, Robert? ¿Crees que puedes derrotarme? Atrévete a intentarlo y veremos quién tiene la razón.

—¿En qué momento me convertí en un enemigo para ti?

Hunter se quedó callado por unos instantes en los que Robert creyó encontrar en sus ojos un atisbo del hombre que fue su amigo. Pareció dudar.

—No es personal, Robert, ya te lo dije. En los negocios hay que tomar decisiones... y no mirar atrás —dijo Davenport, al tiempo que la expresión

dura e indiferente volvía a dominar su rostro.

—Todo esto parece ser un juego para ti y no lo es. ¡Maldita sea, Hunter, es mi vida, el trabajo al que he dedicado tantos años, es el futuro de mi familia! —gritó Robert, poniéndose de pie y dando un manotazo al lujoso escritorio de roble.

—Por supuesto que es un juego —respondió Hunter sin inmutarse— y el juego se acabó. Y yo gané. Ahora, haz el favor de retirarte. Tengo mucho trabajo y tú también. Tienes mucho en que pensar. Por ejemplo, a qué te vas a dedicar ahora. Porque el mundo de la publicidad está cerrado para ti.

—Esto no se va a quedar así —dijo Robert casi en un susurro, con el rostro pálido y desencajado, apuntando a Hunter con un dedo tembloroso y acusador.

—Como quieras, pero no digas que no te advertí. Y por cierto, dale mis saludos a Silvia. Cierra la puerta al salir.

—Esa misma tarde, tu padre me contó todo. Y un par de días después... se quitó la vida —dijo Silvia, terminando su relato, con un hilo de voz.

El dolor de los recuerdos era palpable en su mirada, que estaba perdida en el ayer. Valeria se había puesto de pie y no paraba de caminar de un lado a otro por la habitación. La sorpresa de la revelación y la furia que trataba de contener, le hacían difícil respirar.

—Voy a hacer pagar a ese desgraciado. Te juro que lo voy a hacer.

—Eso no va a ser posible hija. Hunter murió hace un par de años, tengo entendido que sufrió un infarto.

—¿Qué? No puede ser, no es justo. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Ahora que sé que mi padre fue la víctima inocente de la maldad de ese hombre, que nuestra vida sería muy distinta si no fuera por él, que mi padre estaría vivo, con nosotras? —La desesperación tenía sus palabras.

—Val, no te lo conté para que hicieras algo al respecto. Sólo para que lo sepas, para que tengas un buen recuerdo del hombre que realmente fue tu padre. Merecías saber la verdad.

—¿Y por qué me lo dices hasta ahora? ¿Por qué no me diste la oportunidad de enfrentar a ese tipo? ¿De hacerle pagar de alguna forma?

—Precisamente por eso. Para evitar que desgastaras tu vida en venganzas, que sólo te llenarían de amargura.

—¿Y qué crees que estoy sintiendo ahora? ¿Alegría? —Sus ojos color

ámbar centelleaban y los nudillos de sus manos estaban blancos, de tanto apretar los puños.

—Entiéndeme, hija, no tenía caso que lo supieras antes. Nada de lo que hicieras nos devolvería a tu padre.

—Pero al menos hubiera podido encontrar la manera de hacerle justicia, mamá. —Respiró profundamente otra vez, y se sentó al lado de su madre—. No sé... no sé qué voy a hacer.

—Ese hombre está muerto, Val. Seguramente en donde esté, ya está pagando lo que hizo en vida.

—Por favor, mamá, sabes bien que yo no creo en esas cosas. El único infierno que existe es el que nosotros mismos creamos, aquí, en la Tierra. El que construimos día a día, con nuestros actos más bajos. El que creó Hunter, y al que nos condenó a ti, a mi padre y a mí.

Silvia suspiró, cansada, y no dijo más. Sabía que tenía que darle tiempo a Valeria para que asimilara las cosas, para que se sosegara y finalmente, siguiera adelante con su vida, aunque ella ya no estuviera a su lado. Confiaba en que pronto se resignaría y dejaría el pasado atrás. Pero se equivocaba.

Capítulo 2

El abismo

El taxi dejó a Valeria a la puerta del edificio de departamentos donde vivía con Bruno. Después de un largo trayecto desde el aeropuerto JFK, gracias al tráfico vespertino de las horas pico, por fin llegaba a su destino. Estaba ansiosa por encontrarse con Bruno y contarle todo lo sucedido en Londres. Que la acurrucara entre sus brazos y le dijera que todo iba a estar bien, como siempre hacía cada que algún problema del trabajo la estresaba o la ponía de un humor de perros. Lo echaba de menos. Durante todos esos meses en Londres no había viajado ni una vez a Nueva York; no había querido separarse de su madre en esos momentos tan difíciles.

—Buenas tardes señorita Benson, qué gusto verla. ¿Qué tal estuvo su viaje? —preguntó atento el conserje del condominio. El señor Black, delgado y canoso, era siempre amable.

—Bien, señor Black, gracias —respondió Valeria, sin detener su camino hacia el ascensor. Hacía mucho tiempo que había aprendido que cuando la gente pregunta «¿Cómo estás?» es mera cortesía, y no le interesa gran cosa conocer la respuesta, en especial si implica una larga letanía de desgracias y quejas. Y ciertamente, ella no tenía nada bueno que compartir sobre su estancia en Londres.

Tomó el elevador y en cuanto llegó al piso correspondiente, salió de prisa hacia el departamento. En cuanto abrió la puerta, escuchó la música suave que inundaba la estancia. Bruno estaba en casa. Dejó su maleta y su abrigo junto a la entrada, y caminó con entusiasmo hacia la recámara.

Si hubiera sabido lo que encontraría al otro lado de la puerta, no hubiera regresado de Londres.

Un espectáculo de miembros desnudos, gemidos y sábanas enredadas se desplegaba ante sus ojos. Ahí estaba Bruno, con otra mujer en sus brazos. En su departamento. En su cama. La cama que habían compartido en los tres años que llevaban de relación. Ni siquiera habían notado su presencia. Sintió que su cuerpo se congelaba por la sorpresa. No supo cuánto tiempo estuvo así,

petrificada, sin decir palabra.

—Vaya, que bonito recibimiento. —Fue lo que atinó a decir, en cuanto la conciencia le volvió al cuerpo. Escuchaba su propia voz lejana y ausente.

De inmediato, ambos voltearon con brusquedad hacia ella, y Bruno, que estaba a la orilla de la cama, perdió el equilibrio y cayó de espaldas al piso. La mujer resultó ser Gabriela, una compañera de trabajo de él. Con la boca abierta y el rostro pálido, trataba de cubrirse con las sábanas.

—¡Valeria! No... no... te esperaba —dijo Bruno, levantándose del suelo.

—Eso es más que evidente. —La voz de Valeria, aunque firme, revelaba la tormenta de emociones que sentía—. Quería darte una sorpresa, y mira las ironías de la vida, la sorprendida fui yo.

—No es lo que parece...

—Es exactamente lo que parece.

Valeria dio media vuelta, tomó su bolso y su chaqueta, y salió a toda prisa. Corrió escalera abajo, lo más rápido que sus estúpidos tacones altos le permitían. No podía darse el lujo de esperar el elevador y arriesgarse a que Bruno saliera del departamento y la alcanzara. Aunque mientras bajaba por la escalera no escuchó su voz, buscándola. Tal vez no la siguió. Tal vez, a pesar de su cara de sorpresa y haber balbuceado «no es lo que parece», en realidad no le importaba tanto que lo hubiera encontrado con otra. En la cama. En la cama. El colmo. ¿Cómo podía ser tan miserable, tan insensible para llevar a su amante al hogar que compartían?

En cuanto llegó al vestíbulo, cruzó hacia la puerta de salida casi corriendo, ante la mirada atónita del señor Black, quien no alcanzó a decir nada, y salió abruptamente a la calle. Afuera, el ambiente estaba fresco. Ahí se detuvo, tragando grandes bocanadas de aire, mientras extendía el brazo esperando que algún taxi de los que saturan las calles de Manhattan, se detuviera.

—Lléveme a Brooklyn, por favor —indicó al conductor, en cuanto subió al vehículo que le hizo la parada casi de inmediato.

Le preocupaba soltarse llorando enfrente del taxista, pero para su fortuna, no parecía que eso fuera a suceder. El conductor, indiferente a su evidente agitación, tal vez acostumbrado a los dramas cotidianos en la Gran Manzana, se internó en las calles hacia su destino sin ponerle mayor atención.

Valeria no lloraba, pero sí sentía que la sorpresa iba dando paso a una creciente ira. Un incipiente dolor de cabeza comenzaba a atacarla. No le sorprendía. Esa era la respuesta usual de su cuerpo al estrés extremo.

La imagen de Bruno disfrutando en brazos de otra, tan ensimismado que ni

siquiera había notado su presencia, taladraba su mente. ¿Qué clase de hombre hacía algo así? Engañar a su novia mientras ella atiende a su madre desahuciada. No conocía a este Bruno, no lo conocía en lo absoluto.

«Si un día me engañas, lo primero que haré será pagarte con la misma moneda. Y ni siquiera lo sabrás», le había dicho a Bruno entre broma y en serio, en una de esas tardes relajadas, recostados en el sofá viendo una película y tomando vino. Una de esas tardes perfectas en las que creía que su vida era magnífica y el amor que compartían, real.

Y ahora, como una mala broma del destino, sus palabras comenzaban a transformarse en una atractiva posibilidad. Lo deseaba, deseaba venganza con cada fibra de su ser. Pero sobre todo deseaba olvidar. Deseaba borrar a Bruno de su mente, de su alma, de su piel.

Su historia de amor se había derrumbado hasta el punto de no retorno. Era el final. Se conocía muy bien y ella no era de las mujeres que podían perdonar esa clase de engaños. Sí, por orgullo y dignidad, pero también por confianza. ¿Cómo podría volver a confiar en un hombre que era capaz de traicionarla de esa forma? Imposible. Pero sabía que no sería fácil de superar. Durante los años que pasaron juntos había creído que Bruno era el amor de su vida, que compartirían los buenos y malos momentos, y que envejecerían uno al lado del otro. Y ahora, todos sus sueños y planes se desmoronaban, y no podía hacer nada para evitarlo. Parecía que el mundo de pronto se hubiera ensañado con ella. Se sentía devastada. Necesitaba consuelo, un abrazo afectuoso, palabras sinceras. Sacó su móvil del bolso y marcó.

—¿Andrea? Sí, acabo de llegar a Nueva York, necesito verte. ¿Estás en tu casa? Porque ya voy para allá.

—Sí, aquí estoy. ¿Estás bien? Suenas rara. ¿No habías dicho que te urgía estar con Bruno? —preguntó Andrea, preocupada.

Valeria no respondió. Un silencio elocuente para Andrea, que la conocía tan bien.

—Aquí te espero. Pediré una pizza y sacaré una botella de whisky en lo que llegas. Creo que la vamos a necesitar.

Andrea abrió la puerta en cuanto Valeria tocó el timbre de la casa.

—¡Val! Qué gusto verte por fin— le dijo, envolviéndola en un cálido y apretado abrazo.

—Lo mismo digo, amiga —respondió Valeria, abrazándola a su vez con cariño.

Parecía que Andrea sabía exactamente lo que su amiga necesitaba, porque no la soltó por un buen rato. Finalmente se hizo a un lado y la dejó pasar.

Andrea habitaba una acogedora casa en un tranquilo barrio de Brooklyn, rodeada de un frondoso jardín, lleno de flores y un pequeño huerto, que cuidaba con ahínco y que le servía como terapia relajante cuando el estrés del trabajo o los problemas con su novio Michael la agobiaban. A Valeria le encantaba visitarla. La estancia contaba con enormes ventanas por las que todo el día entraba la luz del sol. Los muebles de color claro y con artesanías aquí y allá, que Andrea acostumbraba adquirir en sus múltiples viajes, le daban un toque cálido y único.

—No bromeabas sobre la pizza y el whisky —señaló Valeria, al ver la mesa de centro de la sala, ya preparada.

—Nunca bromeo sobre cosas tan importantes, Val —dijo, con una sonrisa—. Siéntate, ponte cómoda y dime qué diablos pasó con Bruno.

—Qué bien me conoces —respondió, quitándose la chaqueta y dejándola en el perchero junto a la puerta, antes de sentarse en la sala.

—Tu cara lo dice todo. Y el hecho de que estés aquí en vez de en sus brazos, claro.

Andrea entró a la cocina por platos y vasos que llevó a la sala, y se sentó en el otro sofá. Escuchó atenta mientras Valeria le narraba con detalle la desagradable sorpresa que se había encontrado en su departamento.

—No puedo creerlo. ¡Te vas por unos meses y corre a los brazos de otra! —dijo, furiosa.

—Eso es lo peor. No sé si esto es reciente. Tal vez lleva mucho tiempo engañándome y yo ni por enterada.

—¿Lo crees capaz?

—Ahora lo creo capaz de todo.

—¿Y crees que no hubieras notado nada raro? No es lo mismo que estés de viaje, a que lo hiciera en tus narices.

—Tienes razón. Tendría que haberlo sabido...

—Y con todo lo demás por lo que estás pasando. Es el colmo. ¿Y qué piensas hacer? ¿No te ha llamado?

—No lo sé. Apagué el móvil después de llamarte. Pero supongo que tarde o temprano tendré que hablar con él.

—Si decides perdonarlo...

—¿Cómo se te ocurre? Ni lo pienses. Esto se acabó. Mi tolerancia para los engaños es cero.

—Te entiendo. Es indignante. Pero ya ves que yo perdoné a Michael y...

—Y sabes que es algo en lo nunca estaremos de acuerdo, Andy. No creo que Michael mereciera tu perdón. Pero mejor no hablemos de eso.

Valeria miró con cariño a Andrea. A veces no estaban de acuerdo, sin embargo, su amistad era sólida como una roca. Si había alguien con siempre podía contar, sin duda, era Andrea. Se habían conocido en la fiesta de Año Nuevo de Smith & Williams, hacía cuatro años. Valeria no podía librarse de un colega muy insistente, al que ya se le habían pasado las copas. Andrea, quien estaba sentada a su lado en la barra esperando a Michael, escuchó el desarrollo de la conversación y llegó al rescate de Valeria. Desde entonces se volvieron inseparables, y sus diferencias de carácter, lejos de ser un problema, hacían su amistad más firme, pues se complementaban. Mientras Valeria era controlada y metódica, Andrea era más espontánea y aventurera. Y también era guapa. Sus grandes ojos café oscuro, su piel ligeramente bronceada, y su cabello corto y alborotado color azabache, eran el complemento perfecto de su vivaz personalidad.

—¿Entonces estás decidida a ponerle punto final? —preguntó Andrea, sacando a Valeria de sus pensamientos.

—Lo escucharé —dijo Valeria, asintiendo— pero nada más. No podría volver a confiar en él. Además, como dices, con todo lo que pasó en Londres, francamente no estoy de ánimos para lidiar con más problemas.

—Y hablando de Londres, ¿cómo llevas lo de tu mamá?

—Pues al menos tuve algo de tiempo para asimilarlo. Pero estar ahí, todos estos meses, viendo como su vida se apagaba... fue muy difícil, no puedo negarlo.

—Lo siento tanto, Val. —Andrea tomando su mano en un gesto de apoyo—. No puedo ni imaginar lo doloroso que ha sido para ti todo esto.

—Y además, tener que hacerme la fuerte todo el tiempo, para que mamá no se sintiera peor viéndome destrozada.

—Al menos tu tía Alicia te servía de apoyo.

—Sí, la adoro. Ella fue un ancla todo el tiempo, a pesar de estar sufriendo tanto como yo. Y luego, para rematar, lo de mi papá. En fin, ya no hablemos más de mí —dijo Valeria, antes de tomar un trozo de pizza de la mesa y colocarlo en su plato—. ¿Cómo estás? Veo que estabas trabajando en algo cuando llegué —señaló hacia el escritorio junto a la ventana, donde se

encontraba la computadora portátil de Andrea encendida, y montones de papeles, periódicos y revistas alrededor.

Andrea se dedicaba al periodismo y colaboraba con los más importantes medios impresos de la ciudad. Su trabajo la llevaba de viaje con frecuencia y también le daba acceso a información privilegiada. Algo muy importante que Valeria acababa de recordar y que le sería de utilidad.

—En algo muy divertido y un poco sórdido —respondió la periodista, con una sonrisa pícaro, mientras se reacomodaba en el sillón, dando un trago a su bebida.

—Excelente. Suena como algo que me haría muy bien escuchar en estos momentos.

—¿Has escuchado sobre las fiestas de máscaras VIP?

—¿Aquí en Nueva York? No. He escuchado sobre ellas, pero creí que sólo las hacían en Venecia.

—Pues también hay aquí. La crema y nata de la sociedad neoyorkina acude a estas fiestas clandestinas por un poco de sexo casual y anónimo. Resulta que están teniendo un gran éxito.

—¿Y estás investigando sobre eso?

—Qué va, ya investigué. Tuve acceso a una de estas fiestas hace quince días. Ahora estoy armando el reportaje para entregarlo pasado mañana a mi editor. Debe publicarse antes de la siguiente fiesta, que es la próxima semana. Es la más importante, porque es la Mascarada Anual. Más exclusiva y más suntuosa.

—¿Y cómo es que te colaste en algo así? —dijo sorprendida. No se imaginaba a Andrea en una orgía VIP. Aunque fuera por trabajo. Si bien su amiga era muy liberal, al igual que ella, no era afecta a ese tipo de prácticas.

—Hace unas semanas hubo una filtración a la prensa sobre la identidad de algunos de los asistentes, que dañó la reputación de estas reuniones. Así que el organizador, Matthew Rogers, nos contactó directamente con el fin de que hiciéramos un reportaje que repare el daño y atraiga a nuevos miembros. Sobre todo mujeres. Siempre escasean. De hecho, ellas entran gratis, mientras que los varones pagan una membresía bastante costosa.

—Vaya, no tenía idea. Tantos años viviendo en la ciudad y no me entero de nada. ¿Y qué hiciste ahí? ¿Te uniste a las orgías o qué? —preguntó, bromista.

—Claro que no. Soy una profesional. Yo fui a trabajar —dijo sonriente—. Pero sí te digo que el ambiente es exclusivo y muy cuidado. Cada quién es libre de participar, o de sólo observar. Y sexo grupal, había poco. Lo que más

encontrabas eran parejas.

—¿Y no te encontraste con algún famoso? —preguntó Valeria, curiosa, sin poder resistirse a un poco de cotilleo.

—Siento decepcionarte Val, pero no. Con máscaras, pelucas y la iluminación tenue, es muy difícil reconocer a alguien.

—Qué interesante. Ha de ser liberador ¿no? El anonimato. Dejar de ser quien eres por una noche —dijo Valeria, pensativa.

—Exactamente eso me comentó Rogers en la entrevista, que el éxito de las fiestas no se debe al sexo casual, sino al anonimato. Estamos hablando de personajes famosos. Estrellas de cine, empresarios, que siempre están en el ojo público.

Andrea observó a su amiga por largo rato.

—No estarás pensando en asistir, ¿verdad? —dijo finalmente, escrutando el rostro de Valeria con curiosidad.

—Claro que no, ¿cómo crees? Sólo me pareció intrigante. Nada más.

—Como diría Brooke: «No te creo nada, pero lo dejaré pasar» —dijo Andrea, riendo.

—Qué graciosa —respondió Valeria—. Hablando de Brooke, ¿qué has sabido de ella? La última vez que hablamos, me dijo que no sabía cuándo regresaría a Nueva York.

—Así es. Parece que seguirá en Canadá por el momento. La echo de menos.

—Yo también. Hasta echo de menos cuando nos regañaba por comer comida chatarra. Imagínate—bromeó Valeria.

Brooke se había vuelto la otra integrante del trío inseparable. También periodista, había hecho una buena amistad con Andrea cuando colaboraron juntas en la elaboración de un reportaje sobre ecología, ámbito que era su especialidad y que la había llevado a instalarse por unos meses en Canadá, realizando una investigación. No pasó mucho tiempo antes de que las tres comenzaran a frecuentarse.

—Espero que regrese pronto. Hemos pasado tan buenos momentos las tres. ¿Te acuerdas cuando hacíamos pijamadas, y nos convencía de ver películas de terror, según ella, para despejar la mente y olvidar nuestros dramas amorosos?

—Claro que recuerdo. Por su culpa, todavía tengo pesadillas sobre esas películas «terapéuticas» —respondió Valeria, divertida.

—Hablando de pijamadas. Te quedarás a pasar la noche, ¿cierto?

—Es el plan. Por lo pronto, sírveme otro whisky por favor.

A la mañana siguiente, el incesante golpeteo en la puerta despertó a Valeria. Abrió los ojos con dificultad y la luz que entraba por la ventana la deslumbró. Miró a su alrededor; nada le resultaba familiar. Tardó unos momentos en recordar dónde estaba.

No era la primera vez que ocupaba la cómoda y luminosa habitación de huéspedes en casa de Andrea. Se habían quedado despiertas hasta las dos de la madrugada, charlando, comiendo comida chatarra y bebiendo. «La mejor terapia para las decepciones», había dicho Andrea.

A juzgar por la intensidad de la luz de día, debían de ser más de las diez de la mañana. Seguramente su amiga ya se había ido a trabajar. Desorientada, se levantó, se puso la bata de estampado de girasoles que siempre usaba en casa de la periodista y se dirigió a abrir la puerta.

Bruno estaba del otro lado. Y no lucía nada bien. Tenía aspecto de haber pasado la noche en vela, no se había afeitado y unas sombras oscuras alrededor de los ojos decoraban su rostro. Una sudadera gris, pantalones de mezclilla y zapatos deportivos completaban el cuadro.

—Te he estado llamando desde anoche.

—Apagué el móvil.

—Me di cuenta —dijo Bruno, apoyándose en el marco de la puerta, con aire cansado.

—¿Qué haces aquí?

—Supuse que estarías aquí, con Andrea...

—¿No deberías estar en la oficina?

—No estoy de humor para trabajar. Pedí el día libre —hizo una pausa—. Necesitamos hablar, Val, por favor.

—Está bien, pasa —respondió Valeria escuetamente, ajustándose el cinto de la bata.

En cuanto tomaron asiento en la sala, Bruno dio inicio a sus intentos para recuperarla.

—Perdóname por favor, Val. Fui un estúpido. No sé en qué estaba pensando...

—Al menos en algo estamos de acuerdo. La cuestión es, ¿por cuánto tiempo has sido un estúpido?

—¿A qué te refieres?

—Lo de ayer no fue algo de una noche. ¿O me equivoco?

Bruno se puso más pálido de lo que ya estaba, y comenzó a frotarse las palmas de las manos en el pantalón, evadiendo la mirada implacable de Valeria.

—No... es decir... tienes razón. Desde hace algunas semanas... Gabriela y yo...

—¿Por qué Bruno?

—No lo planeé, te lo juro, sólo pasó.

—¿Y se supone que eso es un consuelo?

—No, pero...

—Si querías terminar, lo mejor siempre es hablar de frente. No hacer sucias jugarretas.

—¡No quiero terminar! —dijo, sobresaltado—. Quiero estar contigo. Quiero que me perdones. Por favor...

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque te amo.

—¿De verdad? ¿Y entonces por qué me engañaste? ¿Por qué has metido a nuestra cama a otra mujer, durante semanas, como dices?

—No lo sé. Porque me sentía solo, supongo. Llevabas ya tanto tiempo lejos...

—Y tú no sabes estar solo, me imagino. No puedes controlar tus impulsos lo suficiente como para esperar a que la mujer que dices amar, regrese de enterrar a su madre, después de meses de verla morir poco a poco.

—No lo veas así, por favor... —dijo, con el rostro aún más desencajado. Como si en ese momento viera en su justa dimensión, la gravedad de lo que había hecho.

—¿Y de qué otra forma lo voy a ver, Bruno? Dices amarme, pero tu amor no resistió una ausencia de unos pocos meses. —Valeria lo miraba fríamente con sus ojos ambarinos.

—Yo... fue un error. Una estupidez. Te juro que jamás volverá a suceder. Tienes que darme otra oportunidad.

—Por supuesto que jamás volverá a suceder porque no voy a regresar a tu lado, Bruno.

—Pero te amo, Valeria, te amo.

—Pues peor aún, si realmente me amas y aun así me traicionas. Lo siento, pero yo no quiero ni necesito esa clase de amor. No necesito un amor frágil, que se quiebra con la más mínima presión. Yo no puedo vivir así, en una relación sin confianza.

—Val... lo nuestro no puede terminar así. No puedes hacer esto —Bruno la miraba suplicante, pero no lograba conmoverla.

—Yo no lo hice. Lo hiciste tú. Se acabó, Bruno. —Resuelta, se levantó del sofá—. Cierra la puerta al salir —añadió, y caminó hacia el dormitorio, cerrando la puerta de la habitación tras de ella. Recargó la espalda del otro lado, y no se movió hasta que escuchó los pasos de Bruno, lentos y dudosos, y la puerta de la entrada de la casa abrirse y cerrarse.

Valeria volvió a la cama sintiendo una opresión en el pecho. Era doloroso, muy doloroso. La sola idea de que Bruno ya no estaría en su vida, de que ya nunca más despertarían juntos, nunca más la abrazaría, le partía el alma. Las lágrimas, silenciosas, escurrían por sus mejillas y mojaban su almohada. Todo era tan diferente ayer. Ahora era como un desconocido para ella. Se sentía como una tonta de tan sólo recordar con qué ilusión había llegado al departamento la noche anterior. A verlo, a que la amara, a que la apoyara. A sentirse protegida y querida en sus brazos. Lo había extrañado tanto.

Y todo era un engaño, porque mientras ella sufría lo indecible en Londres, quien creía que era el amor de su vida, se consolaba alegremente con otra. Vaya fiasco. Vaya traición. Vaya ceguera la suya. Tres años de amor quedaban reducidos a cenizas, en un abrir y cerrar de ojos.

Las lágrimas cesaron pronto ¿Por qué no lloraba más? ¿Sería acaso que había una cantidad finita de lágrimas disponibles y ya las había agotado todas con la muerte de su madre?

Sí, sentía tristeza. Mucha. Pero, nuevamente, el sentimiento que iba creciendo en su interior era de enojo y hastío. Era como si algo dentro de ella siempre se negara a dejarse abatir y buscara otras salidas para esos sentimientos aplastantes. Otra vez, igual que la tarde anterior en el taxi, la dominó el deseo de venganza. Las ganas de borrar todo rastro de Bruno de su mente y de su corazón, y enterrarlo en su pasado de una vez y para siempre.

Y ya sabía cómo podría comenzar a hacerlo.

Al día siguiente por la mañana, Andrea acompañó a Valeria al que había sido su hogar al lado de Bruno, para recoger parte de sus pertenencias. Lo demás se lo llevaría en cuanto encontrara un nuevo departamento.

—Ya tengo una lista para empezar a buscar mañana mismo. Me urge mudarme —dijo Valeria, en cuanto entraron al elevador.

—¿Es que no soy buena anfitriona?

—Claro que lo eres Andy, pero ya sabes lo que dicen: «El muerto y el arrimado, a los tres días apestan».

—Tú no eres ninguna arrimada, Val. Eres bienvenida a quedarte todo el tiempo que quieras. Aunque seas una *control freak*, ya sabes que me agrada tenerte en casa —dijo, con una sonrisa traviesa.

—Gracias, amiga, lo sé. Pero me sentiré mejor cuando ya esté establecida otra vez. Dejaré de sentirme como atrapada en un torbellino de caos, sin rumbo. Todo es tan reciente, y yo necesito estabilidad. Tener mi departamento, mi espacio, me ayudará a sentirme en control de mi vida otra vez.

—¿Estás segura que no están en casa? Ese desalmado y su amante —preguntó Andrea, mientras salían del elevador y caminaban por el pasillo.

—Sí, estoy segura, le avisé a Bruno que vendríamos. Además, se supone que están trabajando, son horas de oficina. —Valeria sacó la llave de su bolso y abrió la puerta.

—No sé cómo tienes el estómago para entrar aquí otra vez.

—No tengo muchas opciones. Necesito recoger mis cosas. Con estómago o no.

—Pues entre más rápido salgamos de aquí, mejor.

Llegando a la habitación principal, Valeria bajó un par de maletas de la parte superior del armario, y empezó de inmediato a guardar ropa, cosméticos y artículos del baño, con la ayuda de Andrea.

—¿Y cómo te fue con tu artículo? Tenías que entregarlo hoy, ¿cierto? —preguntó Valeria, mientras metía sus zapatos en bolsas de plástico, para ocupar su mente en algo más productivo que los recuerdos de lo que había visto en ese dormitorio.

—Sí. Excelente, le encantó al editor. Está seguro que Rogers estará muy complacido.

—Qué bien. ¿Y cuándo dijiste que es la siguiente fiesta?

—El próximo sábado —respondió Andrea, ocupada doblando suéteres, blusas y vestidos.

Valeria la observaba de soslayo, pensativa, no muy segura de atreverse a pedirle lo que quería.

—¿Crees que... sea posible que me consiguieras una entrada? —soltó al fin, tratando de sonar de lo más casual.

—¿Quieres ir a una orgía? ¿De verdad? No puedo creer que después de tantos años de amistad, sigas sorprendiéndome —dijo Andrea, divertida.

—Las situaciones extremas requieren medidas extremas.

—¿O sea que esto es por Bruno?

—Por supuesto. ¿Por qué otra razón sería? Sabes que en circunstancias normales, una fiesta así no es lo mío. Tener sexo anónimo, en un mar de piernas y brazos, no es precisamente mi idea de romance.

—Exacto. ¿No te preocupa sentirte peor después, y no mejor?

—No Andy, por eso no te preocupes. Me conozco y sé cuál terapia de rompimiento me funciona. Es como un *detox* —dijo Valeria, con un guiño, a su amiga.

—Sí es así, te ayudaré. Claro que puedo conseguirte un pase. Seguramente Rogers estará encantado. Como te dije, siempre están en busca de más mujeres que cubran el perfil.

—¿Cuál es ese perfil? ¿Mujeres de moral distraída?

—Sí. —Andrea rio de buena gana— pero también bellas y glamurosas. Ya sabes, la fantasía de todo hombre: Una mujer sexy y bien dispuesta a lo que sea para superar a un imbécil.

—Qué graciosa.

—«Graciosa» es mi segundo nombre, cariño.

Lo cierto es que Valeria no estaba segura de qué pensaba hacer en la dichosa fiesta. El sexo grupal no era de su interés, pero según le había dicho Andy, esa modalidad era la menos frecuente. Lo que sí tenía claro era que quería ir. Quería ocultarse bajo el anonimato de una máscara y vivir el momento; dejarse llevar por lo que la noche le ofreciera. Y por supuesto, esperaba que la noche tuviera mucho que ofrecerle.

Capítulo 3

Mascarada

Valeria había conseguido el atuendo perfecto. Un ajustado vestido negro, con un discreto escote en V por enfrente y muy revelador por detrás, decorado con pequeñas piedras que cubrían el contorno y parecían cobrar vida, danzando al ritmo de la luz. El vestido era recto, con una sensual apertura lateral. Tacones de aguja plateados y una máscara veneciana de terciopelo del mismo color, decorada con toques de pedrería, completaban el atuendo. Su largo cabello castaño miel estaba bien oculto bajo una peluca pelirroja, de corte Bob.

Había pedido un auto de lujo para que la llevara al sitio de la fiesta. Quería llegar por todo lo alto y sentirse como la reina de la noche. El trayecto, a pesar de haber sido corto, se le hizo eterno. Estaba nerviosa. Se tenía que recordar a sí misma una y otra vez que por primera ocasión en su vida, estaba cobijada por el más puro anonimato.

Era una noche despejada de luna llena, y mirando por la ventanilla el cielo estrellado y las calles de la ciudad, siempre llenas de vida, recordó a Bruno, y aquellas noches en que solían salir de fiesta o a cenar. Un dolor le aprisionó el pecho, pero se recompuso rápidamente. Iba a la mascarada precisamente para superarlo, para borrarlo, para dejarlo atrás. No iba a dedicar la noche a añoranzas dolorosas.

En cuanto entró, el lugar la dejó impresionada. El salón estaba ostentosamente decorado y ambientado con estilo veneciano. Relucientes pisos de mármol, columnas, algunas esculturas y cuadros en las paredes; y colgando de los elevados techos, impresionantes arañas de luz tenue, tan grandes, que se antoja imposible que el techo pudiera sostenerlas.

Era extraño asistir a una fiesta sola, disfrazada, rodeada de desconocidos. Pero a la vez era liberador no tener que cumplir con un rol, no tener que decir las palabras correctas, saludar a las personas indicadas, ni comportarse apropiadamente, como sucede en cualquier reunión entre colegas o amigos. El anonimato era embriagante. Justo lo que necesitaba. Y el alcohol también.

Todavía no se decidía a hacer algún movimiento. Algunos asistentes la miraban con interés y uno le había hecho conversación, pero ella los había ignorado por encontrarlos poco atractivos. Sí, quería divertirse, pero tampoco lo iba a hacer con cualquiera.

Después de un rato, ya iba por su segundo whisky y se sentía más relajada, aunque comenzaba a preguntarse si habría sido buena idea asistir. Tal vez saldría de ahí como entró. Miraba hacia la entrada, ensimismada, cuando de pronto un hombre alto, de aire arrogante y andar seguro, entró al lugar. Llevaba un traje y abrigo negro, una camisa bordeaux con los primeros botones desabotonados, y una máscara también negra que le cubría casi todo el rostro. La hostess se acercó a él, coqueta, para tomar su abrigo y ofrecerle alguna bebida, que instantes después le llevó.

Un hombre robusto, con poco cabello y con papada, se acercó a saludarlo y a conversar, con un aire muy formal. Tal vez ellos sí se conocían y reconocían, a pesar de las máscaras.

Valeria se dirigió a la barra a pedir otro whisky con hielo. Siguió paseando la mirada por la estancia, distraída. Ahora entendía por qué el tal Matthew estaba tan interesado en que asistieran más mujeres. Era evidente que había muchos más hombres. A su lado pasó una rubia despampanante que le recordó a una famosa actriz, pero no estaba segura. Andrea tenía razón, las máscaras y la iluminación eran un buen camuflaje.

—Tu primera vez, ¿cierto? —dijo una voz sexy y profunda a su lado, con acento inglés, que la sacó de sus pensamientos. Era el hombre de la camisa burdeaux. El otro hombre, el de la papada, ya no se veía por ningún lado.

—¿Es tan evidente? —respondió, sintiéndose un poco avergonzada, antes de dar un trago a su bebida recién servida.

—Estás aquí, sola en la barra, pensativa... Me atrevería a decir que estás considerando irte pronto.

—No pienso salir de aquí. No todavía.

Su respuesta le valió una sonrisa enigmática del hombre. Poco podía ver del desconocido, pero sin duda no le pasó desapercibida su intensa mirada de ojos grises. Parecía ser muy atractivo. Aunque tal vez sólo era el efecto de la máscara y de su forma de hablar y moverse.

—Por lo que veo, tú sí eres asiduo a estas fiestas...

—No precisamente. He venido sólo un par de ocasiones. ¿Eres de la ciudad?

—¿No se supone que el punto aquí, es el anonimato? Cero preguntas

personales.

El desconocido rio de buena gana.

—Manhattan es muy grande. Seguramente, responder a mi pregunta no te pondrá en evidencia, pero tienes razón. No haré preguntas personales —dijo, divertido.

La gran estancia principal donde se encontraban se saturaba cada vez más. Risas, voces, conversaciones aquí y allá, y la música ambiental, saturaban el ambiente.

En los rincones oscuros, donde se encontraban sillones y almohadones detrás de pesadas cortinas, podían verse varias parejas y algunos pocos grupos, entregados ya a la lujuria y la pasión.

—¿Y puedo preguntar por qué asistes a estas fiestas? —preguntó Valeria, regresando su atención al hombre, que tardó un momento en responder.

—No lo sé... supongo que para escapar.

—¿De qué escapas?

Un silencio de unos cuantos segundos que se sintieron más largos, se instaló entre ellos.

—De mí mismo. —El inglés respondió finalmente mirando a la distancia, a la nada, con un dejo de tristeza en los ojos que la desconcertó, pero que ocultó rápidamente tras su sonrisa seductora—. ¿Y tú, que haces en una fiesta sexual, por vez primera?

—Yo... sólo vine por los tragos.

La sonrisa del enmascarado se volvió más traviesa.

—¿Te parece si nos movemos a un lugar más tranquilo? —le susurró en el oído, a la vez que colocaba su mano en su espalda desnuda, suavemente. El contacto la hizo estremecer. No supo discernir si era por lo sexy que ese hombre le resultaba, por su voz, o por el alcohol que ya corría por sus venas en considerables cantidades.

«No deberías beber tanto», la había recriminado Bruno en cierta ocasión, a pesar de que ella rara vez tomaba, y estaban en una reunión donde lo más probable es que ella fuera la más sobria de todos. Hasta ahora se iba dando cuenta lo controlador que a veces era. El recuerdo le trajo a la mente con todo detalle, la razón por la que había acabado en una fiesta sexual: Bruno. Bruno en la cama con otra. «Si un día me engañas, lo primero que haré será pagarte con la misma moneda. Y ni siquiera lo sabrás», volvió a recordar sus propias palabras. Pues era momento de cumplir con su promesa. Caminó con el desconocido hacia otra habitación.

Se encontraban ahora en un área apartada de la fiesta, en la penumbra de una amplia estancia, decorada con cuadros renacentistas que cubrían paredes completas, y candelabros por doquier. La suave luz plateada de la luna se filtraba a través de los amplios ventanales de piso a techo, que mantenían abiertas sus espesas cortinas de terciopelo oscuro.

—Hermosa noche de luna llena, ¿cierto? —dijo él, a su espalda. Ella sintió su cálido aliento en el oído y el aroma amaderado de su perfume la envolvió como una seda.

—Lo es. Le da un aura especial a la fiesta. Un toque romántico... —respondió Valeria, mientras observaba a su interlocutor. Había algo en su mirada y en su media sonrisa que la hacía sentir como ratón presa de un gato. Un gato arrogante y sensual. Y ella era un ratón muy borracho y muy dispuesto.

—¿Sabes que es lo mejor de este tipo de eventos? Que no tienes que hacer nada que no quieras. Parecen muy sórdidos, pero son mucho más seguros que una fiesta universitaria en una fraternidad.

—No lo dudo. Si se supiera, estas fiestas tendrían gran demanda.

—Oh, la tienen. Pero mantener el ambiente exclusivo es parte de su encanto. Cuando algo está al alcance de cualquiera, pierde su atractivo.

—La ley de la oferta y la demanda.

—Así es — dijo, mirándola con intensidad— por ejemplo, tú.

—¿Yo?

—Apostaría a que no eres la clase de mujer que se conquista fácilmente con palabras melosas y regalos.

—¿Por qué lo crees?

—No me has hecho preguntas, no coqueteas conmigo y sigues considerando irte sin más. Eso significa que aunque estás aquí, esta fiesta no te ofrece nada que necesites. Eres independiente. Y segura.

Valeria se sintió halagada, pero la parte de no coquetear no le gustó. Según ella, lo estaba haciendo. Su comentario verificaba lo que ya sabía, que ese arte no se le daba muy bien. ¿Tendría que lanzarse sobre él para que se diera cuenta que le gustaba? ¿O sería que ya se había dado cuenta, pero quería provocarla? ¿Y por qué diablos no podía dejar de analizar todo ni por un momento? Tal vez le hacía falta otro whisky.

—No sé si eres bueno en esto, —dijo algo sorprendida— o usas esa línea con todas y acertaste por mera casualidad.

—Dame más crédito —replicó él, riendo—. Sólo soy un hombre observador. Es parte de mi trabajo.

—Aunque te falló una cosa. No pienso irme. —Reiteró ella.

—Me alegra saberlo —dijo el inglés, acercándose más a ella, y delineando su cuello con el dedo— porque me gustaría que te quedaras —añadió, dejando que la última palabra se deslizara por sus labios suavemente, como una ardiente invitación.

Valeria se estremeció de los pies a la cabeza. Como respuesta, pegó su cuerpo al de él, y se lanzó a su boca, sin más. Estaba consciente de que estaba siendo totalmente seducida, y provocada, pero no le importaba. De hecho le encantaba. Ella no era Valeria, no esa noche. Era tan solo una sexy pelirroja en busca de pasarla bien.

El hombre rodeó de inmediato su cintura con su brazo libre, mientras que a tientas, dejaba su copa en una pequeña mesa cercana. Ella hizo lo mismo.

Valeria sentía que ardía. La boca del inglés era fuego puro para ella. Él deslizó su lengua dentro de su boca, en un beso sensual e intenso que le hizo sentir que le fallaban las piernas.

De pronto sus manos la aferraron por la cintura y la llevó contra la pared. Aprisionó sus muñecas con una mano, por encima de su cabeza. La otra mano se internó con destreza debajo de su vestido, mientras su lengua, sin piedad, seguía devorando su boca.

Valeria perdió la noción del tiempo, del lugar, y todo se redujo a las mil sensaciones que explotaban en su carne, en su piel. No le importaba nada, ni siquiera que alguien pudiera entrar a la habitación y los encontrara ahí. Su excitación la había hecho perder toda sensación de pudor. No se reconocía, pero no le importaba. Se sentía libre y perdida en las fuertes manos que la acariciaban y estrujaban, la boca que desesperada, la hacía perder la razón. Su mente era como una laguna donde ningún pensamiento podía tomar forma y le encantaba. No pensar y sólo sentir era un lujo que rara vez podía darse.

El enmascarado la volteó de espaldas y comenzó a deslizarse su lengua desde su cuello, a lo largo de la columna vertebral. Valeria no podía controlar los suaves gemidos que salían de su boca.

—Me gusta tu tatuaje —dijo él, cuando encontró las alas de ángel que ella se había tatuado en la espalda baja, hacía algunos años.

Momentos después, el volvió a girarla de frente a él. Valeria se dejaba hacer mientras respondía con pasión, paseando sus manos por el cuerpo del desconocido. Se sentía audaz y sensual en ese ambiente de anonimato. Podía reinventarse, podía ser cualquiera. Podía ser nadie.

El soltó su cintura para trazar con un dedo la línea de su escote, antes de

bajar el tirante derecho de su vestido y acariciar con el pulgar su pecho. Ella gimió con fuerza en su boca, que seguía aprisionando la suya.

Valeria enredó sus dedos en su cabello, por la nuca, para acercarlo aún más. Deslizó su otra mano por su sólido pecho, sintiendo su agitación a través de la sedosa camisa burdeaux, y siguió bajando por su vientre hasta tomarlo con firmeza por encima de su pantalón. El grave gemido que él emitió le provocó un estremecimiento por toda la columna vertebral. El misterioso inglés liberó por un momento su boca y la observó, con una sensual sonrisa, mientras que sus ojos grises parecían traspasarla, oscurecidos por la pasión.

—No te detengas —susurró Valeria, ansiosa, arrasada por un deseo descontrolado, mientras su cuerpo se estremecía por la excitación contenida.

Entonces, el inglés empezó a acariciarla por encima de las bragas, con experta precisión, mientras la miraba a los ojos. Ella gimió con la respiración entrecortada y el metió un dedo en su boca; ella lo lamió y succionó. La sensación en su entrepierna se acrecentaba a la par que sus gemidos y la impresión de estar más borracha de lo que en realidad estaba.

Se retorció en sus manos cuando llegó al orgasmo más intenso que había sentido en años, aunque su excitación no desaparecía; necesitaba más de él. Desabrochó con premura su cinturón, mientras que él volvía a atrapar su boca y con voz ronca murmuraba palabras que no entendía...

Se acercó aún más a ella hasta que su pecho se apretó contra sus senos ahora desnudos.

Lo vio sacar de la bolsa de su camisa un pequeño paquete, romper la envoltura y ponerse el condón. Ella seguía subyugada, deslizando sus manos por su cuerpo, disfrutando de su firmeza y el olor de su piel, atrapando su boca otra vez en cuanto él entró en ella.

—Oh, sí... —exclamó Valeria, y enroscó sus piernas en su cintura mientras él la sostenía contra la pared.

Estremeciéndose con cada acometida en una espiral de placer que la dominaba, estaba entregada por completo a la pasión de aquel desconocido. Notó la tensión en el cuerpo del inglés cuando el clímax se acercaba, y lo apretó con mayor fuerza, hasta que estalló en su interior.

En lo que la respiración de ambos se normalizaba, él le acomodó el vestido y la besó larga y profundamente.

—Eso fue... divertido —dijo ella, tratando de hablar con normalidad—. Necesitaba un poco de... escapismo, creo.

—Te lo dije, hermosa. Todos somos escapistas —respondió con una media

sonrisa—. Lo malo es que nuestros demonios siempre nos encuentran. No importa cuánto tratemos de escapar.

El hombre deslizó su dedo índice por los labios de ella, mientras una sombra cruzó por su mirada. Se quedó mirándola por un largo momento, en silencio. Ella seguía aún perdida en sus sensaciones y en sus hermosos ojos grises que la hipnotizaban con un encantador de serpientes.

—Ha sido todo un placer —susurró.

Valeria no sabía que responder. Quería pedirle su teléfono, quería volver a verlo, pero sabía que esas fiestas no eran para eso. De pronto, él retiró la mano abruptamente de sus labios, se dio la media vuelta y salió a prisa de la habitación.

Valeria estiró la mano hacia el buró, tanteando, buscando su antifaz para dormir, ya que la luz del día la había despertado. Pero antes de lograr encontrarlo, los recuerdos de la fiesta de máscaras empezaron a bailar en su mente, ahuyentando por supuesto, toda posibilidad de volver a conciliar el sueño.

Le dolía la cabeza. Definitivamente se excedió con el alcohol, pero no se arrepentía. Lo único que lamentaba era que no podía recordar a detalle lo ocurrido durante la noche, porque tenía la certeza de que había sido una noche para recordar.

Cerró los ojos y tocó sus labios una vez más, reviviendo la sensación de la boca del sexy enmascarado, en la suya. Algunos recuerdos estaban borrosos en su mente, como la voz de su misterioso amante, o algunas cosas de las que hablaron, pero las sensaciones estaban claras y cristalinas; sentía su piel sensible, vibrante. Podía sentir sus manos en su cuerpo, su lengua devorándola.

Todo le parecía un poco irreal. La fiesta, la decoración, que parecía sacada de una película, y el encuentro. Pero no era irreal. En verdad había sucedido. Había tenido sexo salvaje con un sensual inglés que la hizo ver estrellas. Sin duda, la aventura había valido la pena.

Y como beneficio extra, se sentía ahora purificada del recuerdo de Bruno. Como si al haber entregado su cuerpo a otro hombre, hubiera borrado todo rastro de él de su piel. Se sentía satisfecha. Se sentía reivindicada. Lista para seguir adelante. No superaría su relación con él de la noche a la mañana, esa

era obvio. Sabía que seguiría siendo doloroso por un tiempo más. No sólo dependía de lo que sintiera aún su corazón, sino también del peso del entorno. La ciudad estaba plagada de recuerdos de su vida juntos. Los restaurantes, los parques, las calles. El gimnasio al que asistían, la plaza por la que caminaron en su primera cita, su cafetería favorita para desayunar los domingos de verano. Cada lugar que fue testigo de su amor, ahora lo sería de su decepción y desengaño. Pero a pesar de ello, se sentía optimista. Sabía que este era el comienzo para dar vuelta a la página y seguir adelante con su vida. Una vida donde su exnovio ya no tenía cabida.

Y ahora era momento de planear ese nuevo rumbo. ¿Qué seguía ahora? No tenía casa, aunque ya había encontrado unas buenas opciones en la sección de anuncios, y estaba segura que en cuestión de días, ya estaría mudándose. Tampoco tenía empleo, pues había renunciado a él para poder quedarse en Londres a cuidar a su madre.

Y además, estaba la cuestión de lo que le había revelado Silvia en su lecho de muerte. Su padre. Y Hunter Davenport. El traidor que había destruido su vida, su familia, y que se había ido de este mundo sin pagar...

¿Es que de verdad, ya no había nada que hacer? «Nolan lo miró con desprecio», recordó Valeria las palabras de su madre, narrándole los últimos días en la vida de Robert y su enfrentamiento con Hunter. Nolan Davenport, el hijo de Hunter, estaba ahí ese día, en las oficinas. Otro traidor. Se le ocurrió una idea.

Se levantó de la cama y se sentó en el pequeño escritorio que había frente a la ventana del dormitorio. Abrió su ordenador portátil y se puso a investigar el paradero de Nolan Davenport. No tardó mucho en encontrar la información que necesitaba sobre su trayectoria profesional.

Nolan trabajaba con Hunter desde que estudiaba la universidad, para convertirse en su socio poco después, y más adelante, en su heredero.

Al paso del tiempo, D&D había crecido, y ahora contaba con varias sucursales en diferentes países. Desde la muerte de su padre, hacía dos años, se había quedado al frente del imperio publicitario. Nolan se había mudado a Nueva York y estaba a cargo de la agencia ubicada en la Gran Manzana.

Valeria estaba fascinada. Parecía que el destino por fin estaba de su lado, haciéndole posible su venganza. Ni siquiera tendría que volver a Londres en busca del culpable. Porque era un hecho que Nolan estaba involucrado en los negocios sucios de su padre y seguramente en el fraude que hundió a Robert Benson. Nolan era la mano derecha de Hunter, debía haber colaborado con él

en todas sus sucias jugarretas. «Nolan lo miró con desprecio», recordó nuevamente.

¿Pero cómo era posible que no lo conociera? Ella trabajaba en el mismo sector. Conocía la agencia de nombre, por supuesto. Era de las mejores de Manhattan, pero nunca la había relacionado con Hunter Davenport. Tal vez por el simple hecho de que no tenía por qué hacerlo, así que no tenía razón en reprochárselo a sí misma. Hasta hace semanas, ese nombre no le decía nada. Era muy niña cuando la sociedad entre Robert y Hunter se disolvió, y en su casa nunca se hablaba de ello. Muy bien podría haber incluso trabajado para Davenport, sin tener idea alguna de lo que había pasado hacía diez años. Ese despacho estaba en su lista cuando comenzó a buscar empleo como creativa, al terminar sus estudios universitarios, hacía apenas cuatro años.

Al menos su madre había decidido por fin revelarles todo. Nada peor que vivir en la ignorancia sobre el pasado de tu propia familia. Cada que recordaba sus palabras, y el sufrimiento que habían padecido como consecuencia de esa traición, sentía que le hervía la sangre. Su padre había sido un gran hombre, no se merecía esas bajezas. Si no hubiera sido por Davenport, lo más probable es que siguiera vivo aún. Tal vez, incluso, su madre no hubiera enfermado, y ella tendría a su familia intacta.

Necesitaba hacerle justicia a su padre de alguna forma, y de paso, mantenerse ocupada para no pensar en Bruno. Lo necesitaba tanto como el aire para respirar. Y por fin tenía claro contra quién sería la guerra.

—¿Y cómo te fue en tu exorcismo? —preguntó Andrea a Valeria, casi en cuanto esta entró a la cocina, esa cálida mañana de domingo.

—*Detox*, Andy, no exorcismo.

—¿Qué? ¿No es lo mismo? Los demonios son tóxicos y viceversa. Y que me parta un rayo si Bruno no es el demonio encarnado —dijo Andrea, mientras servía dos tazas de café y las colocaba en la barra.

Valeria no podía responder, porque no podía parar de reír.

—Creo que te fue bien, te ves muy contenta.

—No me puedo quejar. Me encontré a un exorcista de lo más... efectivo. Creo que me purificó de demonios por los siguientes diez años —dijo sonriente, mientras tomaba la espátula para hacerse cargo de los huevos revueltos con jamón, que ya estaban en la lumbre.

—¿Tanto así? —preguntó Andrea, interesada. Tomó el pan y lo colocó junto a las tazas de café—. ¿Entonces tuviste sexo con un tipo en la fiesta?

—Así es. Y qué tipo, amiga. De lo más sexy.

—¿Y lo hicieron ahí, enfrente de todos?

—No, no llegué a tanto. Estuvimos en una estancia separada, nadie nos vio. Al menos eso creo, aunque en realidad no me importa mucho, si he de serte franca. Llevaba un buen disfraz, ¿recuerdas? Nadie podía saber quién era —añadió, antes de servir los huevos en dos platos.

—Ah, sí, claro que recuerdo. La peluca pelirroja te queda muy bien por cierto. Deberías usarla otra vez.

—¿Cómo para qué? ¿Para salir por las noches de incógnita, a buscar sexo clandestino?

—Mmm, ese es un buen tema para un reportaje. Seguro hay mucha gente que lo hace. Debería investigar... —dijo Andrea, sentándose en una de las periqueras.

—Para ti, todo lo que me pasa son buenos temas para reportajes.

—¿Qué te puedo decir? La escabrosa realidad es la materia prima de mi trabajo.

—Hablando de trabajo, necesito encontrar uno. —Tomó asiento al lado de su amiga.

—Podrías hablar con tu antiguo jefe. Yo creo que estaría encantado de contratarte de nuevo. Ya ves cuánto se lamentó cuando tuviste que renunciar —recordó Andrea.

Valeria se había distinguido en su trabajo, era una muy buena creativa, responsable y formal. Su jefe había tratado de convencerla de no renunciar, pero terminó por resignarse, debido al grave problema familiar que ella enfrentaba.

—Sí, es una excelente idea. Pero estoy pensando en algo distinto.

—¿Un cambio de sector?

—No, el mismo sector, pero otra empresa. ¿Recuerdas lo que te conté sobre el verdadero culpable de la muerte de mi padre?

—Sí, un tal Hunter.

—Hunter Davenport. De D&D.

—¿La famosa agencia D&D?

—Esa precisamente. Quiero averiguar si hay posibilidad de emplearme ahí. Aunque no sea como creativa. Lo que me importa es estar en contacto con el dueño, Nolan Davenport, el hijo y heredero de Hunter. Estoy segura que tiene

muchos trapos sucios que puedo encontrar y utilizar.

—Así que finalmente has decidido llevar a cabo alguna clase de venganza.

—¿Esperabas que me quedara cruzada de brazos después de saber lo que pasó?

—Pero Hunter ya murió, ¿no?, ¿la pagará su hijo entonces?

—Su hijo no es ninguna blanca paloma, Andy. Él fue cómplice de su padre en todo. Por culpa de esos miserables mi padre está muerto, por culpa de ellos vivió un infierno por años, hasta el punto de quitarse la vida. Por su culpa mi familia quedó destruida.

—Lo entiendo, Val, pero, bueno... tu papá fue el que decidió quitarse la vida. Hubiera podido elegir otra forma de proceder... no sé... —dijo Andrea, bajando la voz.

El silencio se instaló entre ellas por unos momentos.

—Tienes razón —dijo Valeria, finalmente— pero de todas formas, ese tipo causó todo.

—Sí, estoy de acuerdo. Sólo recuerda que vivir con rencor es como beber veneno y esperar que le haga daño al otro.

—En este caso, el veneno le hará daño a quien se lo merece, te lo aseguro. Y si me intoxico en el proceso, no me importa.

—Ahí vamos con las intoxicaciones otra vez —dijo Andy, tratando de aligerar un poco la conversación. No le gustaba cuando su amiga estaba tan furiosa. Le era extraño verla así; Valeria era una persona alegre, de carácter tranquilo. Aunque también tenía una personalidad fuerte, era muy positiva. Imaginársela como una persona cruel y justiciera era algo contradictorio, porque aunque sin duda podría ser implacable, a la vez, nunca había presenciado una crisis así en su vida. Durante los años que llevaban de amistad, la vida de Valeria había sido apacible, y la que tenía problemas, y sólo de tipo amoroso, había sido Andrea. Ahora los papeles se invertían, y las circunstancias se intensificaban.

—Parece que vivir intoxicada es lo mío, amiga.

—Siempre puedes buscar exorcismos en una fiesta de máscaras. —Tras un largo trago a su café, seguido de un suspiro de resignación, añadió—: Creo que puedo ayudarte. Conozco a alguien que trabaja en D&D.

—¿De verdad? ¡Eso es excelente!

—¿Recuerdas a Malcolm?

—¿El novio de tu primo Derek?

—Sí. Hace un par de meses renunció a su empleo en el banco, y ahora

trabaja en ese despacho publicitario, en el área administrativa. Le preguntaré cómo puedes solicitar empleo ahí o si de suerte existe alguna plaza abierta.

—Muchas gracias, Andy. —Valeria le dio un fuerte abrazo a su amiga y un beso en la mejilla—. Eres la mejor, no sé qué haría sin ti. Te debo una.

—Podrías invitarme a cenar a ese restaurante italiano que vende la mejor panna cotta que he probado en mi vida.

—Trato hecho.

—¿Y no te preocupa que Davenport sepa quién eres? ¿O piensas cambiarte el nombre?

—No creo que sea necesario. Para empezar, ni siquiera tengo acento inglés, después de tantos años viviendo aquí. Y el negocio de mi padre desapareció hace mucho tiempo. Por otro lado, Benson es un apellido bastante común, incluso en el medio publicitario. Una de las agencias en Madison Avenue es “Douglas & Benson”.

—Bueno, sí estás tan segura...

—Lo estoy —dijo entusiasmada. Tenía todas sus esperanzas puestas en ese plan y el destino parecía favorecerla, por fin.

Capítulo 4

Tablero de juego

Todo había salido a la mar de bien. Después de que Malcolm les informara que en D&D planeaban ampliar la plantilla de creativos, sólo fue cuestión de tiempo para que consiguiera una entrevista, aun antes de que la agencia comenzara oficialmente la búsqueda de más personal.

Al parecer, al despacho publicitario de Davenport le iba tan bien, que ya no se daban abasto para manejar las diversas cuentas.

El éxito de D&D era palpable en cuanto cruzabas la puerta que daba acceso a las oficinas. Decorada con modernidad y buen gusto, pero a la vez con calidez, Valeria no había podido evitar sentir que la agencia era sin duda la clase de empresa donde le gustaría trabajar, aunque en este caso fueran otros los motivos los que la llevaban a buscar una plaza en la famosa agencia neoyorkina.

Así que cuando Celine Stewart, una mujer carismática y eficiente, encargada de Recursos Humanos, le preguntó en la entrevista sobre sus motivos para desear formar parte de D&D, no tuvo que mentir por completo. Le gustaba el lugar, le gustaba su personal y le gustaba su éxito y reputación. Por supuesto, se abstuvo de confesar que destruir esa inmaculada reputación era uno de sus objetivos.

Al parecer sus respuestas y su experiencia profesional fueron satisfactorias para Stewart, pues al día siguiente la llamaron para avisarle que tenía el puesto y entraría a trabajar en una semana.

Por otro lado, su nuevo departamento estaba muy bien ubicado, cerca del metro, por lo que transportarse diariamente a D&D sería cómodo y le tomaría menos de media hora.

El piso era pequeño, pero funcional, y por la buena renta que había conseguido, no podía quejarse. Estaba orientado al este, por lo que el sol entraba de lleno por las mañanas, en la estancia y en la habitación principal. Sus paredes blancas y su piso de madera habían sido un lienzo ideal para decorar a su gusto. Ella y Andrea habían pasado unos días muy atareados pero

divertidos, encargándose de todo lo relacionado con la mudanza y la decoración del nuevo espacio.

Incluso Derek y Malcolm se había sumado para ayudarles a colocar los muebles más pesados, a cambio de pizzas y cervezas al concluir tanta actividad.

—¿Y cuándo comienzas a trabajar en la agencia? —preguntó Malcolm, entre bocados de pizza.

—El próximo lunes. Estoy un poco nerviosa.

—¿Por qué? Según Malcolm, hay muy buen ambiente laboral ahí —señaló Derek.

—Es que los cambios siempre me estresan. No lo puedo evitar, soy aprensiva por naturaleza.

—Pues ya verás que los nervios se te quitarán pronto. Es una gran empresa, se trabaja muy a gusto ahí —dijo Malcolm.

—¿Y el jefe, el tal Davenport, cómo es? —Valeria no pudo resistir la curiosidad, aunque trató de sonar casual.

—Es un tipazo.

—¿De verdad? —No pudo disimular su tono de escepticismo.

—¿Por qué te sorprende? —Malcolm preguntó intrigado.

—¿A poco crees que es un patán? ¿Por qué querrías trabajar con alguien así? —Intervino Derek.

Valeria no supo qué decir. Todavía no comenzaba a laborar en D&D y ya se estaba poniendo en evidencia. Tanto Derek como Malcolm creían que el interés de Valeria en trabajar en D&D se debía a la reputación de la empresa. Ella y Andrea habían convenido en no decirles nada sobre sus verdaderos motivos. No tenía sentido involucrar a nadie más en el asunto.

—Porque los millonarios suelen ser unos pesados —intervino Andrea, para sacar a su amiga del atolladero.

—Qué prejuiciosa me saliste, primita. No se puede generalizar. Es cierto que Davenport es un buen tipo. Al menos, por lo que Malcolm me ha contado. Hasta me he puesto celoso, porque también es muy guapo —dijo Derek, tomando de la mano a Malcolm.

—No tienes por qué. Sabes que sólo tengo ojos para ti. Además, él es hetero.

—Me complace saberlo, no sabes cuánto.

Todos rieron. Valeria y Andrea intercambiaron miradas disimuladas, contentas de que la conversación se hubiera desviado.

—¿Quién quiere otra cerveza? —preguntó Andrea.

Habían pasado menos de seis semanas desde que regresó de Londres, cuando llegó su primer día de trabajo en la agencia que tanto odiaba: D&D.

Se había cambiado de atuendo varias veces esa mañana, antes de decidirse por algo sencillo, pero clásico. Un pantalón negro, tacones medianos, una blusa azul cielo y una chaqueta gris, conformaban su vestimenta.

Después de un breve excursión a cargo de Celine, en la que le mostró las áreas más importantes de las oficinas (el cuarto de fotocopiado, la recepción, el comedor y la sala de juntas), acudieron precisamente a esta última, pues habría una reunión esa mañana de lunes.

Valeria tomó asiento entre Celine y un hombre rubio y delgado, de cabello lacio y escaso, que dijo llamarse John Black. John la estaba poniendo al tanto sobre los tejes y manejes de su nuevo puesto, cuando Nolan Davenport entró a la sala y tomó asiento a la cabeza de la mesa.

Lo primero que le vino a la mente en cuanto lo vio es que era un hombre poderoso. Era joven, tenía tan sólo 33 años, pero poseía el porte y la seguridad de alguien mayor. Su forma de moverse y de hablar, transmitían autoridad.

Su ropa también contribuía a dar esa impresión. Llevaba un saco y pantalón oscuros, y una camisa blanca, sin corbata. Pero a pesar de la sencillez de su elegancia clásica, se notaba la calidad en las texturas y el corte de las prendas.

Lo segundo que pensó es que era muy sexy. Sí. El hombre a quien debía destruir era muy atractivo y con un aire seductor imposible de ignorar. Ahora entendía el comentario de Derek. Una cabellera oscura y un poco desordenada enmarcaba su rostro, formado por una nariz recta, labios sensuales y unos ojos color gris acero atrayentes y muy hermosos. Alto y de cuerpo atlético, Davenport muy bien podría dedicarse al modelaje y no a la publicidad.

También llevaba un anillo de casado. Eso la sorprendió, y muy a su pesar, también la conmovió. Malcolm les había narrado la historia el día de la mudanza, mientras comían pizza y bebían cerveza.

Un par de meses después de la muerte de su padre, Nolan había perdido a la que era su esposa, Isabelle, en un accidente de auto. Ella viajaba sola en el vehículo, de madrugada, en una noche lluviosa. Al parecer, esa pérdida acabó de convencer a Nolan para dejar Londres definitivamente y mudarse a Nueva

York, lejos de los malos recuerdos. También se rumoraba que él se sentía culpable de alguna forma, aunque nadie sabía por qué.

Después de saludar a los presentes de forma afable, enlistó brevemente los temas que se tratarían en la junta, mientras su secretaria, Cindy, tomaba la minuta.

Valeria notó que Davenport mantenía un marcado acento londinense, a diferencia de ella, que lo había perdido por completo. Aunque claro, Nolan sólo llevaba unos pocos años viviendo de este lado del Atlántico.

Por estar perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta que Nolan se estaba dirigiendo a ella, hasta que Celine le dio un discreto toque debajo de la mesa.

—Como les decía, Valeria Benson es la nueva integrante de nuestro equipo, se incorporará al área creativa, y para comenzar, trabajará con Black para sacar adelante las cuentas de las que él está a cargo.

—Encantada. Estoy más que lista para comenzar.

—Me parece perfecto. Bienvenida. —John la miró sonriente.

—Espero mucho de ti, Valeria —añadió Nolan, alzando una ceja y levantando la mirada de los papeles que tenía frente a él, clavándola en sus ojos ambarinos—. Celine me ha hablado de tu experiencia y trayectoria.

Lo cierto es que tenía buenas credenciales que la avalaban como una publicista talentosa. En los pocos años que llevaba en el gremio, había formado parte del equipo ganador de un par de reconocimientos. Eso le abría puertas y le daba respetabilidad en el medio, pero también ponía presión extra sobre sus hombros, pues tenía que mantener el nivel, y además, superarse a sí misma.

—No te defraudaré —respondió, tratando de sonar firme y confiada, aunque lo cierto es que en esos momentos se sentía algo turbada.

Observaba con disimulo a los demás. Era claro que el jefe generaba un buen ambiente laboral, y que a pesar de que, claramente, lo respetaban y tal vez hasta le temían, también lo apreciaban.

Cuando la reunión terminó, en una atmósfera relajada y cordial, se encaminó a la que de ahora en adelante sería su oficina, al lado de la de Black. Pensativa, analizaba lo acontecido. Hasta ahora, nada era como había esperado. No esperaba que el objeto de su odio fuera una persona agradable y además atractiva. Tampoco esperaba que D&D le gustara tanto, y que se sintiera cómoda y contenta ahí.

Le molestaba sentirse así. Eso complicaría más llevar a cabo su propósito.

Tendría que recordarse constantemente la clase de persona que en realidad era Davenport, la forma tan sucia en que él y Hunter habían construido su imperio. Pero lo más importante de todo, ahora que ya estaba dentro, era encontrar la forma de vengarse. Aún no tenía claro cómo podría hacerlo, pero encontraría la manera, de eso no tenía ninguna duda.

Durante las primeras semanas en D&D, Valeria se sentía más como la asistente de Black, que como una publicista hecha y derecha. Por supuesto, eso no le gustaba, pero tampoco lo resentía. Suponía que normal que no tuviera grandes responsabilidades al inicio, en lo que se familiarizaba con la dinámica laboral y con las cuentas a cargo de ambos.

Lo cierto es que disfrutaba mucho de su trabajo. No se había dado cuenta cuánto lo había echado de menos, hasta ahora. Esos tristes meses en Londres absorbieron tanto su energía y su mente, que no le quedaba tiempo ni ganas de pensar en el empleo que había abandonado. Pero ahora, el estar planeando propuestas de campañas, analizando productos y estudios de mercado, y conceptualizando ideas, la hacía sentir plena y satisfecha.

—Val, ¿estás desocupada? Nolan quiere verte en su oficina —dijo la secretaria de Davenport, Cindy, desde la puerta.

—Ahora mismo voy para allá. —Dejó a un lado los papeles que estaba revisando y se dirigió al despacho de Nolan.

La puerta estaba abierta, así que él la vio acercarse. Estaba sentado frente a su escritorio, en una llamada telefónica. Le hizo señas para que entrara a su oficina y tomara asiento.

Aprovechando que no la miraba mientras conversaba, se dedicó a contemplarlo. Le gustaba la expresión de sus ojos mientras estaba concentrado. Le gustaban sus manos. Eran fuertes y atractivas. Notó que en esta ocasión no portaba el anillo. ¿Lo habría olvidado o sólo lo utilizaba ocasionalmente, tal vez cuando se sentía nostálgico y echaba de menos a su esposa?

En las semanas que llevaba trabajando para él lo había visto en pocas ocasiones: en las reuniones semanales en la sala de juntas, en las presentaciones, y un par de veces en la cafetería del piso superior del edificio. Siempre la trataba con profesionalismo y cordialidad.

—Disculpa, no podía cortar la llamada. Mark no para de hablar y no

entiende de indirectas —dijo divertido.

—¿Mark?

—Sí, Mark Adams. Mi amigo y socio, él está a cargo de la sucursal de Londres.

—Ah, entiendo —dijo Valeria, preguntándose si el tal Mark sería también cómplice en los negocios turbios de Davenport.

—Y bien, ¿cómo te has sentido en la empresa? Ya llevas varias semanas aquí y no hemos tenido oportunidad de conversar al respecto. —Nolan se recargó cómodamente en el respaldo de su silla, y ladeando un poco la cabeza, esperó con atención la respuesta.

Lo malo de que no hubieran interactuado mucho era que Valeria no había tenido tiempo para acostumbrarse al fuerte atractivo de Nolan. No podía evitar sentirse un poco nerviosa cada que la observaba como lo estaba haciendo ahora.

—Excelente, Nolan. Me gusta trabajar aquí. Es... estimulante.

—¿De verdad? —cuestionó, con un tono de incredulidad— ¿No te has sentido un poco... desperdiciada?

—Bueno... yo...

—Sé cómo es John. Le gusta estar en control y no es muy bueno colaborando con otros y compartiendo el crédito. Apuesto a que te ha tomado casi como su asistente.

—Sí, pero me pareció natural, considerando que soy nueva aquí...

—Eres nueva aquí, pero no eres un aprendiz. Estoy seguro que le podrías dar una buena bailada a Black y sin dificultad. Y de hecho espero que lo hagas. No te puse a trabajar con él por casualidad.

—¿Entonces tengo una misión secreta, de la que ni yo estaba enterada?

—Algo así —dijo, con un guiño—. Black es muy capaz y talentoso, pero necesita algunas lecciones de humildad y aprender a trabajar en equipo. Además de tu experiencia, algo en ti me dice que eres la persona ideal para ponerlo en su lugar.

—¿Por qué lo crees?

—Me da la impresión que eres de las que no se deja pisotear por nadie y que no tienes miedo de brillar, le guste a quien le guste.

—¿Me has estado psicoanalizando? —dijo intrigada, y a su pesar, halagada.

—Por supuesto. No sería un buen jefe si no lo hiciera. Te sorprendería saber cuánto puedo conocer de la gente observando su comportamiento en las

juntas y presentaciones. Lo que dicen, lo que callan. Sus reacciones ante los comentarios de otros... pero he de confesar que me has resultado más difícil de leer de lo acostumbrado.

—¿O sea que la gente nunca te sorprende?

—Casi no. Las personas suelen ser muy transparentes, y más aún cuando mienten. Muchos se creen buenos mentirosos, cuando no lo son.

—¿Y yo, te parezco mentirosa? —Se arrepintió de inmediato de su pregunta. No era un tema que le conviniera discutir con Davenport.

—No, mentirosa no. Pero sí me parece que ocultas algo —dijo, reflexivo—. Aunque podría estar equivocado. Aún es pronto para saberlo.

Mierda. No esperaba en lo absoluto que Nolan fuera perceptivo. Y tan directo. Hizo un gran esfuerzo por poner cara de póker y que él no notara lo nerviosa y preocupada que la había puesto con su comentario.

—En fin, dejando de lado el psicoanálisis y la misión secreta, te he llamado para otra cosa. Creo que ya es tiempo de que te encargues directamente de una cuenta. Te ocuparás de la campaña del perfume Wind.

A Valeria le brillaron los ojos de la emoción. Estaba entusiasmada con el proyecto desde que D&D se había propuesto ganar la cuenta. Tener ahora la posibilidad de desarrollar la campaña y plasmar en ella todas sus ideas, con la pasión que siempre ponía en su trabajo, la emocionaba de verdad. Además, era la primera campaña en toda su carrera en la que estaría a cargo como creativa titular.

—Parece que te gusta la idea —dijo Nolan, sonriente.

—Sí, gracias. Me encanta.

—Es mucho trabajo. Black trabajará contigo, y Laura también, si no se dan abasto. El cliente quiere el carro completo. Publicidad impresa, televisión y radio. Empezaremos con el concepto del anuncio audiovisual y la imagen gráfica. Tienes tres semanas. Cuento con que harás un excelente trabajo.

—Por supuesto que lo haré. Puedes confiar en mí —dijo sin pensar. Nolan sólo sonrió complacido.

Eran más de las siete de la noche y Valeria seguía pegada a su computadora. Había pasado una semana desde que Nolan le asignara la cuenta de Wind, y desde entonces, estaba tan volcada al trabajo que no sentía el pasar del tiempo y se estaba quedando horas extras en la oficina.

—¿Todavía sigues aquí? Ya es tardísimo. —Nolan estaba recargado en el marco de la puerta de la oficina, sosteniendo su saco en una mano. Llevaba las mangas de la camisa arremangadas. Le sentaba bien ese estilo más casual. Valeria hizo un esfuerzo para quitarle la vista de encima y posarla en su computadora otra vez. Miro el reloj de la pantalla. Casi las siete y media.

— No lo había notado, estaba muy concentrada.

—Pues se acabó por hoy, señorita. También tienes que descansar. Las ideas fluyen mejor con la mente fresca—. Nolan se acercó a su escritorio y le apago la lámpara.

—De acuerdo. Tú eres el jefe —respondió, sonriente.

—Lo soy. —Una mirada seductora se clavó en sus ojos y le hizo sentir las piernas débiles. Él se sentó en la orilla de su escritorio. Valeria miró más allá de la puerta de su oficina y se dio cuenta que ya no había nadie. Sólo estaban encendidas las luces de seguridad.

—¿Ya se fueron todos? —Tragó saliva, poniéndose nerviosa de repente. La cercanía de Nolan, saber que estaban solos y la poca luz, cambiaron la atmósfera al instante. Sentía como una corriente de electricidad entre ellos.

—Todos menos tú.

—Y tú. ¿También trabajas horas extras?

—Siempre. Pero no soy un buen ejemplo a seguir. Yo no tengo nada mejor que hacer. En cambio tú, seguramente tienes a un novio esperándote ansioso para llevarte a cenar.

—Ahora sí te falló tu poder de deducción. No tengo ningún novio esperando —respondió, bajando el tono de voz, coqueteando sutilmente, sin habérselo propuesto. Era como si su cuerpo y una parte de su mente hubieran decidido tomar sus propias decisiones, sin consultárselo. ¿Qué diablos le pasaba? ¿De verdad estaba coqueteando con Davenport? Pero si ni siquiera se le daba bien ese «arte». Seguramente era culpa de la soledad de la oficina y sin duda, el perfume amaderado de Nolan, que olía delicioso y le estaba nublando las ideas.

—¿Entonces, me acompañarías a cenar? No me gusta cenar solo —dijo, con tono inocente—. Conozco un excelente lugar a dos cuadras de aquí.

Valeria no sabía que responder. Estaba atrapada entre lo que deseaba hacer y lo que debía hacer. Por otro lado, tampoco le convenía ser hostil con Nolan, en especial ahora que sabía que él era tan perceptivo. No era buena idea levantar ninguna clase de sospecha. Necesitaba ganarse su confianza. «Ten a tus amigos cerca, y a tus enemigos más cerca», recordó haber leído en algún

lado.

—Además, necesito saber cómo vas con la campaña —añadió Nolan, como si supiera que ella necesitaba un buen pretexto para aceptar. Era una treta y ella lo sabía. Manipulador.

—Está bien, acepto. Yo también necesito cenar, después de todo —dijo, tratando de sonar casual.

Salieron de la oficina y después de bajar por el elevador los más de veinte pisos, caminaron hacia el restaurante, charlando animadamente en el camino sobre el clima, la obsesión con el trabajo que todos parecían padecer en Manhattan, y el encanto de la ciudad en verano.

—Es aquí —dijo Nolan, abriendo las puertas de un elegante restaurante, para que ella entrara. Entregaron sus chaquetas en la puerta. El lugar era refinado, pero pequeño, aunque sus techos elevados y grandes ventanas lo hacían sentir espacioso. Las lámparas antiguas y mesas de madera le daban un aire irlandés muy acogedor. Unas letras talladas en madera cruda colgaban de unas cadenas: Black Castle.

—Señor Davenport, qué gusto que nos visite —dijo la hostess, con una inclinación de cabeza, sonriendo a Valeria también.

—Hola Nancy, ¿cómo estás?

—Bien, señor. ¿Su mesa de siempre?

—Sí, por favor.

La hostess los dirigió a una mesa ubicada en un rincón apartado, muy apropiada para quien quisiera disfrutar de un poco de privacidad. Tomaron asiento y Nancy les dejó las cartas con el menú.

—Qué lugar tan encantador —dijo Valeria con sinceridad, observando los detalles de las paredes y las lámparas del techo.

—¿Verdad que sí? Me recuerda a Londres. Y la comida es aún mejor que la decoración.

—¿Extrañas Londres?

—Extraño lo que tenía en Londres... pero eso ya no existe. Así que prefiero estar aquí. —Nolan cambió el tema—. ¿Qué quieres beber?

—Whisky, por supuesto.

—Por supuesto —respondió Nolan, con esa media sonrisa que le encantaba, mientras llamaba con la mano al mesero. Pidieron sus bebidas, y después de que Nolan le hiciera entusiastas recomendaciones de platillos, pidieron la cena también.

—¿Y tú qué echas de menos, Valeria?

—¿A qué te refieres?

—Todos hemos perdido algo. La vida es ir perdiendo cosas, y añorándolas. Aunque en el camino vamos ganando otras.

Aunque las mentiras no eran su fuerte, Valeria sabía que las medias verdades eran las mejores mentiras. En especial con alguien que no era fácil de embaucar.

—Echo de menos a mi familia.

—¿No viven aquí?

—Mis padres murieron. Y no tengo hermanos.

—Lo siento. ¿Hace mucho que murieron?

—Mi padre sí. Mi madre falleció apenas hace unos meses, de cáncer.

—Lo siento, de verdad. —Nolan se veía apesadumbrado por sus palabras—. Y siento haber sacado este tema a relucir. Se supone que esta debería ser una cena tranquila y agradable, para relajarnos después de tanto trabajo...

—No te preocupes, estoy bien.

En ese momento llegó el mesero con la cena: Salmón con ensalada para ella y pollo asado con papas para él. Nolan se sintió aliviado por terminar con el momento incómodo, y ella, por la oportunidad de cambiar de tema antes de que él siguiera escarbando en su pasado.

—Y hablando de trabajo, ¿cómo vas con la campaña? Los avances que me han mostrado son prometedores.

—Muy bien, creo yo. Aunque muy estresada, si te soy sincera.

—Me imagino. Creo que es imposible evitar el estrés, aunque hay cosas que ayudan a manejarlo. ¿Haces ejercicio?

—No mucho últimamente... —Lo cierto es que desde su partida a Londres, no se había parado por un gimnasio. No había tenido el ánimo para ello.

—Pues te lo recomiendo. Yo salgo a correr casi todas las mañanas y no sabes como que me ha ayudado a despejar la mente y a relajarme.

—Yo soy más de gimnasio, yoga y esas cosas. Pero tomaré en cuenta tu consejo —dijo sonriente.

—¿Y qué ha pasado con Black?

—Tenías razón sobre él. Trata de ponerle trabas a todo lo que propongo.

—Supongo que has sabido mantenerlo a raya.

—¿Cómo es que estás tan confiado en mis habilidades para lidiar con él?

—Ya te lo dije, soy bueno para esto. Estoy seguro que es uno de tus tantos talentos ocultos —le guiñó el ojo.

—¿Crees que tengo talentos ocultos? ¿Cómo cuáles? —preguntó, mirándolo largamente, aun sabiendo que estaba otra vez entrando en las aguas turbias del coqueteo. Él le sostuvo la mirada durante unos segundos que a ella le parecieron electrizantes.

—No lo sé todavía. Pero espero tener oportunidad de descubrirlos —dijo, dando después un trago al vino tinto, que habían pedido para acompañar la cena—. Por lo pronto, tendrás que explicarme esa... anomalía.

—¿Cuál anomalía?

—Que una mujer hermosa e inteligente como tú no tenga pareja. ¿Es que no te has dejado atrapar?

—Me dejé atrapar —respondió, tratando de ignorar el hecho de que él la encontraba hermosa, además de inteligente—. Tuvimos una relación por tres años, hasta que un buen día se acostó con otra. Lo encontré con ella en nuestra propia cama.

Nolan casi se atragantó con el vino ante su honesta narración de los hechos.

—Vaya. Qué tipo. ¿Y entonces, él te dejó a ti?

—No. Eso es lo más ridículo. Me engaña primero y luego me pide que lo perdone. ¿No sería mejor no hacer cosas por las que luego tengas que pedir perdón?

—Eso sería sentido común y ya sabemos que es escaso. ¿Y cuál fue su excusa?

—Que se sentía solo. Yo me fui por tres meses a Lo... de viaje, precisamente para cuidar a mi madre en sus últimos días.

—¿Y no pudo esperar tres meses? Qué imbécil.

—Eso mismo pensé. Y por eso lo dejé. No tengo tolerancia para esa clase de... debilidades. No me gusta la debilidad. No me gusta ni en mí misma, mucho menos en el hombre con el que esperaba compartir mi vida... —se calló de pronto. Se sentía rara de revelar tanto sobre sí misma a alguien que era casi un desconocido. Él la observaba atento. Era evidente que su mente viajaba a mil por hora, pero no había manera de saber en qué estaba pensando y eso la frustraba. La necesidad de saber más de él, de descubrir sus más íntimos pensamientos, se tornaba en momentos abrumadora. No era la primera vez que se sentía así hablando con él. Ese hombre la intrigaba más de la cuenta, y lo sabía porque estaba consciente de que su interés por conocerlo mejor se debía a la atracción que sentía por él, y no a su necesidad de descubrir sus secretos para vengarse.

También la sorprendía que parecía muy cómodo sosteniéndole la mirada

por largos momentos, sin decir media palabra. Ella trataba de seguirle el paso, pero eventualmente siempre terminaba por desviar la vista, turbada.

—Brindemos por eso —dijo Nolan después de un rato, que pareció una eternidad—. Brindemos porque aparezca el hombre correcto en tu vida.

—Y la mujer correcta, en la tuya —respondió Valeria.

—Yo ya encontré a la mujer correcta. Pero ahora está muerta —dijo Nolan, con una sombra de tristeza cruzando por su hermosa mirada, ahora perdida en el vacío.

—Lo siento... tengo entendido que perdiste a tu esposa en un accidente de auto.

—Así fue. Fue tan repentino, tan absurdo... que a veces todavía me cuesta asimilarlo. Creí que estaríamos juntos toda la vida... uno da tantas cosas por sentado... —Nolan lucía de pronto tan abatido, que Valeria tuvo que reprimir el impulso de tomar su mano y tratar de reconfortarlo—. Vaya. Ya estamos otra vez en los temas deprimentes —añadió el publicista, recuperando su semblante sonriente, no sin esfuerzo.

—Es verdad. Retomemos los temas alegres. Como la carta de postres, por ejemplo —dijo Valeria, juguetona, tomándola de la mesa y comenzando a ver las opciones del menú. Nolan rio.

—¿Quieres más vino? —le preguntó el publicista, observando que ambas copas ya estaban casi vacías.

—Sí, por favor. —Valeria observó a Nolan llamar al mesero y hablar con él. Se quedó de pronto absorta contemplando el movimiento de sus manos, sus antebrazos, las líneas de su cuello y rostro... Ya no podía engañarse a sí misma. La atracción que sentía por el publicista estaba fuera de su control, y lo único que había impedido que creciera como bola de nieve era el poco contacto que habían tenido hasta ahora. Pero ahí en el restaurante, fuera del ambiente laboral de la oficina, disfrutando de su compañía y de su conversación, era innegable. Cada que lo veía, cada que hablaba con él, sentía que un calor interior la recorría, y ahora, lo único que deseaba es que la cena no terminara nunca. Quería estar cerca de él. Quería tocarlo.

También estaba consciente de que lo más probable es que él se daba cuenta de ello. ¿Acaso la atracción física es algo que se pueda ocultar, siquiera disimular? Si es como si el cuerpo y los ojos hablaran por sí mismos, revelando en cada movimiento, en cada gesto, en cada mirada involuntaria, la ardiente tormenta que se gesta en el interior.

Y por eso mismo, tenía muy claro que él también se sentía atraído. Claro,

aquello hacía todo más complicado porque lo hacía más tentador. Como un dulce que está justo ahí, al alcance de tu mano, pero que tienes prohibido tocar. Y no existe nada más tentador en este mundo, que lo prohibido.

—Ya no debería beber más vino —dijo Valeria, aunque no muy convencida.

—¿Quién dice?

—Las buenas maneras...

—La vida es demasiado corta para seguir siempre las buenas maneras —dijo Nolan, con un guiño—. Además, no tienes de que preocuparte. Yo cuido de ti.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Soy un caballero.

—Y mi jefe. Y esto no es una cita. —No sabía por qué había dicho eso. Tal vez como recordatorio a sí misma.

—Claro que no. Si fuera una cita, ya te habría besado.

Valeria no pudo evitar mirar sus labios después de ese comentario y deseó con toda su alma que esa sí fuera una cita... y que la besara. Pero era verdad, Nolan era un caballero, o al menos eso parecía, y el resto de la velada transcurrió sin ningún incidente romántico. Al salir del restaurante, Nolan consiguió un taxi y la acompañó a su casa. La noche terminó con una despedida cortés.

Una vez en su departamento, contemplando por la ventana como el manto de la noche contrastaba con las luces de la ciudad, Valeria tuvo que aceptar que estaba en problemas, y graves. Mierda.

—¿Así que te gusta Davenport? —dijo Andrea, sin poder contener la risa.

—Me alegra que te diviertan mis tragedias. —Valeria untó un pequeño trozo de pan con mantequilla, mientras su amiga devoraba unos chilaquiles verdes con pollo.

—Lo siento cariño, pero no puedes negar que es una situación graciosa. Tú queriendo acabar con ese hombre y a la vez estás que te mueres por él.

—No me muero por él —dijo enfática—. Sólo me gusta —hizo una pausa— mucho.

Era domingo por la mañana, y como ya era tradición, Valeria y Andrea habían salido a desayunar a su cafetería mexicana favorita. Había sido Brooke

quien las llevó al lugar por primera vez, y ahora eran clientas asiduas.

—¿Y si mejor te lo ligas y te olvidas de lo demás? —dijo Andrea, con una sonrisa pícaro.

—¿Cómo se te ocurre? Ese tipo me arruinó la vida.

—Su padre. Su padre te arruinó la vida.

—Ya te he dicho que él también es culpable.

—Sí, me lo has dicho, pero para serte sincera, no me parece muy convincente tu argumento. Tal vez el hombre no tuvo que ver y tú ya estás planeando...

—¿Por qué siempre lo defiendes?

—No es que lo defienda, Val. Pero tú eres mi amiga y me preocupas. No quiero que hagas algo de lo que luego te arrepientas.

Valeria se quedó callada por un momento. Aunque a veces la irritaban, se sentía agradecida de tener amigas como Andrea y Brooke: sinceras.

—Estos huevos rancheros son una delicia. Bendita sea Brooke.

—¿Estás cambiando el tema?

—Andy, creo que te preocupas sin razón. No podría arrepentirme de hacer justicia a mi padre. Al contrario. Me arrepentiría de no hacer nada al respecto. —Valeria dio un trago a su jugo de naranja recién exprimido.

—Recuerdo que me dijiste que tu madre te pidió que no malgastaras tu vida en venganzas. Y que de hecho, esa fue la razón por lo que ella no te había revelado nada, en primer lugar.

—Lo sé, pero no puedo simplemente dejarlo pasar y seguir como si nada. ¿Qué harías de estar en mi lugar?

—No lo sé, cariño. Pero lo que sí sé, es que deberías presentarme al causante de tus odios y desvelos. Tanto han hablado de él tú y Malcolm, que ya me muero de la curiosidad.

—No le veo el caso. Además, no estoy saliendo con él ni nada. No veo cómo podría darse el momento.

—Bueno, no te sorprendas entonces si un día llego de sorpresa a visitarte a tu oficina.

Valeria sonrió. Ciertamente, no le sorprendería.

La semana siguiente, salió con Nolan a cenar una vez más, cuando nuevamente coincidieron como los únicos adictos al trabajo, todavía en las

oficinas mucho después de las seis.

—¿Otra vez trabajando tiempo extra, señorita Benson? —dijo una voz grave desde la puerta.

Valeria se encontraba inclinada, guardando unas carpetas en la gaveta inferior del archivero. Cuando terminó y levantó la vista hacia él, el publicista la miraba pasmado, sorprendido.

Al incorporarse notó que la blusa se le había desfajado. Seguramente había revelado demasiada piel a Nolan en su precaria postura y por eso su expresión. Se sintió algo apenada.

—Igual que tú, otra vez —respondió, acomodándose la ropa disimuladamente.

La expresión de sorpresa en el rostro de Nolan se iba transformando en una sonrisa misteriosa. Había algo más en sus ojos que no alcanzaba a descifrar.

—¿Tienes hambre? ¿Me acompañarías a cenar de nuevo? —dijo finalmente el publicista.

Regresaron al mismo restaurante irlandés, a petición de Valeria, porque le había encantado el lugar.

—¿Y echas de menos a tu padre? —le preguntó ella mientras cenaban, en uno de esos raros momentos en que recordaba que debía investigar sobre su pasado, como primer paso para poder llevar a cabo su venganza.

—A veces... no tanto como antes.

—¿Estaban muy unidos?

—En algunas cosas sí. Cuando dejábamos de lado nuestras diferencias sobre el trabajo, y éramos sólo padre e hijo jugando golf o ajedrez, eran los mejores momentos que compartíamos. Pero en los negocios chocábamos mucho. Él tenía una forma muy... particular de hacer las cosas —dijo Nolan con vaguedad, pero Valeria insistió.

—¿A qué te refieres?

—Al manejo de la empresa y al personal. Él creía que se debe ser duro e implacable. Mi abuelo siempre le inculcó eso. Le decía que era la única manera de hacerse respetar. Por lo que me contó mi padre, fue bastante severo con él; lo hacía sentir un fracasado si no cumplía con sus expectativas, a cualquier precio.

—¿Y entonces por eso era así?

—Eso creo. Al menos, en parte. Según me dijo, un amigo cercano lo traicionó. Desde entonces se volvió más... severo. Decía todo el tiempo que el abuelo tenía razón. —Su tono de voz dejaba claro que no pensaba dar más detalles al respecto.

Valeria tuvo la impresión de que se sentía incómodo criticando a su padre fallecido. Pensó en seguir presionando pero se decidió por no hacerlo, por ahora. ¿En realidad alguien había traicionado a Hunter? ¿O era una mentira que ingenuamente Nolan creía? ¿Un pretexto para ser un miserable?

—¿Y con tu mamá... tienes buena relación?

—Sí, aunque no nos vemos tanto como quisiera. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía dieciocho años. Mi mamá se volvió a casar poco después y se fue a vivir a Hawai. Quería que me fuera con ella, pero también entendía que estaba yo comenzando mis estudios universitarios, y que además heredaría los negocios de mi padre. Se resignó a que me quedara en Londres y la visitara en Hawai durante vacaciones, dos o tres veces al año. Y así lo he hecho, aunque a veces son ellos los que vienen a visitarme.

—¿Entonces sigue felizmente casada?

—Sí, ahora sí está felizmente casada —dijo Nolan.

Valeria se preguntó qué tan malo habría sido su matrimonio con Hunter, aunque no se sorprendía. Considerando lo que sabía del hombre, era muy probable que también fuera un mal marido.

—Pues debe estar orgullosa de ti. Has hecho crecer los negocios y eres un buen jefe. Todos te quieren. Yo diría que has superado bastante bien las... pérdidas que has vivido.

—Si vieras mi casa, no dirías eso.

—¿Por qué lo dices? —Valeria se imaginó mil y un escenarios de terror. Tal vez todo un santuario dedicado a su esposa, con fotos, veladoras y recuerdos en altares por toda la casa. O quizás como esos hombres sumidos en el ayer, viviendo casi como ermitaños y con su hogar en total abandono, con restos de comida podrida y botellas de alcohol vacías por los rincones. Sus visiones se vieron interrumpidas por la risa de Nolan.

—Por tu cara, diría que has dejado volar tu imaginación —dijo, con una sonrisa por demás encantadora—. No te espantes. Me refería a que no he superado las cosas como quisiera. Tengo una habitación llena de cosas de mi padre, que en todo este tiempo he sido incapaz de tocar. Ni siquiera las he revisado. Con tan sólo entrar y ver esas cajas, los archiveros, los reconocimientos, sus palos de golf, las fotografías... y con las cosas de

Isabelle es igual.

—Bueno, tal vez no ha llegado el momento. Algún día podrás hacerlo y dar vuelta a la página —respondió Valeria, pero su mente ya se hallaba en la casa de Nolan y en esa misteriosa habitación.

¿Existiría la posibilidad de que entre esos archivos hubiera evidencia de los negocios sucios de Hunter? Además, seguramente lo que le hizo a su padre no era lo único turbio en su carrera. La sola idea la entusiasmó. Por fin tenía una pista, una pequeña cosa a la que aferrarse. Si tan solo tuviera acceso a esos papeles, y encontrara ahí lo que necesitaba, podría sacar a la luz la verdad, y al menos limpiar la imagen de su padre. Y si tuviera mucha suerte, esa misma evidencia (u otra) podría servirle para arruinar D&D. Aunque no quería hacerse ilusiones. Tenía que irse con pies de plomo, ahora más que nunca.

Capítulo 5

El ángel y el fuego

Valeria estaba nerviosa. Era el momento de la verdad, su primera oportunidad para demostrar su capacidad como creativa. Aunque sus verdaderos motivos para trabajar en la agencia eran otros, no podía evitar desear impresionar a Nolan. Y ahora que lo conocía mejor, después de las salidas a cenar, ese deseo era incluso mayor.

Ya lo había impresionado al presentarle la idea para la campaña, pero conquistar a los clientes durante la presentación era lo más importante, y para lo que la habían contratado en D&D.

Después de las primeras luchas de poder, John Black había ido cediendo, y su profesionalismo finalmente se impuso a su ego, convirtiéndose en un colaborador dedicado y valioso.

Valeria había trabajado con ahínco con él, y con el equipo de diseño para que el concepto visual de lo que sería la pauta televisiva, se apreciara en plenitud. Una joven llena de pasión por la vida, que dejaba todo atrás para conocer el mundo, para explorar, para aprender a volar con sus propias alas... una idea inspiradora, y a la vez, que integraba perfectamente la femineidad y las ansias de vivir de las chicas para quienes iba dirigido el producto: aquellas con un espíritu aventurero.

Conforme explicaba el concepto, con la pasión que la caracterizaba, su ansiedad se fue disolviendo al notar cómo iban apareciendo en los rostros de los presentes, expresiones de complacencia y aprobación.

—«Wind... Tu impulso para volar», me encanta. Excelente trabajo, señorita Benson —dijo Owen Jenkins, director de marca del perfume.

—Gracias, señor Jenkins. —Valeria observó con disimulo a Nolan, quien parecía un orgulloso pavorreal.

Después de terminada la presentación, la sala de juntas empezó a vaciarse, mientras Nolan y Owen seguían enfrascados en la conversación, y Valeria reunía el material y lo guardaba en el portafolio.

—Me gusta que es un concepto diferente, en este grupo de edad. La

competencia se enfoca siempre en un sentido muy rosa, para mi gusto. En el amor juvenil e inocente... pero nosotros iremos a otro nivel. A los sueños enormes, que transforman vidas... —decía Jenkins, entusiasmado. Valeria escuchaba disimuladamente lo que hablaban, de espaldas a ellos—. Además, creo que es un concepto universal con el que todos nos podemos identificar. Esa sensación de querer dejar algo atrás...

—Como escapar —dijo Nolan.

—Exacto. Como escapar.

—Todos somos escapistas, Jenkins, siempre lo he dicho.

Valeria sintió que el piso se abría bajo sus pies y todo le daba vueltas. Estaba conmocionada. Se tuvo que apoyar en la mesa del proyector, porque temió que sus piernas le fallaran. Tenía que ser una broma del destino... una broma muy cruel. Los recuerdos de aquella noche se agolparon en su mente como olas de un mar embravecido. Estaba de pronto ahí, otra vez, en el majestuoso salón de la fiesta de máscaras. «Todos somos escapistas... lo malo es que nuestros demonios siempre nos encuentran...», escuchaba ahora con perfecta claridad la voz del sexy enmascarado. Con la misma claridad que escuchaba ahora mismo a Nolan charlar con Jenkins. Sus recuerdos, que se habían mantenido borrosos todo este tiempo, envueltos en una bruma, ahora eran cristalinos. Era su voz. Era la misma voz. Y la misma frase. No cabía duda alguna, su ardiente enmascarado era nada menos que Nolan Davenport.

Tenía ganas de vomitar, de llorar, y de abofetearse a sí misma, todo a la vez. No podía creer que había tenido sexo precisamente con él, con su enemigo, con el hombre al que debía destruir, con el hombre al que tanto odiaba. O debía odiar. Y lo que más detestaba era cuánto le había gustado. Tanto, que aún seguía fantaseando con volvérselo a encontrar, con volver a sentir sus besos y su cuerpo.

—Hasta pronto señorita, Benson, seguiremos en contacto —dijo alguien a sus espaldas. Jenkins. Respiró hondo antes de girarse y poner su mejor cara para despedirse de los clientes, con un firme apretón de manos. Ahora solo podía hacer una cosa: fingir.

—Nos veremos pronto, señor Jenkins —dijo Valeria, sonriente.

—¿Estás bien? Te ves muy pálida —le preguntó Nolan, en cuanto se quedaron solos en la sala de juntas.

—Sí... estoy bien, pero creo que... me bajó un poco la presión. —¿Cómo no se había dado cuenta qué Nolan era aquel hombre? Maldito alcohol.

—Le voy a pedir a Cindy que te traiga un refresco.

—No, no es necesario, mejor voy a salir a comer algo, si no te importa.

—Claro que no, no hay problema. Además, ya es casi la hora del almuerzo.
¿No quieres que te acompañe?

—No hace falta, de verdad. Es un ligero malestar, nada más. Nos vemos al rato —dijo, abandonando la sala de juntas lo más aprisa que pudo. Sólo tomó su bolso de su oficina y salió rumbo a los elevadores casi corriendo.

Una vez en la calle, respirando aire fresco y sintiendo los cálidos rayos del sol sobre su rostro, llamó a Andrea desde su celular, mientras caminaba hacia la cafetería de la esquina; uno de sus sitios favoritos para almorzar.

—Hola, cariño, ¿cómo te fue en la presentación?

—Excelente, gracias, pero pasó algo horrible.

—Dios, no me asustes, que soy cardíaca. ¿Qué diablos pasó?

—¿Estás muy ocupada? Es que preferiría contarte en persona.

—No. De hecho, estaba a punto de salir a comprar algo para almorzar.
¿Dónde te veo?

—Estoy camino a la cafetería Delite.

—De acuerdo, te veo ahí. Yo estoy en la redacción, así que llego en 15 minutos.

Valeria arribó al lugar, pidió en el mostrador un refresco de cola y un panini de pavo horneado, y se sentó en una mesa junto a un enorme ventanal con vista a la calle lateral. Le encantaba ese sitio. La comida era buena, los precios accesibles y el servicio rápido. La luz del medio día entraba por todas las ventanas, dándole un ambiente cálido y relajado al restaurante. Aunque en esos momentos, nada parecía ayudarla a sentirse mejor.

Desde su mesa podía ver la entrada al establecimiento. Estaba atenta para hacerle señas a Andrea en cuanto llegara. Y así lo hizo. Después de que se saludaron, Andrea compró un club sándwich con papas a la francesa y un té helado, y finalmente se sentaron y se dispusieron a conversar.

—Antes que nada ¡Felicidades, Val! —dijo Andy, levantándose de nuevo para darle un efusivo abrazo—. Sé cuánto te interesaba hacer un gran trabajo con esa cuenta.

—Gracias amiga, estoy muy feliz. No sólo les gustó, les encantó.

—Entonces dime, ¿qué pasó? ¿Cuál es la mala noticia? —dijo, sentándose de nuevo.

—No lo vas a creer. Yo misma todavía no lo creo.

—Ay, mujer, suéltalo ya, no me tengas en ascuas —dijo Andrea, antes de meterse una papa frita a la boca.

—¿Te acuerdas del enmascarado, de la fiesta?

—Claro, tu misterioso amante que te hizo ver estrellas, tocar el mismo cielo, que te llevó al éxtasis más intenso, en una noche de lujuria y desenfreno...

—No hacía falta que fueras tan descriptiva...

—Es parte de mi encanto. ¿Qué pasa con él?

—Resulta que lo conozco. No sólo lo conozco, lo veo casi todos los malditos días.

—¡No es cierto! ¿De verdad? ¿Es un compañero de trabajo?

—Peor. Mucho peor. Es Nolan, Andy. El mismo Nolan Davenport.

—¡Oh, por Dios! ¡No puede ser! ¿Estás segura? —preguntó Andy, con los ojos tan abiertos, que parecía que se iban a salir de sus órbitas.

—Completamente.

—¿Cómo lo descubriste? ¿Él te dijo algo?

—¡No! Estoy segura que él no tiene idea de que soy yo la de la fiesta. Mi disfraz era muy bueno. Yo llevaba peluca, máscara...

—Sí, es cierto. Ni yo te reconocí cuando me mostraste el atuendo. ¿Entonces cómo fue?

—Por una frase que dijo en la junta. Eso mismo me dijo en la fiesta. No es una frase común, y además, al escucharlo ahora, todo ese recuerdo vino con claridad a mi mente. El recuerdo de sus palabras, de su voz al decirlas. Es él. Sin duda. ¿No te parece una crueldad del destino? —añadió, tras un largo y dramático suspiro.

—Vaya. ¿La verdad? me parece... algo... gracioso —dijo Andrea, pasando de la sorpresa a la risa, sin poder contenerse.

—¿Algo gracioso?

—No, de hecho, muy gracioso. —Ahora reía más. Se cubría la boca tratando de disimilar, y de calmarse un poco.

—Andrea, por favor. Yo no le veo ninguna gracia, este tipo es mi enemigo.

Valeria tenía aún muy presente el dolor y las dificultades que pasó a partir del suicidio de su padre. Tuvo que abandonar de inmediato sus estudios en Estados Unidos para volver a Londres, ponerse a trabajar y empezar a pagar las deudas que habían heredado. Recordaba su primer empleo, como mesera en un restaurante, y cómo en sus descansos se encerraba en la bodega a llorar.

Echaba tanto de menos a su padre y su muerte había sido tan repentina, que el sufrimiento la ahogaba. Fueron meses y meses donde la pena dominaba su vida. Y en medio de la incertidumbre sobre su futuro y el dolor de su muerte, ella y su madre tenían que soportar las insensibles especulaciones y los rumores malintencionados sobre su fallecimiento y su carrera. Desde acusaciones de lavado de dinero y fraudes, hasta supuesto alcoholismo, la prensa local y muchos conocidos se dieron vuelo con el chisme, como si disfrutaran de la desgracia ajena. Al menos, los rumores sobre su suicidio quedaron en eso. La versión oficial había sido que había muerto por un problema cardíaco. El jefe de la policía local, quien era cercano a la familia, había accedido a mantener la verdad oculta a la prensa, para evitarle más dolor a Valeria y a su madre. Y aunque los rumores circularon, seguramente por la indiscreción de alguien del cuerpo policíaco o de los servicios médicos, no pasó a más.

Valeria estaba convencida que todo ese dolor contribuyó a que su madre enfermara de cáncer y terminara muriendo de forma prematura. Ella en realidad nunca se recuperó de haber perdido a su esposo y de esa manera tan triste.

Cuando Valeria logró pagar las deudas y conseguir una beca, regresó a Estados Unidos a continuar estudiando, aunque en una institución menos prestigiosa que en la que pensaba tomar sus cursos antes de que la tragedia les cayera encima.

Y durante todos esos años, cada que visitaba a Silvia, que se había quedado en Londres con su hermana Alicia haciéndole compañía, veía cómo el sufrimiento la iba consumiendo poco a poco.

—Val —respondió Andrea, ya más calmada—. ¿No te parece que más bien podría ser una señal del universo, para que olvides esa obsesión que tienes de vengarte?

—No. Y no es una obsesión. No puedo creer que digas eso, Andy. Tú mejor que nadie sabes lo que esa familia le hizo a la mía, a mi padre.

—No. Yo sé lo que Hunter le hizo a tu familia. Pero tú te la tomas contra el hijo como si él fuera el autor de todo. Ya te lo dije el otro día. ¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez él no tuvo nada que ver? Si estuviéramos hablando de Hunter, si estuviera vivo, te apoyaría por completo y lo sabes. Pero no es el caso.

—Pero mi mamá me contó sobre la actitud de Nolan hacia mi padre...

—Sí, pero eso no prueba mucho. ¿Qué tal si Hunter también lo engañó a él?

¿Qué tal ni siquiera estaba enterado de las jugarretas de su querido padre? Tú misma me has dicho que parece un tipo decente.

—Hunter también parecía decente. Tanto, que mi papá lo consideraba su mejor amigo, y mira de qué manera tan vil lo traicionó.

Andrea decidió dejar de insistir en el tema. Sabía que Valeria era terca y persistente, y cuando estaba en ese plan, no había manera alguna de convencerla de nada. Además, era cierto que tampoco había pruebas de la inocencia de Nolan. Tal vez Valeria tenía razón, pero no le gustaba ver a su amiga en una situación así, que podría meterla en serios problemas. Incluso legales.

—Sí que eres terca.

—La terquedad es buena. —Valeria lo sabía. Sabía que era terca como una mula, y que esa terquedad le había causado dificultades en ocasiones, pero también gracias a ella, había logrado salir adelante.

—¿Y entonces qué piensas hacer? —preguntó Andy, después de un rato en que siguieron comiendo en silencio.

—No lo sé aún, Andy. Por ahora mi esperanza está en los viejos archivos de Hunter. Los que te conté que Nolan tiene en su casa, según me dijo.

—Al menos prométeme algo. Que no vas a hacer nada hasta que estés segura que Nolan se merece todo tu odio.

—Está bien, te lo prometo.

—Y que vas a tener cuidado. No quiero que vayas a terminar en la cárcel.

—Ya son dos promesas...

—Val...

—Ok, preocupona, te lo prometo también —dijo con cariño a su amiga. Siempre le enternecía cuando Andrea se ponía en plan de mamá protectora.

—¿Y cómo piensas tener acceso a esos papeles?

—Dado que no pretendo irrumpir en su propiedad como una criminal, creo que no me queda más que... estrechar mi trato con él, para que eventualmente me invite a su casa.

Eso le valió una sonrisa pícaro y una ceja levantada de parte de Andrea.

—¿Estrecharlo qué tanto?

—No en el sentido que estás pensando.

—¿De verdad, Val? No te engañes. Estás jugando con fuego y te vas a quemar. Lo que es más, te mueres de ganas de quemarte. Pero si quieres meterte en la cama con tu supuesto enemigo, no seré yo quien te detenga. Sólo no olvides contarme los detalles.

—Eres de lo peor, Andrea Jones.

—Lo sé. Y me amas por eso.

—Te amo por eso y mucho más —respondió Valeria, extendiendo su brazo sobre la mesa, para darle un cariñoso apretón de manos a su amiga.

Valeria llegó al bar The Light y lo primero que vio en cuanto cruzó la puerta fue a Nolan, hablándole al oído a Lucy, la gerente de finanzas. Ella sonreía como si le estuviera compartiendo un sucio secreto. Esto ya comenzaba mal. Una oleada de algo muy parecido a los celos la invadió, y se sintió ridícula y estúpida. Tuvo que respirar profundo antes de acercarse a saludar. Odiaba sentir que podía perder el autocontrol.

— Ya llegó la estrella de la celebración — dijo Nolan.

Después de que la presentación de Wind había sido tan exitosa que les había valido una extensión del cliente para que D&D se encargara de la publicidad de otros perfumes de su marca, cuando Valeria regresó a la oficina después de su almuerzo con Andrea, se encontró con que Celine ya había organizado una salida para esa misma noche, porque algo así merecería ser festejado en forma.

El lugar era el punto de encuentro de moda. Publicistas, empresarios y toda clase de ejecutivos de los alrededores de Midtown se reunían ahí después del trabajo.

— ¿Ya están ebrios, o todavía los puedo alcanzar? —dijo Valeria a Nolan y a Lucy, con una sonrisa tan fingida que hasta las mejillas le dolieron de tanto forzarlas.

Valeria había ido a su departamento después de que terminó la jornada laboral, con el pretexto de que necesitaba hacer unas llamadas y cambiarse de ropa, aunque lo cierto es que necesitaba estar un rato a solas para calmarse, antes de retomar su máscara de “aquí no pasa nada”. Cuando llegó al bar ya todos estaban ahí.

—Vamos empezando. Siéntate. —Nolan cedió su asiento a Valeria y acercó otro para él. Ella no pudo evitar sentirse complacida de que ahora ella estaba sentada entre Lucy y Nolan. Él no parecía molesto en absoluto. Lucy, por otro lado, no estaba nada feliz con su llegada, y era tan mala para disimular como ella misma.

—Brindemos por ti, por tu incorporación a D&D y por tu trabajo con Wind.

—Bueno, en realidad fue un trabajo en equipo.

—Siempre lo es, pero fue tu idea la que enamoró al cliente. Es de hombres sabios siempre reconocer el trabajo bien hecho.

—Está bien, hombre sabio, brindemos —dijo Valeria, sintiéndose un poco más relajada, aunque no dejaba de reprocharse por no haberse dado cuenta antes que Nolan era nada menos que su amante enmascarado. Todo ello la tenía de mal humor.

Los brindis, las conversaciones y las idas y venidas se sucedieron durante un par de horas. Valeria regresaba del lavabo cuando vio a Nolan recargado en la barra, conversando con John. Cuando este se retiró para atender una llamada telefónica, Lucy llegó a ocupar su sitio como si lo hubiera estado acechando. Era tan obvia en sus intentos por seducir al jefe, que si no fuera porque sentirse celosa le molestaba, Valeria lo hubiera encontrado hasta divertido. Pero como no era el caso, mejor les dio la espalda y se alejó hacia el otro extremo del bar.

No podía discernir si el coqueteo era en un sentido, o en los dos. En ciertos momentos parecía que Nolan también estaba interesado en Lucy, pero al segundo siguiente se percibía en él una indiferencia glacial, que de haber estado ella en la posición de Lucy, hubiera abandonado los intentos de conquista de inmediato, y salido de ahí sintiéndose ridícula. Aunque de pronto, se sintió ridícula de todas formas.

¿Qué diablos hacía ella cavilando sobre eso? ¿A ella qué demonios le importaban los romances de Davenport? Estaba enojada consigo misma. Pensaba demasiado en él y no en el sentido en que debería. Estaba perdiendo el rumbo de sus objetivos, y ahora mismo, también estaba perdiendo la sensatez a causa del whisky. «Todos somos escapistas», lo recordó otra vez. Con su máscara negra y su camisa bordeaux. Maldita sea.

—Te veo muy pensativa. Hasta pareces molesta. ¿Pasa algo? —dijo Nolan, llegando a su lado, tomándola por sorpresa.— ¿O acaso sigues con el mismo malestar de medio día?

—No, no tengo nada.

—Ese «nada» suena como «algo».

Valeria lo observó por un momento. Llevaba una camisa con las mangas arremangadas, de color gris perla con finas líneas blancas, que resaltaba sus ojos. Un mechón de su cabello le caía casualmente sobre la frente, dándole un aire desenfadado que le sentaba muy bien. Bajó la vista a su boca y le dieron unas ganas irresistibles de besarlo, y se odió por eso. Así que se forzó a sí

misma, una vez más, a recordar la clase de sujeto que en realidad era.

—Sólo respóndeme algo. ¿Valió la pena lo que hiciste? —preguntó, muy seria, sin poder contenerse.

—¿A qué te refieres?

—¿Valió la pena construir un imperio, enterrando cuerpos debajo?

Nolan reaccionó sorprendido. La observaba con detenimiento, pero no sólo tratando de encontrar en sus ojos el significado de esas palabras. Era como si la buscara a ella, detrás de las barreras, detrás de las capas. Y en parte, Valeria deseaba que la encontrara. Pasaron varios segundos antes de que respondiera.

—No hay esqueletos en mi armario, Valeria, si eso es lo que estás insinuando —dijo, tajante, antes de terminar su whisky de un solo trago.

—Tengo entendido otra cosa.

—¿Qué tienes entendido? Será mejor que hables claro de una vez, porque tengo poca paciencia para esta clase de juegos.

El tono de su voz y la franqueza en su mirada la hicieron dudar. ¿Y si era verdad que no tenía nada que esconder? ¿Y si Andrea tenía razón y él no tuvo nada que ver en lo que Hunter hizo? Por un momento se perdió en esos ojos grises, implacables, que parecían traspasarla. Por un momento quiso olvidarse de todo. Por un momento quiso creerle. Pero no podía.

De cualquier forma, no era así como planeaba llevar a cabo su venganza. Revelar sus cartas era imprudente y estúpido. Y lo peor era que sabía por qué estaba actuando así: Porque él le gustaba. Le gustaba tanto que se sentía celosa y vulnerable, y por lo tanto, furiosa. Furiosa con él, consigo misma, con el mundo entero. Furiosa con las circunstancias que la hacían tener que vengarse de él en vez de lanzarse a sus brazos y devorarlo a besos.

—Olvídalo. No me hagas caso. —Se dio la media vuelta y se dirigió al lavabo, para huir de él y de su propia imprudencia.

El resto de la velada se aseguró de no quedar a solas con Nolan, y todo se redujo a un ambiente de camaradería, charlas ligeras y bromas de oficina, entre tragos y botanas.

—¡Brindemos por Valeria! Quien además de hermosa y sexy, es brillante —dijo John Black, quien claramente ya estaba pasado de copas y comenzaba a transformarse en un ebrio impertinente y encimoso.

—Contrólate Black, no empieces de acosador —le dijo Malcolm.

—Yo no estoy acosando a nadie, sólo dije la verdad —respondió John, tratando de tomar por la mano a Valeria. Ella lo esquivó sutilmente.

—Creo que ya es hora de irme —dijo.

Nolan se encontraba a unos asientos del suyo, charlando con su administrador, David Anderson. Aunque parecía ignorarlos, Valeria tuvo la impresión de que estaba escuchando.

—Te acompaño, Val —dijo Malcolm, antes de que John se ofreciera.

—Te lo agradezco. Vamos. —Valeria se sintió contenta de contar con un amigo que la sacara del momento incómodo, antes de que John se pusiera más pesado. Además se sentía desanimada. No estaba de humor para lidiar con ebrios impertinentes ella sola. No esa noche. Hubiera querido pasar la velada con Nolan en términos más amistosos, pero todo lo había arruinado con sus comentarios inoportunos. Ahora tenía que enmendarlo, pero esa noche no sería posible. Esa noche era momento de partir y reconfigurar su plan de batalla.

Valeria sentía un intenso calor que la recorría por dentro, mientras unas manos fuertes e inquietas recorrían su cuerpo con ansiedad.

—Te deseo tanto, Valeria —le decía una seductora voz al oído, pero ella no podía ver nada. Tal vez tenía los ojos vendados, o la habitación era muy oscura. Las manos ahora se deslizaban por sus piernas desnudas, subiendo su vestido hasta su cintura.

—Necesito sentirte —decía Valeria entre jadeos, perdida en las sensaciones de su cuerpo. Sus manos se deslizaron debajo de la camisa de él y después bajaron para desabrocharle la bragueta.

Cuando por fin iba a entrar en ella, de pronto dejó de sentirlo. Su cuerpo firme parecía de pronto de gelatina que se disolvía entre sus dedos. Trataba de tocarlo, de retenerlo, pero él ya no estaba ahí.

—Valeria... —decía la voz, pero ahora se escuchaba cada vez más lejana. Una sensación de angustia, vacío y desesperación le atenazó con fuerza el corazón. Trataba de gritar, pero no se escuchaba a sí misma. De pronto despertó.

Sobresaltada, se sentó en la cama. Estaba agitada y acalorada. El color púrpura del cielo que podía ver por su ventana, indicaba que faltaba poco para el amanecer. Se recostó de nuevo. Aún no desaparecía ese dolor en el pecho que le había dejado la pesadilla.

Sabía quién era ese hombre, por supuesto. Lo que le faltaba, ahora hasta en sus sueños se metía. Era sábado, así que podría quedarse en la cama hasta

tarde, pero no quería volver a dormir porque temía seguir soñando con él. Y con sus manos. Y con sus besos. Y con su cuerpo. Mierda. Mierda. Mierda.

Se levantó y fue a la cocina por un vaso con agua helada y se lo llevó a la sala. Se sentó en el sofá a contemplar el amanecer. Todos los acontecimientos del día anterior revoloteaban en su cabeza, y ella oscilaba entre la satisfacción por el éxito de su proyecto y la frustración por la situación con Nolan «el enmascarado». Y por si fuera poco, seguía preocupada por haberse puesto en evidencia al atacarlo de aquella forma, y su única esperanza era que él lo dejara pasar y no le diera mayor importancia.

Necesitaba relajarse, distraerse. Se decidió por seguir la sugerencia anti-estrés de Nolan: Saldría a correr.

Capítulo 6

Beso de ángel

El sol ya había salido por completo cuando llegó a Central Park. Había ya muchas personas ejercitándose esa mañana. No podía concebir que tanta gente saliera tan temprano y en sábado, por voluntad propia. Tal vez no era la única huyendo de sus sueños eróticos con su jefe. Aunque la razón más probable era el buen clima; estaban en pleno verano y los neoyorkinos aprovechaban para disfrutar al aire libre.

Se puso sus auriculares y mientras *Don't stop me now*, de Queen, inundaba sus oídos, comenzó a trotar, y a correr después. No aguantó mucho corriendo en sprint, así que se dedicó a alternar la velocidad. Caminaba mucho, trotaba poco y corría casi nada. Estaba ya acalorada y sudada, cuando de pronto vio una figura familiar que venía a trote, en su dirección: Nolan.

«Maldita sea mi suerte», pensó Valeria, mortificada. Venía al parque huyendo del fantasma de Nolan y se le tenía que aparecer justo aquí. Y encima de todo, andaba fachosa y sudada, y sin gota de maquillaje. Y no había manera de ocultarse ni de salir huyendo porque él ya la había visto.

Siguió andando, tratando de guardar la compostura.

—Vaya, vaya. La señorita Benson. Qué grata sorpresa —Nolan sonaba muy contento de verla. Ya no parecía enojado por sus acusaciones en el bar.

—Creo que eres de esos extraños seres que amanecen de muy buen humor...

—No soy yo, es el ejercicio —dijo, con un guiño. A Valeria le encantaba cuando hacía eso. Un pequeño gesto muy natural en él, pero que lo hacía ver tan sexy que siempre la ponía un poco nerviosa.

—¿Parece que decidiste seguir mi sugerencia?

—Así es, aunque francamente, no esperaba encontrarte.

—Vivo aquí a la vuelta, Central Park es siempre donde corro.

—¿De verdad? Yo vivo como a tres cuadras.

—¡O sea que somos vecinos y sin saberlo! Qué pequeño es Manhattan.

—Demasiado pequeño —dijo ella. Así que estaban cerca de la casa de

Nolan. Cerca de los misteriosos documentos de Hunter—. Pues ya que nos encontramos, ¿qué tal si corremos juntos? —sugirió Valeria, porque estaba empezando a maquinarse un pequeño plan en su mente.

—Te advierto que soy muy rápido.

—Ya veremos.

Comenzaron a trotar juntos. Valeria estaba disfrutando del ejercicio. El aire fresco de la mañana entrando en sus pulmones, la naturaleza a su alrededor y la compañía de Nolan, estaban resultando de lo más agradable.

Trotaron juntos durante algunos minutos, hasta que Valeria fingió haberse torcido un tobillo.

—¡Ay! —Se detuvo y comenzó a cojear un poco.

—¿Te lastimaste? —preguntó Nolan, con una expresión de preocupación en su rostro.

—Creo que sí.

—¡Pero si sólo estábamos trotando! ¿Será que no calentaste bien?

—No sabía que hay que calentar para andar aquí a paso de tortuga. No es como si estuviera corriendo un maratón.

—Suele ser una buena idea siempre calentar, Valeria, aunque sea leve el ejercicio. ¿Puedes caminar o necesitas que te cargue?

—¡No! —dijo sobresaltada— no es necesario, puedo caminar.

Imaginarse cruzando el parque en brazos de Nolan le resultaba tan embarazoso como perturbador. De hecho, ya se sentía ridícula fingiendo ser una damisela en apuros.

—¿Y si vamos a mi casa? No es bueno que camines mucho, sin saber que tan seria es tu lesión.

—No lo sé, no quiero darte molestias... —¡Lotería! Era justo lo que esperaba que propusiera Nolan. Su pequeño plan iba bien.

—No te preocupes, no es problema. Más problema sería que mi estrella creativa no pudiera ir a trabajar por no atenderse bien una lesión. Vamos, apóyate en mí —dijo Nolan, rodeando su cintura con un brazo, cuidadoso. Por un momento Valeria se sintió culpable, porque era evidente que el publicista estaba genuinamente preocupado por ella.

No había mentido cuando dijo que vivía muy cerca; en menos de diez minutos habían llegado. Una hermosa casa de tres plantas de estilo georgiano era el hogar de Davenport.

Subieron los escalones de la entrada con dificultad. Nolan abrió la puerta de roble oscuro y la ayudó a entrar. Una vez adentro, la acercó a un cómodo

sofá para que se sentara. Valeria tenía que dividir su atención entre admirar los detalles decorativos de la casa y no olvidar seguir fingiendo su lesión.

Nolan se quitó la chaqueta, la colgó en el perchero junto a la entrada y se dispuso a revisar el tobillo de Valeria.

—¿Qué haces? —retiró su pie, sobresaltada.

—¿Qué te parece que hago? Voy a ver si tu lesión es seria. —Nolan se puso de cuclillas frente a ella y tomó su tobillo con cuidado— mi amigo Mark fue paramédico un tiempo. Me enseñó algunas cosas básicas —le explicó, mientras presionaba aquí y allí, y observaba la articulación como todo un profesional—. ¿Te duele?

—No mucho. Creo que me duele cada vez menos.

—Yo creo que no es grave. No se ve ni siquiera inflamado. —Le dio una ligera palmadita afectuosa en la pantorrilla y se incorporó—. Pero si en la tarde te sigue doliendo, deberás ir a que te revise un médico.

—Sí, doctor, así lo haré, gracias —dijo, divertida.

—¿Doctor, eh? Entonces tengo otra orden médica para usted, señorita Benson.

— ¿«Orden»?

—Así es. Orden. Médica. Quédate a desayunar. Alimentarte bien es importante, en especial después de una lesión tan severa...

—Ok, doctor, si no me queda de otra. Pero con una condición: déjame ayudarte a preparar el desayuno. No pretenderás que me quede sentada mientras tú te ocupas de todo...

—De acuerdo —respondió Nolan, con esa media sonrisa que le encantaba.

La sensación de confortable intimidad mientras preparaban el desayuno la hizo sentir tan bien que la asustó. Era como si fueran piezas de un rompecabezas que encajaban a la perfección. Ella encajaba ahí, en su cocina, en su casa, en su vida. Lo malo es que la situación también puso en evidencia sus pocas habilidades en el arte culinario. Ella estuvo a cargo de preparar los huevos con verduras... con tristes resultados.

—¿Qué tal quedaron? —preguntó, divertida, porque ya sabía la respuesta. Era muy consciente de sus limitaciones, no es que Andrea alguna vez se hubiera cohibido para expresarle sus apreciaciones al respecto. Bruno, por su parte, había tratado de fingir que le gustaban sus platillos, aunque al final se había dado por vencido y había confesado.

—Mmm... —el publicista parecía tener un conflicto entre la caballerosidad y la honestidad—. Se pueden comer... —dijo finalmente, con

una sonrisa.

Le encantó a Valeria como Nolan encontró una frase perfectamente ambigua para salir del atolladero sin sonar muy cruel, pero sin mentir tampoco.

—Puedes decirme la verdad. Sé que soy pésima cocinera.

—Excelente, así no tendremos problemas. Yo cocino, tú comes.

Valeria tuvo que fingir no darle mayor importancia al comentario, a pesar de que su mente ya se llenaba de imágenes hogareñas y románticas. Juntos, en la cama. Juntos, desayunando en la cama. Juntos, comiendo. Juntos, cenando.

—Tu casa es muy hermosa, ¿tú la decoraste? —preguntó Valeria, momentos después, para distraer su mente del tema anterior.

—Sí. Aunque tampoco tiene mucho mérito. No hice más que imitar el estilo que me gusta.

—¿Y siempre tienes todo tan ordenado?

—Me encantaría decir que sí, pero no. Si no fuera por la señora Rose, esto sería un caos. Toda la casa estaría como la habitación que te conté.

—¿En donde guardas las cosas de tu padre?

—Sí.

—¿Te molestaría... darme un *tour* por la casa?

—Eres muy curiosa, ¿verdad? —Nolan accedió, y comenzaron el pequeño *tour* al terminar de desayunar y lavar los platos, ya que Valeria insistió. Él le iba explicando algunos detalles de la construcción o la decoración, conforme recorrían la casa.

—Este es el despacho. —Un enorme escritorio de madera oscura dominaba el espacio, que estaba flanqueado por libreros de piso a techo. Lo oscuro de los muebles se compensaba con la gran cantidad de luz que entraba al despacho por el ventanal detrás del escritorio—. El escritorio es una antigüedad. Ha estado en mi familia por generaciones.

—Es muy hermoso —dijo con sinceridad. Le encantaban los muebles antiguos, con carácter, con historia. Aunque curiosamente, no tenía nada así en su propio departamento. Salieron del despacho.

—Y esta es la habitación del terror —dijo Nolan, abriendo la puerta contigua—. Este desorden va más con mi estilo natural —añadió, bromista.

—Veamos qué tan terrorífico es. —Valeria entró a la habitación. No era tan terrible. Era sólo un espacio saturado de cajas, archiveros y otros artículos voluminosos. Incluso había un baúl en un rincón.

—Apuesto a que tú sí eres una obsesiva del orden y la limpieza.

—¿Cómo lo sabes? —respondió, mientras curioseaba entre trofeos y

cuadros.

—Es fácil de saber. He visto tu oficina. No tienes nunca ni un solo papel fuera de lugar. Aunque eso me hace preguntarme... —se quedó callado, mientras se aproximaba lentamente.

—¿Qué cosa?

Nolan se detuvo a pocos centímetros frente a ella.

—Si así eres en todos los aspectos de tu vida. Siempre metódica, siempre en control... —Nolan tomó un mechón suelto de su coleta, y lo colocó detrás de su oreja, rozándola con las yemas de los dedos. Valeria se estremeció.

—Creo que sí... al menos trato de llevar mi vida así, en orden. El caos me estresa demasiado. —Estaba muy nerviosa por la cercanía de Nolan. Podía ver su propio reflejo en sus ojos grises cristalinos.

—Eres una mujer peligrosa, Valeria Benson. —Nolan acarició su mejilla muy suavemente.

—¿Peligrosa? —Valeria respondió en un susurro. Estaba paralizada por las sensaciones que le provocaba Nolan con su ligero toque, y también asustada. ¿Será que la había descubierto?

—Sí. Muy peligrosa. Eres hermosa, inteligente, fuerte. Podrías destrozar el corazón de cualquier hombre. —Nolan se acercó aún más, sus labios casi podían tocarse.

Valeria sentía su aliento cálido en su rostro, y el deseo por besarlo la abrumó. Estaba consciente de que el publicista la estaba provocando, que estaba buscando que ella decidiera, que ella lo besara. Pero no le importaba ser el ratón, nuevamente. En ese momento no le importaba nada más. Lo único que le importaba era sentirlo. Sentirlo otra vez.

Valeria salvó los pocos centímetros que los separaban y rozó sus labios con los suyos. Nolan respondió de inmediato, tomándola de la cintura con ambas manos, acercándola más a él. Atacó entonces su boca, con un beso largo, profundo y sensual. Un fuego abrasador la arrasó por dentro, el mismo fuego que la consumió cuando él la hizo suya en la fiesta de máscaras. Ahora más que nunca estaba convencida de que Nolan era el enmascarado, y además ya no le quedaba duda sobre si el alcohol o el ambiente de la fiesta habían contribuido a su excitación. No. Era él, sólo él quien le provocaba ese cúmulo de sensaciones que la trastornaban.

Valeria lo besó con igual pasión, entrelazando sus dedos en su sedoso cabello oscuro y pegando su cuerpo al suyo. Sentir sus labios, su lengua explorando su boca, era embriagador. Su cuerpo había tomado el mando y su

mente ya no estaba en control de nada. Se estaba dando cuenta que Nolan parecía ser el único capaz de lograr eso: Hacerla desconectar su mente analítica.

Un ruido insistente la sacó de su trance. Era un teléfono móvil. ¿El suyo? No, así no sonaba el timbre del suyo.

—¿No vas a contestar? —preguntó Valeria contra los labios de Nolan.

—No —respondió en un susurro.

—Pero... ¿y si es importante? —insistió ella después de unos instantes.

—No me interesa.

El teléfono de Nolan dejó de sonar, sólo para volver a hacerlo momentos después.

—Nolan...

—Maldita sea —dijo el publicista, resignado, sacando de su bolsillo el aparato, para responder—. Hola, Mark. Sí, estaba... ocupado en algo importante. —Nolan aún mantenía una mano en la cintura de Valeria, mientras ella respiraba hondo tratando de relajar la excitación que vibraba en cada nervio de su cuerpo.

—Sí, te llamé temprano. Es sobre una de las cajas. Empecé a revisarlas hace unos días, y hay una que me intriga. Creo que tal vez está aquí por error —dijo Nolan a Mark, alejándose de Valeria y moviéndose entre los archiveros, buscando.

Valeria aprovechó la distracción para escabullirse de la habitación.

—Ya la encontré. Incluso está cerrada con un candado, y tiene una etiqueta que dice «Jonathan Taylor». —Después de un silencio, Nolan agregó—: Sí, eso mismo pienso. Gracias Mark, me avisas en cuanto sepas algo. Seguimos en contacto. Te mando un abrazo.

Valeria estaba junto a la puerta de entrada de la casa, a punto de salir a la calle, con su teléfono en la mano, cuando Nolan bajó las escaleras y la encontró.

—¿Ibas a irte sin despedirte?

—No, claro que no. Pero ya llamé a un taxi, no ha de tardar en llegar. No quiero darte más molestias. —Un silencio incómodo se extendió por un largo momento.

Nolan la miraba con una expresión indescifrable en sus hermosos ojos grises, que en esos momentos eran como un muro que no dejaba ver hacia el interior.

—¿Por qué estás actuando como si no hubiera pasado lo que acaba de

pasar entre nosotros? —dijo finalmente.

Valeria no sabía qué responder. De pronto se sintió ridícula por haber salido huyendo como niña asustada, en vez de tomarlo con naturalidad... o al menos fingir naturalidad, dado que no había nada de natural en haber besado al hijo de Hunter Davenport.

—Perdona, no quise... será que no sé cómo reaccionar, es algo... que me confunde —dijo ella. La bocina del taxi los interrumpió. Nolan se acercó hacia ella y le tomó con delicadeza el rostro.

—Está bien. Tampoco quiero presionarte. Hagamos algo: El lunes hablamos sobre esas confusiones tuyas, y por lo pronto prométeme que te cuidarás el tobillo y que irás al doctor si tienes molestias.

—Lo prometo. —Valeria notó que la barrera en sus ojos había desaparecido, y ahora estaban inundados de una dulce expresión de ternura. Nolan la ayudó a subir al taxi y se despidió de ella con un suave beso en los labios.

Valeria llegó a su departamento aún con el fantasma de las manos de Nolan en su cintura, abrazándola; de sus labios en los suyos, de su lengua en su boca. Se sentía presa de su cuerpo, que ardía de deseo. Presa de todo lo que tenía que callar, de los sentimientos que comenzaban a florecer y que se negaba a aceptar, y que, como una avalancha, crecían en su interior arrasando con su prudencia y su razón; que eran sus armas de defensa ante la vida, ante el mundo.

Odiaba saber que Nolan era precisamente el enmascarado de la fiesta, ese hombre que había logrado trastornarla tan fácilmente. Y peor aún, odiaba comprobar que la química entre ellos no había sido sólo una casualidad, sino que era real, intensa, abrasadora, como nunca la había tenido con nadie más.

Vaya broma del destino terminar así, enloquecida de pasión por el hombre a quien debía destruir. Recordó la mezcla de ternura y pasión con que Nolan la miraba y se sintió aún más abrumada.

En esos momentos lo único que deseaba era poder vivir sin consecuencias, dejarlo todo atrás. Olvidar quien era Nolan Davenport. Fantaseaba con liberarse de sus circunstancias, romper las reglas que se imponía a sí misma y simplemente hacer lo que le daba la gana, que era acostarse con Nolan. Dejar de resistirse, dejar de planear, dejar de pensar. Soñaba con tan solo dejarse

llevar y vivir el momento; olvidar su venganza y seguir lo que le dictaban su corazón y su cuerpo.

Pero no podía. No podía traicionar la memoria de su padre de esa manera. Si no seguía con su plan y le hacía justicia, no podría perdonárselo a sí misma y el peso de la culpa por haberle fallado sería insoportable.

Sin embargo, a pesar de la confusión que le generaba el cambio en su relación con Nolan, tenía que reconocer que era lo más conveniente para sus planes de venganza. Gracias a ello había tenido acceso a su casa, incluso a la habitación donde esperaba encontrar evidencia. Si seguía con esa relación tendría mayores posibilidades de obtener lo que necesitaba contra Hunter, y muy probablemente, contra Nolan mismo. Y tal vez, esa misma evidencia le daría la fuerza para seguir adelante con ello. «Estás jugando con fuego y te vas a quemar», le había dicho Andrea, y tenía razón. Valeria estaba muy consciente, ahora más que nunca, que este era un juego peligroso y que seguramente saldría lastimada de él. Pero no tenía opción, estaba resignada a pagar el precio.

«Jonathan Taylor», había dicho Nolan a Mark. El nombre le sonaba vagamente familiar, pero podría ser una mera casualidad, o su misma ansiedad por empezar a encontrar pistas relacionadas con Hunter y su padre. Tendría que regresar pronto a casa de Nolan y encontrar la manera de quedarse sola, para husmear entre los papeles de Hunter.

El siguiente lunes, Valeria llegó llena de energía a trabajar, con su plan trazado. Ya estaba decidida a dejar fluir las cosas con Nolan y aprovechar así cada oportunidad para investigar sobre Hunter.

Había pasado el domingo en casa de Andrea y la había puesto al corriente sobre lo que había sucedido el sábado. Andrea, por supuesto, después de escuchar atenta y muy divertida toda la historia del encuentro en el parque y el beso ardiente, le había insistido en que no se precipitara, y aunque en algunas cosas no estaban de acuerdo, lo cierto es que siempre se sentía mucho mejor después de platicar con su amiga.

Ocupó las primeras horas de la mañana de ese lunes para sacar adelante los pendientes del día, y después se dirigió a la oficina de Nolan para tantear el terreno. Lo encontró de pie, en una llamada telefónica, de espaldas a la puerta y de frente al enorme ventanal de su oficina, desde donde podía contemplar los

imponentes rascacielos de la Gran Manzana.

—Sí Mark, es extraño. Revisaré hoy mismo y te llamo. —Nolan terminó la llamada pero no se movió. Seguía contemplando el paisaje a través de la ventana, ensimismado.

—¿Interrumpo? —dijo Valeria, tocando la puerta con suavidad.

Nolan la miró por un momento sin reaccionar, aún con la mente en otra parte.

—Valeria. Pasa, siéntate —dijo por fin.

Valeria cerró la puerta del despacho y se sentó frente al escritorio de Nolan.

—¿Cómo sigue tu pie? —Preguntó, tomando asiento a su vez.

—Perfectamente, gracias. Ya no me ha dolido en lo absoluto, seguro fue sólo una torcedura. Pero lo que quería de...

—Necesito preguntarte algo —la interrumpió Nolan.

—Dime —respondió ella en voz baja. No tenía idea que le preguntaría, pero por su tono serio, estaba poniéndose nerviosa.

—El otro día en el bar, insinuaste algo sobre esta empresa, sobre mí. ¿A qué se debió?

Mierda. Después de lo del sábado, estaba confiada en que Nolan había olvidado esa conversación, o al menos, había decidido ignorarla. Y todo por no mantener su bocota cerrada. Qué estupidez.

—Tonterías mías. No... no importa.

—Sí importa. Lo dijiste por una razón y quiero saber cuál es. ¿Qué te han dicho? ¿Qué sabes? —preguntó. La expresión en su rostro era fría y hermética.

¿Qué estaba pasando? «¿Qué sabes?» ¿Qué sabía Nolan? ¿Por qué de pronto ese interés en lo que había dicho en el bar? Tenía que pensar rápido qué inventar.

—Nada, sólo rumores tontos.

—¿Qué rumores? ¿De quién?

Estaba acorralada. No había manera de salirse por la tangente; tendría que improvisar algo creíble, y pronto.

—Alguien... —comenzó Valeria, después de varios segundos— mencionó alguna vez que... tu padre... había hecho algunos negocios... turbios. — Valeria miraba sus propias manos al hablar. Nunca había sido buena mentirosa, y en momentos como estos, le costaba más trabajo. Aunque al menos era una verdad a medias. Otra vez.

Silencio. Levantó la vista. La mirada de Nolan, insondable, estaba sobre

ella. El muro en sus ojos grises estaba otra vez erigido, pero detrás de él alcanzaba a ver por un resquicio, nubarrones de tormenta. Era claro que algo lo tenía intranquilo.

—¿Quién es ese alguien?

—No te lo puedo decir. Es sólo un... conocido, que repitió lo que había escuchado por ahí... no tiene importancia.

—Sí la tiene.

Otro tenso silencio se instaló entre ellos. Valeria estaba segura que hasta el tenue sonido de su respiración se podía escuchar en esos momentos.

—Y tú crees estos rumores. —No era una pregunta—. ¿Por qué?

—No los creo.

—No los crees.

—No. Es decir... tal vez s...

—¿Los crees o no, Valeria? No es una pregunta capciosa. Es de hecho, muy simple. Sí o no. Sólo responde.

Odiaba esto también. Odiaba sentirse intimidada ante Nolan. Ella también era fuerte, siempre lo había sido, pero, atrapada entre la atracción que sentía por él que la descolocaba, y el miedo de que descubriera quién era ella en realidad, estaba actuando como una estúpida. ¿Dónde estaba su carácter, su coraje?

—No lo sé, Nolan. Sinceramente. Ese día lo recordé, y estaba de mal humor, y pensé que tal vez era verdad. Pero lo cierto es que no lo sé —dijo por fin, segura, y no como una niña asustada.

Nolan suspiró. Era evidente que su explicación no lo había convencido en lo absoluto, y que las respuestas ambiguas o contradictorias, eran de las cosas que lo sacaban de quicio, pero parecía que estaba considerando detener el interrogatorio. Al menos por ahora.

—¿Y esa es la razón por la que saliste huyendo de mi casa el sábado, después de que nos besamos?

Ok, no había terminado el interrogatorio. Sólo había cambiado un poco el rumbo del mismo, hacia otros temas igual de incómodos para ella.

—No, no fue por eso...

—¿O es que sigues enamorada de tu ex?

—¿Qué? ¿Mi ex? No, no. Eso no es —respondió Valeria de inmediato, negando con la cabeza, porque la sola idea le sonó absurda. Si el único que ocupaba sus pensamientos día y noche era Nolan. De hecho, a veces pensaba que sería mejor si siguiera enamorada de Bruno. Al menos no tendría

tremendo conflicto entre su mente y su corazón, como el que sufría ahora.

—¿Entonces?

Valeria se dio cuenta que tenía dos opciones: o inventar algún pretexto tonto, que estaba segura Nolan no creería, o decir una verdad a medias. Porque lo que estaba considerando revelar, también era verdad.

—Está bien, te lo voy a decir. Sé que tú me consideras una mujer decidida y segura de mí misma, y lo soy... casi siempre. Pero también es cierto que el campo de las relaciones románticas... no es mi fuerte. Es decir... —tragó saliva, de pronto más nerviosa que antes—. Cuando era joven era muy tímida. Si me gustaba un chico, me ponía tan nerviosa que me cerraba como una ostra y el pobre creía que me caía mal. El coqueteo nunca se me dio bien. Me hacía sentir... expuesta, vulnerable. Mi papá decía que soy como una cebolla... capas y capas cubriéndome... protegiéndome... —el recuerdo de su padre la invadió de pronto, y se quedó callada, pensando en él.

El sí que la conocía. Sabía que era temerosa en el amor, que sobreprotegía su propio corazón y que incluso usaba el orgullo como escudo. «No confundas la dignidad con orgullo, hija. No permitas que el orgullo te aleje del amor», le había dicho en cierta ocasión, cuando a los 15 años, en unas vacaciones navideñas, se había desahogado con él contándole sus primeras decepciones de amor juvenil. «Ahora puede ser que no tenga mucha importancia, eres muy joven aún, pero cuando crezcas, ocultarte tras esa barrera puede pesarte. El error es creer que el amor es sólo alegría. No lo es. Amar de verdad es dejar tu corazón ahí, expuesto, vulnerable, a riesgo de que el otro lo destruya, y vivir con el miedo de que eso suceda. Pero esa es la única forma de amar: con entrega. El hombre adecuado para ti te dará su corazón y también cuidará del tuyo».

—Creo que... lo he notado —dijo Nolan, sacándola de su ensimismamiento. Los pensamientos de Valeria regresaron a la conversación.

—Discúlpame por haberme portado así. No sabía bien cómo actuar. Creo que cuando alguien me gusta mucho, puedo portarme como esa chica asustadiza que solía ser y... —dijo, sin pensar.

—¿Te gusto mucho? —interrumpió Nolan, complacido, con un tono en su voz que dejaba claro que la tormenta había pasado y estaban ahora en aguas calmas.

—¿No es obvio? —dijo Valeria, apenada. No estaba acostumbrada a ponerse en evidencia así. Pero con Nolan siempre pasaban cosas a las que no estaba acostumbrada.

—Contigo no lo es. Tienes razón, eres como una cebolla. No es fácil descifrarte. —La nota de ternura que había ahora en la voz de Nolan la conmovió a su vez.

Nolan se levantó y dio vuelta a su escritorio para acercarse a ella. Puso las manos en los descansabrazos de la silla de Valeria, inclinándose y acercando su rostro al suyo.

—¿Qué voy a hacer contigo, Valeria? —dijo Nolan en un susurro, más como para sí mismo. Sus ojos color acero la tenían atrapada. Ahora destilaban ternura y pasión, luciendo más hermosos que nunca. Valeria no podía retirar la vista. Se sentía como venado en la carretera, encandilado con los faros de un auto y a punto de ser arrollado.

—Lo que quieras... —respondió. Perdida, vencida, fascinada.

Observó cómo los ojos de Nolan se oscurecían ante su respuesta y su ardiente mirada se deslizaba de sus ojos, a sus labios. El beso que siguió la derritió por completo. Nolan la besaba con dulzura. Comenzó primero con un suave roce de labios, pero poco a poco se volvió intenso, sensual, demandante. Le encantaban los besos de Nolan. Le encantaba él, su sabor, su olor. Amaba enredar sus dedos en su cabello mientras sus lenguas se encontraban, se acariciaban. Podría pasar el resto de sus días besando a Nolan y estaría feliz.

El sonido del conmutador los sobresaltó. Nolan se incorporó de inmediato y fue a responder. Valeria se reacomodó en su silla.

—Señor Davenport, ya llegó el señor Murray —dijo la voz de Cindy, por el aparato.

—En un momento lo atiendo.

Nolan regresó al lado de Valeria, que ya se había puesto de pie y caminaba hacia la puerta.

—¿Vamos a cenar hoy en la noche? —preguntó, interceptando su salida, dándole un suave beso en los labios. Valeria asintió, sonriente y abandonó la oficina.

Esa noche, Valeria llegó a su departamento, básica y llanamente, sexualmente frustrada.

Nolan la había llevado a cenar al Black Castle, el restaurante irlandés de siempre. Entre besos, caricias dulces y buena comida y bebida, había

transcurrido la velada. Nolan no volvió a tocar el tema de los rumores sobre su padre, aunque ella sí había hablado del suyo y de la entrañable relación que tenían. Eso sí, teniendo cuidado de no mencionar nada que pudiera revelar su identidad. En su versión de los hechos, su padre era americano (ella también), se dedicaba al comercio textil y había muerto por una infección pulmonar mal cuidada.

Valeria creía que después de la cena irían a la casa de él a continuar lo que habían comenzado el sábado, pero no sucedió. Nolan pidió un taxi para ambos, pero con dos paradas. Le mencionó antes de despedirse en la puerta del edificio, que tenía que revisar varios documentos esa noche.

Por lo que había alcanzado a escuchar de su conversación telefónica con Mark esa mañana en la oficina, estaba convencida que ello tenía que ver con la caja misteriosa que Nolan había encontrado entre las cosas de su padre. Se sentía impaciente por poder estar ella misma en esa habitación y hallar algo, lo que fuera, sobre Hunter y sus negocios. Aunque si era honesta, estaba aún más impaciente porque Nolan la llevara a la cama. Y pensar que ambas cosas podrían haber sucedido esa noche... pero no. Lo único que tendría era un buen regaderazo, y de preferencia con agua fría.

Volvió a sentir esa necesidad de sólo seguir sus instintos, por una vez, por una maldita vez, y dejar de ser ella, la prudente Valeria, siempre en control, siempre haciendo lo racional, lo más conveniente. ¿De qué le había servido?

No podía dejar de pensar en lo que su madre siempre le decía, desde que había enfermado de cáncer: «Vive. Que el tiempo pasa en un suspiro. No esperes a tu muerte para mirar atrás y lamentar todo lo que no hiciste». Por supuesto, estaba segura que su madre no se refería a que traicionara la memoria de su padre por una pasión carnal que la tenía enloquecida, pero qué importaba. Ya había tomado una decisión. Se aventaría de cabeza, hasta el fondo, y se preocuparía por las consecuencias y por recoger los pedazos de su corazón destrozado, después.

Capítulo 7

Alas de ángel

El resto de la semana no fue buena para Valeria. El destino parecía querer obstaculizar sus planes. Y sus deseos carnales también. Casi no había visto a Nolan. Al día siguiente de su romántica salida a cenar, el publicista había tenido una cena de trabajo, y después se había ausentado unos días por un viaje de negocios a Londres. Sin embargo, le había llamado por teléfono todas las noches, y ella había estado esperando las llamadas, como quinceañera ilusionada.

Pero por fin llegó el sábado, el día de su regreso a Nueva York. Habían quedado en que pasaría a recogerla para ir a cenar. Presentía que esa iba a ser la gran noche, así que se esmeró en su arreglo. Se decidió por un vestido de coctel, color azul oscuro, de falda suelta hasta la rodilla, y bonito escote plisado, en V. La tela ligera y en capas le daba movimiento y un aire veraniego muy apropiado para esa temporada del año. Los zapatos de tacón alto en color *nude* y el bolso a juego, completaban su atuendo.

—Luces espectacular —le dijo Nolan de inmediato.

El taxi los esperaba, pero Nolan se había acercado hasta la puerta del edificio para abrirla, en cuanto la vio salir de los elevadores. Sus ojos oscurecidos por el deseo la miraron de arriba a abajo a placer, y se sintió cohibida, pero feliz. Nolan le dio un suave beso en los labios al saludarla.

—Me alegra que no vayas vestida así a la oficina. No podría concentrarme en el trabajo —susurró Nolan en su oído, antes de tomarla de la mano camino hacia el taxi y abrirle la puerta para que subiera al vehículo.

—Tú te ves particularmente sexy esta noche —dijo Valeria, cuando ya iban camino al restaurante. Nolan vestía una camisa negra y una chaqueta del mismo color, que hacían ver el gris de sus ojos más claro.

—¿De verdad? Gracias —respondió sonriente, y le besó la mano, que no dejó de sostener todo el camino.

—¿Vamos al Black Castle?

—No, ahora cenaremos en otro sitio. Es una noche especial.

Llegaron a un encantador restaurante francés. El lugar era sin duda, para parejas. La luz tenue, la música suave y la decoración en tonos oscuros, creaban una atmósfera romántica irresistible. Era el sitio ideal para seducir y conquistar a una dama, aunque ella ya estaba más que conquistada.

—¿Cómo te fue en Londres? —le preguntó Valeria, durante la cena.

—Bien, creo. Digamos que encontré lo que buscaba, aunque hubiera preferido que no fuera así.

—Estás muy críptico hoy. ¿No piensas contarme sobre ello?

—Sí, pero no aún. No es un tema del que me guste hablar, y menos esta noche. Pero te prometo que lo haré.

—No tienes que hacerlo si no quieres. —reculó—. Creo que me estoy viendo muy entrometida.

—No, claro que no. Si vamos a empezar algún tipo de relación, la confianza es importante.

A Valeria le encantaba la idea de tener «algún tipo de relación» con él. Y la odiaba al mismo tiempo, porque ello sólo contribuía a construir una fantasía que tarde o temprano se desmoronaría, cuando las verdades, su verdad, salieran a la luz. No quería ni pensar en ese momento en la reacción de Nolan. No quería herirlo. Tal vez debería olvidarse de la venganza; a final de cuentas, Hunter estaba muerto.

—¿Quieres que vayamos a mi casa después de la cena? —preguntó el publicista, como si nada.

«Por supuesto que quiero, lo deseo tanto que no puedo ya ni dormir, ni pensar en nada más», hubiera querido responder Valeria. Pero la prudencia y el sentido común la contuvieron.

—Sí, vamos —fue todo lo que dijo en respuesta.

—¿Deseas beber algo? —dijo Nolan en cuanto cruzaron el vestíbulo de su casa.

—Sí, un whisky por favor. —Valeria dejó su bolsa sobre la mesita de la entrada y camino con aire distraído por la estancia.

—Pareces nerviosa —dijo Nolan, mientras preparaba las bebidas.

Claro que estaba nerviosa, aunque no sabía bien por qué. Era verdad lo que le había dicho al publicista sobre su falta de pericia para lanzarse a conquistar hombres, pero tampoco era una novata. Lo cierto es que nunca se había sentido tan fuera de su zona de confort, como se sentía con Nolan, ni siquiera con Bruno cuando empezaban a salir. Ahora todo era diferente. Nolan era diferente, y ella se sentía como cuerda de violín a punto de reventar por la tensión, la anticipación, el deseo. Su primer impulso fue negarlo, pero decidió ser sincera, otra vez.

—Sí lo estoy, y mucho.

—¿Por qué? ¿No confías en mí?

—No, no es eso. Es sólo que... es una noche importante.

—También es importante para mí, si eso te hace sentir mejor —Nolan puso en su mano el vaso con whisky en las rocas.

—Sí. Es bueno saberlo.

—Brindemos por esta noche.

Se sentaron por un rato a conversar en la sala, y mientras Nolan le narraba una anécdota muy divertida que había sufrido en el aeropuerto de Londres, Valeria se fue calmando un poco. Agradecía los intentos de Nolan por relajar el ambiente, aunque tenía la sensación que prolongar el prelude sólo incrementaba la tensión, y la música suave que el publicista había puesto de fondo, empeoraba su ansiedad. Se levantó a caminar por el salón para distraer la mente observando los cuadros y demás objetos que adornaban la estancia. Se detuvo frente a una fotografía que descansaba sobre la consola. Nolan aparecía con otras personas, muy sonrientes todos.

—Mis padres y yo.

—Se ven muy felices.

—Mi madre era buena para fingir en las fotos.

—¿A qué te refieres?

—No eran felices. Se casaron muy jóvenes, porque yo ya venía en camino, y sus familias los obligaron a casarse para evitar escándalos. Yo quise mucho a mi padre, pero nunca fue un buen esposo. Mentía y engañaba a mi mamá todo el tiempo.

—Lo siento...

—Por fortuna encontró un buen hombre y pudo rehacer su vida.

Detrás de la foto, dominando la pared, un cuadro llamó su atención. Era una pintura al óleo de un túnel, o tal vez un pozo, desde el interior. Al centro se veía la luz que se filtraba hacia las profundidades.

—Este cuadro... es muy hermoso.

—Es mi favorito. Me encanta que te guste a ti también. —dijo Nolan, a su espalda.

—¿Quién es el artista?

—Nadie famoso. Lo compré en Montmartre, en París, a un pintor callejero. Me cautivó desde que lo vi.

—Es tan... esperanzador —dijo ella en un susurro.

Nolan rio de buena gana.

—Vaya, hasta que alguien ve lo mismo que veo yo. Por supuesto, tenías que ser tú.

—¿De verdad? ¿Qué dicen los demás?

—Todos lo que lo han visto dicen que es oscuro y deprimente, pero yo lo veo como tú. La luz al final del túnel, la salida, la esperanza...

—Tal vez esas personas no han vivido la oscuridad necesaria para apreciar la luz cuando llega... —dijo Valeria, acercándose más a la pintura, y rozando el lienzo con los dedos.

—Y nosotros sí...

—Nosotros sí —respondió ella.

De pronto sintió los cálidos labios de Nolan en su cuello, y la pintura, el túnel y las oscuridades de su pasado desaparecieron en un instante. Dejó su vaso sobre la chimenea y se giró. Busco los labios de Nolan con los suyos, enlazando sus brazos en su cuello, mientras las manos de él acariciaban su espalda.

—Me vuelves loco, Valeria —susurró el publicista en una breve pausa, antes de seguir besándola.

—Nolan... —Valeria acercó aún más su cuerpo al suyo.

Después de unos largos momentos en los que la pasión no les permitía ni separarse para respirar, Nolan la giró hacia la pared, y comenzó a besar su espalda, mientras bajaba, centímetro a centímetro, con calma enloquecedora, la cremallera de su vestido.

Valeria se sentía embriagada, y no era por el whisky. El contacto de sus manos y sus labios con su piel la enardecía. Era como si se necesitaran el uno al otro, como si sus cuerpos se pertenecieran y reconocieran.

—Había echado tanto de menos este tatuaje... —dijo Nolan, mientras se deleitaba deslizando su lengua por su espalda baja.

Valeria tardó unos momentos en procesar lo que había escuchado, y se quedó helada. «¿Echado de menos?» ¿Eso había dicho?

—¿De qué hablas? —preguntó, confusa.

—La fiesta de máscaras, tú y yo... y estas alas de ángel —dijo, mientras su boca subía ahora, hasta su nuca, y una de sus manos se quedaba en su espalda, delineando el tatuaje.

Valeria se separó de él y se giró bruscamente. «Qué sexy tatuaje», recordó de pronto, claramente, las palabras de su enmascarado. Nolan lo sabía, la había descubierto. ¿Pero cuándo? No parecía sorprendido. En lo absoluto.

—¿Qué...cómo lo supiste? ¿Cuándo? —preguntó, mientras Nolan le rodeaba la cintura con los brazos, acercándola a él, nuevamente.

—Aquel día en la oficina, cuando te invité a cenar por segunda vez. Llegué a buscarte y estabas agachada, guardando unos papeles. —Hizo una pausa y rozó su mejilla con el dedo índice—. Tu blusa se había subido un poco en la cintura... y una parte de las alas estaba a la vista.

—Oh... —recordaba bien ese día. Nolan tenía tremenda cara de sorpresa. No se le ocurrió que fuera por eso... ni siquiera se acordó en todo este tiempo que el enmascarado había visto su tatuaje. Pero ahora lo recordaba—. ¿Y por qué no dijiste nada?

—No quería avergonzarte. Uno va a esas fiestas por el anonimato, y además tú ni siquiera acostumbras asistir. Lo que menos necesitabas era que te dijera que lo sabía. Pero tenía que hacer algo para estar seguro. El tatuaje, tus ojos... eran buenas pistas. Pero podrían ser mera coincidencia.

—La presentación de Wild, cuando le dijiste a Jenkins...

—Que todos somos escapistas... recuerdo tu reacción, que te sentiste mal justo después. Ahí comprobé que sí eras mi sexy pelirroja enmascarada.

—¿Entonces lo dijiste con la intención de que lo relacionara?

—Sí. Aunque podría no haber funcionado. No podía estar seguro que recordabas mis palabras de esa noche.

—Sí que las recordaba. ¿Y por qué querías que lo supiera?

—Porque cuando nos tuviéramos más confianza te diría que yo también lo había descubierto, como lo estoy haciendo ahora, y era mejor que ya supieras que era yo. Saber la verdad y permitir que tú siguieras en la ignorancia, sería como mentirte. Y no me gustan las mentiras —dijo Nolan, antes de lanzarse sobre su boca con renovado entusiasmo.

Valeria respondió al beso, abrazándolo de la cintura y acercándolo a ella, aunque por unos momentos su mente siguió dándole vueltas a la nueva información. No había querido avergonzarla, que se sintiera expuesta. Era sin duda una actitud muy caballerosa de su parte. Se sentía conmovida. Y

agradecida. Mierda. Lo que le faltaba. Como si necesitara más motivos para que Nolan le gustara.

—¿Vamos al dormitorio? —le susurró el publicista al oído.

Ella asintió, y lo siguiente que supo es que Nolan la cargaba en brazos y la llevaba escaleras arriba.

—Estás loco, yo puedo caminar, ¿sabes? —dijo, riendo.

—Es más romántico así —hizo una pausa— y más rápido. —Añadió con una sonrisa pícaro.

Valeria rio aún más. Llegaron a la recámara, y más tardó en acostarla sobre la enorme cama, con cuidado, que en lo que ya estaba sobre ella, besando su cuello, y deslizando su mano por sus piernas.

—Oh, Nolan... —dijo Valeria en un suspiro, cuando su boca descendió hasta uno de sus senos.

—¿Tienes idea cuánto he deseado tenerte en mis brazos? Desde antes de saber que eras tú... y aún más después de descubrirlo...

—Yo... también deseaba volver a estar contigo —confesó ella, con la respiración acelerada.

—¡ah, sí?

—Sí... esa noche fue...

—Intensa... perfecta... —Nolan ya había bajado los tirantes del vestido, y estaba besándola y acariciándola, provocándole gemidos de placer.

Valeria necesitaba sentir su piel con desesperación, así que comenzó a desabotonar su camisa, y acabó de quitársela con la ayuda de Nolan. Sus manos recorrían con ansiedad los planos de su pecho, de su abdomen. Se giró de pronto para cambiar de posición y quedar encima, y comenzó a besar su torso. El olor y el sabor de su piel la excitaban aún más de lo que ya estaba. Nunca se había sentido tan arrebatada por el deseo como se sentía con Nolan, y eso le asustaba, pero le fascinaba a la vez.

Valeria estaba sentada a horcajadas sobre él. Bajó su mano para acariciarlo, ansiosa, provocando que un ronco gemido escapara de la garganta del publicista. Cuando se dio cuenta, ya habían cambiado de posición otra vez; él terminaba de quitarle el vestido y las bragas, y ella, el pantalón y los calzoncillos.

—Te deseo tanto, Valeria... —Las manos de Nolan recorrían el nuevo territorio por explorar. Calientes, firmes, precisas.

La sola sensación de las fuertes manos del publicista en su cuerpo la hacía ver estrellas. Había fantaseado con esas manos desde que lo vio por primera

vez, en la sala de juntas de D&D. Y había fantaseado también con sentir el peso de su cuerpo sobre el suyo, como lo sentía ahora.

La boca ávida del publicista se apropió de la suya, en un beso profundo y demandante. Ella acariciaba su cabello, su cuello, su espalda, y correspondía a su beso con total abandono.

Nolan comenzó a trazar un camino con su boca, desde sus labios, hasta su vientre. Cuando llegó más abajo con la punta de su lengua, los estremecimientos sacudieron tan fuerte su cuerpo, que por un momento Valeria creyó que perdería el conocimiento. Ella le sostenía la cabeza con ambas manos, enredando sus dedos en su sedoso cabello.

—No pares... no pares... —dijo Valeria, medio inconsciente de las palabras que escapaban de su boca.

A partir de ahí, no le tomó mucho tiempo al publicista conducirla al climax, que la golpeó con tal fuerza, que las oleadas de placer le parecieron eternas. Cuando retornó a la Tierra, bajó la vista para encontrarse con los ojos del publicista, que la miraba con una sonrisa traviesa que la hizo sonreír a su vez.

Estaba esperando a recuperar fuerzas para devolverle el favor, pero ya no le dio tiempo. De lo siguiente que tuvo conciencia fue de una corriente eléctrica que pareció traspasarla, cuando él finalmente entró en su cuerpo.

—Nolan...

—Me encanta que digas mi nombre...

Amó la sensación de Nolan dentro de ella. Lo que sentía en esos momentos superaba sus fantasías más salvajes. La fuerza precisa con la que la tomaba, la forma en que la miraba, con los ojos derramando fuego y miel, la tenían en el séptimo cielo.

La luz de la luna se filtraba por la ventana, acompañando la danza de sus cuerpos en sincronía y sus pieles desnudas.

Pudo sentir que Nolan ya estaba cerca, por el ritmo y la tensión incrementándose en su cuerpo, pero no quería que terminara aún. Así que enredó sus piernas con las de él y giró, en un intento de cambiar posiciones. Nolan la dejó hacer, y la contemplaba complacido.

—Me gusta la vista desde aquí abajo. Eres como una diosa... y yo soy tu esclavo.

A ella también le gustaba la vista. El hermoso rostro de Nolan, con gotas de sudor en la frente... sus ojos oscurecidos... su cabello desordenado, su torso...

El «esclavo» subió una mano por su cuello hasta que llegó a su boca.

Acarició sus labios, e intrujo un dedo buscando su lengua.

Valeria instintivamente comenzó a lamerlo. Un gemido bajo y gutural la hizo estremecer y succionar su dedo aún más, provocativa. Un par de movimientos y Nolan ya estaba sobre ella de nuevo, lamiendo su boca, su cuello, y tomándola una y otra vez con evidente ansiedad.

Ella pudo sentir la intensidad de su orgasmo a través de sus cuerpos conectados, antes de que el cuerpo del publicista colapsara sobre el suyo.

Permanecieron un largo momento sin moverse. Lo único que se escuchaba era el lejano ruido de los autos por las calles, y sus respiraciones agitadas.

Finalmente, Nolan se recostó a su lado, atrayéndola para colocar su cabeza sobre su pecho, y abrazarla.

—Dios... eso fue...—dijo Nolan, mirando al techo.

—Lo sé —respondió ella, suspirando.

La luz del sol que entraba por la ventana despertó a Valeria a la mañana siguiente. En lo que acababa de despabilarse y lograba enfocar la vista, la confusión la invadió. Esa no era su habitación. No reconocía el sitio. Entonces recordó. Nolan. Su cama. Sus brazos. Sus besos. Pero el publicista no estaba en el dormitorio y tampoco se escuchaba ningún sonido en la casa. ¿Habría salido? Valeria miró su reloj de pulsera, eran las ocho y veinte de la mañana.

Decidió esperar a que volviera, aunque después de unos minutos que parecieron eternos, optó por levantarse.

El dolor en todo el cuerpo que sintió de pronto, como si la hubiera arrollado una locomotora, le trajo a la mente con lujo de detalles la noche anterior. Sonrió mientras se levantaba y se acercaba al guardarropa, con la esperanza de encontrar algo de Nolan con que cubrirse. No quería andar desnuda por la casa y tampoco le parecía buena idea ponerse el vestido de coctel. A simple vista encontró varias playeras de deporte, así que se decidió por una blanca, con el logotipo de los New York Giants. Hizo una parada técnica en el baño y se alegró por ser una mujer precavida y siempre cargar en su bolso al menos cepillo de dientes y desodorante. En cuanto se sintió más o menos limpia y presentable, se dispuso a ir a buscarlo.

Al salir de la recámara escuchó un ligero ruido en la planta superior, y se dirigió hacia allá. Encontró a Nolan en la entrada de una habitación con varias cajas amontonadas, similar a la otra donde estaban los archivos de su padre.

Estaba recargado en el marco de la puerta y observaba algo que sostenía entre sus dedos. Un anillo. Nolan vestía sólo un pantalón de pijamas gris oscuro. No había notado que ella estaba ahí.

—Nolan... te andaba buscando... pensé que habías salido —dijo, en voz baja, como no queriendo perturbarlo. Parecía muy pensativo.

Valeria observó la habitación. Había algunas cosas de mujer fuera de las cajas. Seguramente eran las pertenencias de Isabelle.

—Es irónico como es el ser humano ¿no? —comenzó a decir Nolan. —Nos sentimos tan grandiosos, tan invencibles, y en realidad, en la inmensidad del universo, somos tan poca cosa. Nuestra existencia es tan efímera y fugaz... — se quedó callado un momento—. Somos frágiles como fino cristal —agregó tras un suspiro.

—Nolan... ¿estás bien? —preguntó Valeria, preocupada. El cambio en su estado de ánimo de anoche a ahora era tan radical que no sabía que pensar.

—El próximo mes se cumplirán dos años de su muerte. ¿Sabías que fue mi culpa? —dijo Nolan, levantando la vista del anillo y mirándola por fin.

—¿Qué... cosa?

—La muerte de Isabelle. Nunca se lo había dicho a nadie...

—¿Por qué dices que fue tu culpa? —Valeria se sobresaltó, pero pudo disimularlo. No le gustaba la idea de que Nolan hubiera causado la muerte de nadie. Ya bastante problema tenía con lo de Hunter...

—Porque esa noche discutimos. Esas últimas semanas discutíamos por cualquier tontería. Ni siquiera recuerdo cual fue el motivo en esa ocasión. Pero salió furiosa, en plena tormenta, para alejarse de mí.

—Nolan, no puedes culparte por eso —dijo, aliviada, tras una pausa—. Tú no lo provocaste, tú no lo deseaste, fue un accidente.

—Un accidente que no hubiera ocurrido si no hubiéramos discutido.

—Aun así...

—Sé que tienes razón en lo que dices. Pero no puedo evitar sentirme culpable, y esa culpa se recrudece en momentos como este... —dijo Nolan, guardando el anillo en su bolsillo y acariciando la mejilla de Valeria después— cuando estoy feliz.

Ella le sonrió con afecto, colocando su mano sobre la suya, que seguía en su rostro. No le gustaba verlo así, triste. Había tenido antes un par de vistazos de este Nolan, y relacionados precisamente con Isabelle. Se preguntó si alguna vez superaría esa culpa, o la cargaría de por vida.

—Te ves muy sexy con mi playera de los Gigantes —Nolan la observaba

de arriba a abajo, divertido.

—Siento haberme tomado libertades, pero no tenía que ponerme y... —respondió un poco apenada.

—No te disculpes, cielo. Tienes libre acceso a mi guardarropa y a todo lo que necesites. Con confianza. Y más aún si luces tan bien usando mis cosas.

Ambos rieron.

Valeria se sintió aliviada de ver que Nolan recuperaba poco a poco su buen humor habitual, aunque la preocupación sobre lo que acababa de constatar seguiría acosándola. Era claro que Isabelle era un fantasma que estaría presente entre ellos, acechando entre las sombras, quien sabe por cuánto tiempo más. Esa sola idea la hacía sentir descorazonada, a pesar de que trataba de recordarse a sí misma que no era importante. Lo suyo con Nolan estaba condenado a morir de cualquier forma, era temporal. En cuanto concluyera con su venganza, el romance con él formaría sólo parte de sus recuerdos. La intensidad de la opresión que sintió en el pecho al pensar en ello la sorprendió. Sí que estaba en problemas.

—Y dígame, señorita Benson, —dijo Nolan, mientras caminaban por el pasillo, dejando atrás la habitación— ¿qué desea ahora? Podemos bajar a preparar el desayuno, o podemos regresar otro rato a la cama... —Nolan tomó su rostro entre ambas manos y la acercó para besarla con suavidad.

Valeria tenía hambre, pero cuando Nolan comenzó a mordisquear sus labios y a buscar su piel por debajo de la camiseta de los Giants, le dio hambre de otra cosa. Así que regresaron a la cama.

Esta vez hicieron el amor con más calma que la noche anterior. Nolan se tomó su tiempo para explorar todo su cuerpo, para besarla, enardeciéndola por completo. Valeria adoraba como la hacía olvidarse de sí misma mientras su cuerpo se derretía como lava ardiendo.

—Nolan...—gimió, ansiosa. La necesidad por sentirlo dentro de ella la consumía. Otra vez.

—Dímelo... dime lo que quieres... —susurró en su oído Nolan, con voz ronca, mientras simulaba que iba a tomarla, pero sin hacerlo.

—Hazlo de una buena vez —respondió, demandante. Más tardó en decirlo, que en sentir como entraba en su cuerpo. Un delicioso estremecimiento la recorrió de la cabeza a los pies.

—Me encanta que te pongas así —dijo Nolan riendo por lo bajo, entre jadeos.

—Y también te encanta martirizarme. Eres perverso —respondió ella

mientras besaba su cuello, haciéndolo gemir también.

Nolan comenzó a acelerar el ritmo y a intensificar sus embestidas. Ella clavó las uñas en la espalda de él, apretando aún más su cuerpo con el suyo. El publicista respondió bajando su mano, entre sus cuerpos, hasta que encontró ese punto que buscaba, y comenzó a acariciarla con pericia. Los gemidos de Valeria se intensificaron, conforme el éxtasis se iba aproximando.

—Cómo me encantas... —dijo él, jadeando, mientras su cuerpo se tensaba, para estallar en el límite del placer, mirándola directamente a los ojos.

Valeria llegó al clímax unos segundos después, perdida en esa mirada que la hechizaba. Sus almas parecían conectarse a través de sus ojos, y siguieron un rato más así, mirándose, mientras sus respiraciones comenzaban a calmarse y los estremecimientos aún sacudían sus cuerpos, que estaban fundidos en uno solo. Acabaron exhaustos y felizmente abrazados.

—Eres un ángel... —dijo Nolan quedamente momentos después, mientras acariciaba su espalda y la abrazaba con más fuerza.

—No soy un ángel... —Valeria respondió casi para sí misma. La culpa la hizo sentir una punzada en el corazón, y la sola posibilidad de que Nolan no tuviera responsabilidad alguna en lo que hizo Hunter, la hacía sentir un monstruo. Tal vez Nolan no se merecía caer en el juego de mentiras y venganzas de una mujer traicionera como ella.

—Lo eres para mí —dijo el publicista, dándole un dulce beso en la frente.

—Creo que esto no funcionaría de ninguna forma. El recuerdo de su esposa pesa mucho para él. Cargando con esa culpa, nunca va a superarlo. No puedo competir con una muerta. Los muertos se vuelven santos, se vuelven perfectos. Son idealizados, idolatrados. Ya no están para cometer errores, para decepcionar, para mostrar su humanidad. Y el paso del tiempo hace a la memoria selectiva. Si él quiere idolatrar su recuerdo, no hay nada que yo pueda hacer contra ello. Y tampoco quiero vivir a la sombra de un fantasma —dijo, contundente, a su amiga, durante su ya tradicional salida a comer en domingo.

—Valeria Benson, ¿acaso te estás enamorando de Nolan? —preguntó Andrea, antes de darle una mordida a su hamburguesa.

—¿Qué dices? Claro que no.

—A mí me suena a que sí...

—Andy, no. Son ideas tuyas. Sólo me gusta y mucho. Eso ya lo sabías.

—Sí, pero lo que veo ahora en ti es más que eso. Te lo dije; te dije que estabas jugando con fuego y te ibas a quemar.

—Te encanta decir «te lo dije», ¿cierto?

—Sí. Me encanta —respondió Andrea, con una sonrisa de culpa—. Aunque preferiría haberme equivocado esta vez, si te soy franca. No me gusta verte sufrir, Val.

Valeria había dejado la casa del publicista esa mañana, casi a mediodía, después de un delicioso desayuno que preparó él, y que disfrutaron los dos. Nolan había insistido en que se quedara con él a pasar todo el domingo, pero Valeria le explicó que ya tenía planes para ver a su mejor amiga, Andrea.

—Creo que el sufrimiento viene incluido en el paquete «Cómo vengar la muerte de tu padre».

—Y hablando de eso. Con todo lo que me cuentas que ha padecido este hombre con lo de su mujer fallecida, ¿todavía piensas echarle más problemas encima?

—Ya no lo sé, Andrea —dijo Valeria, con sinceridad—. Ya no sé nada. A veces sólo quisiera olvidarme de todo aquello y seguir con mi vida.

—Pues hazlo.

—No es tan sencillo. Siento que se lo debo a mi padre.

—¿Y crees que él hubiera querido que pasaras tu vida así, con venganzas, y luego cargando con la culpa? Porque te garantizo amiga, que si arruinas la vida de Nolan, te vas a arrepentir, tarde o temprano, aunque sea culpable. Tú no eres una persona cruel. Y a larga, mirando hacia atrás, es muy probable que llegues a la conclusión de que no valió la pena, y entonces será muy tarde.

Valeria no respondió. Sabía que su amiga tenía razón y que era posible que así terminaran las cosas. Pero también tenía miedo de que si no seguía adelante, cargaría entonces con otra culpa: La de haberle fallado a su padre. La manera en que su familia había sido destrozada... de forma tan injusta... no podía, no debía quedar impune. Sentía que caminaba en arenas movedizas sin tener de donde asirse para salir de ellas. Tal vez simplemente debería perdonar y olvidar, pero cuando las heridas están aún abiertas, el perdón es imposible.

—Cambiano de tema... —dijo Andrea, muy seria de pronto— tengo que contarte algo. Terminé con Michael.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Adivina.

—No me digas que el muy miserable te engañó otra vez...

—Ahora es tu turno de decir «te lo dije» —respondió Andrea, con un suspiro.

—Oh, Andy, lo siento mucho. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Llevamos rato aquí, y yo sin parar de hablar de mis líos, mientras tú...

—No te flageles, Val, está bien. Prefiero tomarme mi tiempo para soltar las bombas. Además, me sirvió para distraerme un poco de mi drama amoroso, escuchar primero el tuyo —dijo con una media sonrisa.

—Vaya... somos un desastre, ¿no? —comenzó a reír Valeria.

—Creo que sí —Andrea se unió a las risas de su amiga.

—¿Y qué piensas hacer? Me refiero a cuando te prometa que no volverá a pasar y...

—No. Se acabaron las oportunidades. Lo perdoné una vez, pero fue un error y ahora lo entiendo. Me queda claro que Michael no va a cambiar. Lo echo de menos y me duele mucho terminar, pero ya aprendí mi lección.

—Me da gusto oírte hablar así.

—Bueno, si te soy sincera, me da miedo flaquear. No soy tan fuerte como tú.

—Claro que lo eres, Andy, sólo que no ves tu propia fortaleza, como la veo yo. De todas formas, sabes que cuentas conmigo para lo que necesites.

—Gracias. Por lo pronto necesitaré que cada que comience a añorarlo, me recuerdes todos sus defectos y por qué no debo perdonarlo otra vez.

—Prometido —dijo Valeria—. Diablos. Necesitamos algo más fuerte que café y jugos. ¿Por qué no venden alcohol en esta mugrosa cafetería?

Andrea no pudo evitar reír aún más. Al final decidieron que el caso ameritaba terapia especial, o sea, una tarde de películas, whisky y pizza en casa de Andrea.

Capítulo 8

Tiempos de tormenta

Llegó septiembre. Su temporada favorita del año se acercaba. El otoño en Nueva York era una belleza que disfrutaba enormemente. Los atardeceres, los árboles vistiendo sus mejores galas de tonos rojizos, marrones y naranjas, los abrigos ligeros para el frescor de la tarde, y la época navideña a la vuelta de la esquina. Eran días que siempre le provocaban sentimientos encontrados, pero confiaba en que este año sería mejor. Mucho mejor.

Las últimas semanas con Nolan habían sido idílicas. Desde que hicieron el amor por vez primera, Valeria había estado posponiendo los planes para descubrir los negocios turbios de Hunter. Cada día se proponía entrar a la habitación de los archivos, y cada día se acobardaba y lo dejaba para después. Lo cierto es que no quería romper la burbuja de felicidad en la que ahora habitaba. Sabía que el fin llegaría tarde o temprano, así que mejor tarde, que temprano.

En este tiempo a su lado había sido más feliz que nunca. Despertaba en sus brazos varias veces a la semana, a veces en casa de él y otras en su propio departamento. Incluso su portero ya tenía autorización para dejar a entrar a Nolan, aunque ella estuviera ausente. Esa nueva rutina e intimidad entre ellos le hacía sentir una calidez en su interior que no podía explicar, sólo sabía que se sentía contenta, plena. Claro, siempre y cuando evitara pensar en su padre.

Además, le encantaban los juegos de seducción de Nolan. Sabía cómo complacerla y enardecerla hasta el punto que la hacía olvidar todas sus reticencias y terminaba ella tomando iniciativas de una manera en que nunca se había atrevido antes. Disfrutaba provocándolo y dándole placer. Se sentía libre, seductora, poderosa. Sin duda, el publicista era muy hábil para ir quitando esas barreras tras las que ella se protegía. Pelando la cebolla, poco a poco.

En cuanto a Isabelle y la culpa que padecía Nolan, ya no lo había visto usar el anillo ni una sola vez desde que empezaron a salir, y tampoco entrar a la habitación «de los recuerdos». Él le había confiado que desde su muerte, no

había tenido ninguna relación formal. Se había encerrado en sí mismo y sólo había tenido encuentros esporádicos y casuales. No había conocido a nadie especial, hasta que la conoció a ella. Le emocionó saber que para él, no era una conquista más.

Quería pensar que su relación con ella le estaba ayudando a superar aquello, pero no podía estar segura. No hasta que lo hablaran, no hasta que todos esos objetos dejaran de estar ahí, como un santuario que resguarda a su fantasma.

En la oficina todo marchaba a las mil maravillas. Había sacado adelante otra campaña con éxito, y ahora trabajaba en su tercer proyecto, además de apoyar en otros. También habían decidido mantener su relación oculta para evitar suspicacias. Al menos por ahora. Lo cierto era que tanta estabilidad y plenitud en todas las áreas de su vida la ponía nerviosa. La mujer cínica que habitaba en ella le decía que la vida no es así, y que seguramente algo desagradable le esperaba a la vuelta de la esquina. Y no se equivocaba.

Eran casi las cinco de la tarde cuando se dirigió a la oficina de Nolan para preguntarle si se verían más tarde o no, ya que él tenía una cena de negocios. Había sido un día atareado y apenas si se habían visto. Se sentía algo tonta en admitirlo, pero lo echaba de menos. Y más lo extrañaría, porque al día siguiente saldría a otro viaje de negocios por tres días.

Iba a tocar a la puerta cuando escuchó que estaba en una llamada telefónica, y prefirió no interrumpir. Se disponía a regresar sobre sus propios pasos a su oficina cuando algo en la conversación que sostenía Nolan la paralizó.

—Sí, Mark, pero por otro lado, el tal Benson se lo buscó. A final de cuentas, se lo tenía bien merecido. Mi padre hizo lo que consideró mejor. El tipo era una rata —dijo Nolan, con clara indignación en su voz. Hubo un silencio—. Sí, avísame en cuanto sepas algo de Walsh. —Otra pausa— ¿Isabelle? ¿Qué con ella? —respondió a Mark, claramente sorprendido— ¿Un hombre en el cementerio?

Valeria ya no pudo escuchar más, se alejó lo más rápido que pudo hacia su oficina y se encerró. Estaba mareada, sentía las piernas débiles y temblorosas, y que no podía respirar. Inhalaba y exhalaba profundamente, mientras caminaba como león enjaulado, de un lado a otro. No podía creerlo. No podía. ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Tan ciega? ¡Y pensar que estaba considerando olvidar lo de la venganza! Se había dejado envolver por un farsante, se había entregado en cuerpo y alma a un miserable que había contribuido a la ruina de su padre.

«...El tipo era una rata...» Sentía que estaba a punto de vomitar. Tenía que calmarse si no quería hacer tremendo numerito en plena oficina. Eso no podía quedar así. Le haría justicia a la memoria de su padre, costara lo que costara.

Habían pasado unos quince minutos cuando Nolan llegó a su despacho.

—Hola, amor... quería... —la observó y su rostro alegre se transformó en preocupación—. ¿Estás bien? Estás muy pálida —dijo acercándose a ella.

Valeria se mantenía sentada en su escritorio, fingiendo estar muy ocupada revisando unos papeles, para evitar mirarlo a los ojos y que pudiera leer en ellos la verdad.

—No... de hecho no me siento bien. Creo que la comida me cayó mal. ¿Te importaría si me voy a casa de una vez? Sólo falta una hora para salir y...

—Por supuesto que puedes irte Valeria. ¿Pero no quieres que te acompañe? Yo tengo la reunión hasta las seis, podría dejar mis pendientes para...

—No, no. No hace falta, no es nada serio. No te preocupes, creo que con un poco de descanso estaré bien.

—Señor Davenport, la llamada que me encargó ya está lista... — interrumpió Cindy, desde la puerta del despacho de Valeria.

—Gracias Cindy, voy para allá —respondió. En cuanto la secretaria se retiró, Nolan regresó su atención a Valeria— tengo que irme, pero prométeme que me llamarás si necesitas algo.

—Sí, lo prometo —dijo, mientras Nolan le daba un breve beso en los labios.

—De todas formas te llamaré en la noche para ver como sigues —añadió, ya casi en la puerta.

—No es necesario...

—Deja de decir que no es necesario, Val. Quiero hacerlo. Te llamaré — dijo con una sonrisa afectuosa, antes de abandonar su oficina.

En cuanto abrió los ojos a la mañana siguiente, el peso de la tristeza la aplastó por completo. Una sensación de vacío se instaló dentro de su corazón, y sabía que estaría ahí por largo tiempo. Su burbuja de felicidad había colapsado y ahora sólo quedaban los pedazos de una felicidad que había sido tan absoluta como efímera.

Nolan la había llamado en la noche como le había prometido, y para entonces ya había logrado calmarse lo suficiente para fingir naturalidad. Sin

embargo, no pudo evitar durante la llamada, el nudo en la garganta y las lágrimas, traidoras, escapando de sus ojos. Haciendo un gran esfuerzo consiguió que la tormenta de su interior no se revelara en su voz. Esa era la última llamada. La última ocasión en que escucharía sus palabras de afecto, mientras visualizaba su sonrisa y sus dulces ojos grises, que la miraban como si fuera la mejor mujer sobre la Tierra.

Desde que conoció a Nolan y se sintió atraída por él, supo que en este juego saldría lastimada, pero no se imaginó que el dolor fuera tan devastador. Andrea tenía razón: se había enamorado de ese hombre como una estúpida y ahora no sabía qué hacer con todos esos sentimientos que la ahogaban.

Si no se hubiera involucrado con Nolan, todo sería tan sencillo. Podría haber hecho lo que debía hacer y seguir adelante con su vida, tan tranquila. Jamás debió desviarse de su objetivo; se odiaba a sí misma por su debilidad. Pero ahora era demasiado tarde para lamentarse. Ahora lo que quedaba era seguir con su plan.

Después de hablar con él, había pasado horas desahogándose con Andrea por teléfono y planeando su siguiente movimiento. Sabía que Nolan había partido hacia el aeropuerto desde muy temprano, por lo que podría pasar por su casa antes de ir a la oficina sin problema, para buscar los papeles. La señora Rose, quien iba casi todas las mañanas a limpiar la casa, ya la conocía. Así que no le parecería nada sospechoso que llegara sola a buscar «algo que había olvidado».

Andrea había tratado de disuadirla una vez más, ya no por Nolan, sino por el riesgo de que su amiga se metiera en problemas, pero no había tenido éxito.

Valeria llevó a cabo sus preparativos mañaneros como una automática. Tomó un baño, se vistió, se arregló lo mínimo necesario para verse presentable, y salió a la calle para tomar un taxi directo a la casa del publicista. Una vez ahí, tal como había predicho, la señora Rose la dejó pasar sin problema. Subió las escaleras y se dirigió a la habitación en donde estaban los archivos de Hunter. No tardó en localizar la caja que más le interesaba: la que tenía una etiqueta con el nombre «Jonathan Taylor». Abrió la caja y comenzó a revisar su contenido. Estaba tan ansiosa que le temblaban las manos. Encontró fotocopias de cheques a nombre de ese sujeto, de depósitos y retiros de cuentas bancarias, y también copias impresas de correos electrónicos. Comenzó a leer uno de ellos y la dejó paralizada. Era de un tal Steve Walsh para Hunter Davenport. Decía, textual:

«Señor Davenport, le informo que ya estamos preparados. Taylor me dio la

información y los documentos que le pedimos, y la cuenta a nombre de Benson está lista, si es necesario usarla. Adjunto los datos de la misma.»

Valeria leyó los datos. Eran varios millones de dólares en una cuenta bancaria en un paraíso fiscal. Así que eso era, esa era la treta con la que Hunter lo enviaría a la cárcel. Era una buena treta; Robert no tenía esa cantidad disponible, y aunque la hubiera tenido, esa cuenta no coincidiría con sus declaraciones al fisco, lo que sería un buen indicador de negocios sucios y probablemente lavado de dinero. La policía no hubiera dudado ni por momento en condenarlo. Tal vez hubiera podido aclarar su inocencia... pero tal vez no. Hunter tenía el dinero, el poder y las conexiones.

«Jonathan Taylor». ¿Quién era este tipo? Le había sonado familiar el nombre... tendría que investigar en los papeles que aún conservaba de Robert y su empresa... aunque en el siguiente correo electrónico que leyó tuvo su respuesta. Era entre Taylor y Walsh. Y ahí, en la firma, al final del texto estaba el cargo de Taylor: Administrador en RB Creative.

Valeria sintió náuseas. Recordó lo que su madre le había contado: «El investigador encontró que su administrador de confianza había estado desfalcando a la empresa por años». Jonathan Taylor era ese administrador, quien después de ello, había desaparecido sin dejar rastro.

Con amarga satisfacción se dio cuenta que esos papeles, más su testimonio, eran suficientes para revelar la verdad, si no legalmente, sí mediáticamente. Y eso es lo que haría. A final de cuentas, lo que quería era que todo el mundo supiera que clase de basura había sido Hunter Davenport en realidad, lo que le había hecho a Robert Benson, y que su intachable imagen de hombre exitoso y hasta filantrópico, se fuera por el caño. La retribución económica que podría proporcionarle un proceso legal que se resolviera a su favor, en caso de conseguir la evidencia para ello, no le importaba. Sus padres ya estaban muertos.

Tomó los papeles, se los llevó para fotocopiarlos y los regresó a su sitio, todo en menos de una hora. La señora Rose parecía no prestar la menor importancia a sus ires y venires.

Finalmente se despidió de ella y salió de la casa de Nolan, para nunca más volver.

Después de haber visitado la casa de Nolan, hacía dos días, había ido a

trabajar como si nada, aprovechando que el publicista seguía de viaje en Londres. Su único fin era llevarse sus artículos personales de la oficina, discretamente, al terminar la jornada laboral. Ese sería su último día en D&D.

Ese mismo día por la tarde se había reunido con Andrea para darle los papeles que había fotocopiado y la entrevista. Sería una de las revistas para las que trabajaba Andrea la que publicaría el material. Se habían mostrado muy interesados en ello, aunque sorprendidos. Todos conocían la excelente reputación de la agencia de los Davenport. Según le había dicho Andrea, en pocos días saldría a la luz y su venganza estaría consumada.

—¿Estás segura, Val? Todavía estás a tiempo de arrepentirte. —Le había dicho su amiga.

—Sí, lo estoy.

—Es que... te ves tan abatida.

—No te preocupes, estaré bien en cuanto todo esto termine.

—¿Y qué harás después?

—Creo que regresaré a Londres.

—No quiero que te vayas.

—Yo tampoco quisiera, Andy. Pero aquí será un pandemónium. Al menos por un buen tiempo. Estaré mejor lejos...

—Lejos para tratar de olvidar —completó Andrea sus pensamientos.

Y sí, eso trataría de hacer, poner distancia de por medio. Ignorar sus sentimientos y confiar en que el tiempo y la lejanía, curarían poco a poco su corazón destrozado.

Era jueves por la noche y regresaba a su casa después de haberse reunido nuevamente con Andrea para ultimar detalles sobre la mudanza que planeaba para dentro de pocas semanas, pues ella le ayudaría con los pendientes que quedarán en Nueva York, el envío de sus cosas, y desocupar su apartamento cuando su contrato de arrendamiento terminara, para lo que faltaban varios meses.

Pero por lo pronto, lo único que quería era dormir y no pensar en nada. Bloquear los recuerdos, bloquear todos sus pensamientos. Todos los días se sentía miserable. Tal vez se tomaría algo. Un whisky. O mejor cianuro. Entró a su departamento y encendió la luz.

—¿Ha sido divertido para ti, Valeria? —resonó en la estancia una voz familiar.

—Nolan... —dijo Valeria con un hilo de voz. Sintió que el piso se abría bajo sus pies. Se tuvo que apoyar en la pared. No esperaba verlo ahí, por

supuesto. Ni siquiera esperaba volver a verlo en lo absoluto.

Nolan estaba sentado en el sillón de la sala, con un vaso en la mano, que contenía algo que parecía whisky. Su mirada era fría y dura, como jamás la había visto. La asustó.

—¿Sabes? Siempre me había sentido orgulloso de mi capacidad para leer a las personas, para ver detrás de sus máscaras... —miró por un momento, pensativo, el vaso de licor—. Sus intenciones ocultas, sus falsedades... siempre fueron fáciles de ver para mí. Pero tú... lo que has hecho...

—Nolan... yo...

—Tengo que reconocerlo, me has superado y por mucho. Tu jueguito ha sido magistral. Debes sentirte muy satisfecha.

—No es un juego. No fue así com...

—No me has contestado. ¿Fue divertido para ti? Al menos alguien debe divertirse para que toda esta puta mierda haya valido la pena.

¿Divertido? ¿Nolan creía que se había divertido con esto? No había nada de diversión en ello. Nada. Era una auténtica pesadilla.

—¿Cómo te enteraste de... si...?

—¿Si el artículo exponiendo los negocios sucios de mi padre en D&D no ha sido publicado aún? No te preocupes. Saldrá en unos días y podrás celebrar tu triunfo. Tuvieron la atención de llamarme para pedir mi versión de los hechos, antes de que salga la publicación. Al menos de algo ha servido que la agencia tuviera una reputación intachable durante tantos años... que ahora, por supuesto, se irá a la mierda.

—¿Y... cuál es tu versión?

—Vaya, ¿ahora te importa mi versión? ¿Por qué demonios no me lo preguntaste antes? ¿Era demasiada consideración que esperar de tu parte, Valeria? ¿Por qué demonios no tuviste la mínima decencia de hablarme de frente, de decirme quién eras en realidad, y lo que había hecho mi padre contra el tuyo?

—O sea que ya sabes que yo...

—Claro que lo sé. Tú eras la única con acceso a esos papeles que estaban guardados en mi casa. Después de que me llamaron de la revista, me comuniqué con Rose. Me dijo de tu visita hace tres días, y que estuviste en esa habitación buscando algo. Eso, sumado a tus acusaciones aquel día en el bar, tu apellido... No tuvimos que escarbar mucho Mark y yo para encontrar todo sobre tu verdadera identidad.

El silencio inundó la estancia. Nolan la miraba como si no la conociera,

con un desprecio tan puro y visceral que un escalofrío helado la recorrió.

—Yo... yo sólo quería hacerle justicia a mi padre —dijo Valeria, finalmente, con voz queda.

La risa amarga del publicista rompió el silencio.

—¿Y esta es tu idea de justicia? ¿Destruirme a mí para vengarlo a él? ¿Y qué demonios tengo que ver yo? ¿Es justo para ti hacer pagar al hijo por los pecados del padre?

—¡Es tu culpa también! Tú participaste en todo ¡Hasta lo llamaste rata! ¡Te escuché! —Valeria estalló, aferrándose a esa verdad como a un salvavidas.

La sorpresa apareció por unos momentos en la mirada de Nolan, aunque pronto quedó oculta tras una máscara de frialdad.

—¿Así que también espiabas mis llamadas? Por supuesto, qué otra cosa podría esperar de ti. —Una triste y amarga sonrisa surgió en su rostro— he sido tan imbécil...

—¿Entonces ni siquiera vas a negarlo? —preguntó, sintiéndose envalentonada de repente, por el recuerdo de lo que los Davenport le había hecho a su familia.

—Estás tan pero tan equivocada, que todo esto hasta sería gracioso si no fuera trágico... —dijo, antes de dar otro trago a su bebida—. Claro que lo niego. Yo no tuve nada que ver en aquello, ni siquiera lo sabía.

—Mientes. Dijiste que «Benson se lo merecía».

—Hunter Davenport. El legendario creador de un imperio publicitario... de intachable reputación. Qué ironía. Mi padre era un buen mentiroso... como tú. De hecho, tú podrías haber sido su hija...tal para cual —afirmó con una mueca de amargura, apuntándole con la mano en la que sostenía su bebida.

¿Cuánto habría bebido ya? No parecía borracho en lo absoluto, pero tampoco tenía buen aspecto. Tal vez había pasado la noche en vela. O más de una noche.

—No me compares con él.

—¿Por qué no? Los dos son un par de farsantes. Y los dos me vieron la cara de estúpido. Creía en mi padre, como creí en ti. Valeria Benson, la mujer de las mil máscaras...

Las palabras de Nolan le dolían como cuchilladas en pleno corazón. Sabía que la ruptura, el momento de las revelaciones, sería muy duro, y por eso había querido evitar un encuentro así. Creyó que podría abandonar la ciudad sin enfrentarlo, huyendo como una cobarde, pero se había equivocado.

—...Y si no hubiera sido por esas cajas —continuó Nolan hablando, como

para sí mismo— nunca me hubiera enterado de la verdad. Mi padre me hizo creer, cuando su amistad con tu padre terminó, que él lo había traicionado. Que había tratado de perjudicarlo en los negocios. Y le creí. Recuerdo la última vez que lo vi, en las oficinas de D&D en Londres. Robert estaba en la recepción, esperando a mi padre. Se veía abatido... y ahora sé por qué. Pero entonces creía que era un traidor y que seguramente estaba ahí sólo para buscar embaucar a mi padre otra vez...

Valeria lo escuchaba incrédula. No podía creerlo, no quería creer que Nolan fuera inocente, que no estuviera enterado de nada.

—Fue hasta que Mark empezó a investigar al tal Jonathan Taylor —Nolan continuó hablando—, quien resultó ser el administrador de Robert Benson, que todo empezó a encajar. En esa caja había emails impresos, cheques, transacciones y comprobantes de depósitos de dinero, de mi padre para Taylor, y de Steve Walsh. Pero eso ya lo sabes ¿No? Yo mismo te puse en charola de plata las armas para destruirme.

Sí, lo sabía. Esos papeles eran los que había fotocopiado y dado a Andrea, junto con su propio testimonio, para que los presentara en la revista de negocios que publicaría todo.

—Pero aún con eso —continuó—, no quedaba claro qué había hecho exactamente mi padre. Hasta que dimos con la pieza que faltaba del rompecabezas. Encontramos a Walsh hace dos días. Y nos contó todo.

—¿Qué... les contó? —dijo Valeria con un hilo de voz.

—Que Robert Benson era totalmente inocente. Que nunca hizo nada contra mi padre, de hecho, nos narró con lujo de detalles, todas y cada una de las bajezas que mi padre cometió para destruir su empresa —dijo Nolan, apretando los dientes.

Las lágrimas escurrían silenciosas por las mejillas de Valeria, que seguía de pie, recargada en la pared junto a la puerta de entrada. Escuchar la verdad en labios de Nolan, la cruda y triste verdad, la hacían sentir reivindicada, pero a la vez estaba devastada.

—Steve Walsh fue la mano derecha de mi padre durante todos esos años. Según nos dijo, tenía tanta envidia de Benson, que cuando tuvo problemas financieros con D&D, vio su oportunidad. Podría destruir a su rival y a la vez salvar su propia empresa. Walsh nos dijo que al final no se sentía nada bien con haber sido cómplice de mi padre en todo aquello, así que cuando Hunter murió, Walsh renunció, se mudó a otro país, y en un intento de limpiar un poco su conciencia, había dejado esa caja ahí, con esos papeles comprometedores,

con la intención de que la encontrara y al menos yo supiera la verdad.

—Limpiar su conciencia... como si fuera tan fácil...

—Desprecio tanto a mi padre en estos momentos... —Nolan apretaba tanto el vaso ya vacío, que Valeria temió que terminara por romperlo.

—Si lo hubiera sabido... —continuó Nolan— si hubiera sabido las porquerías que hizo, te juro por mi madre que yo no lo hubiera permitido. Hubiera encontrado la manera de regresarle a Robert lo que perdió, su empresa... su carrera. Su dinero. —Hizo una pausa y la miró— a él, o a ti, de haberme enterado... después de su muerte.

La tormenta de sentimientos encontrados que se iba formando en su interior mientras Nolan hablaba la hizo sentir débil. Caminó hacia el comedor y se sentó ahí en una silla, varios metros lejos de él, que seguía en el sillón, con los hombros hundidos y la mirada dura.

—Imagino lo terrible que fue para ti todo esto, y con tu padre enfermo...

—Mi padre no estaba enfermo, Nolan.

—Pero murió, ¿no? Los reportes de entonces decían que estaba enfermo del corazón o algo así...

—Mi padre se suicidó. Se quitó la vida. Por culpa de Hunter Davenport.

—Pero...

—El jefe de la policía local se encargó de manejarlo con... discreción, por consideración a la familia. Era amigo de mi padre. Pero lo cierto es que se voló la cabeza con una pistola, Nolan, porque Hunter, no conforme con haberle arruinado la vida, lo amenazó con terminar de hundirlo y mandarlo a la cárcel si procedía contra él. Y mi madre acabó enfermando de cáncer poco después.

El ruido de cristal al romperse la sobresaltó. El vaso que sostenía Nolan estaba hecho pedazos y su mano sangraba.

—Oh, por Dios, Nolan — asustada, corrió a la cocina por una toalla y después hacia él.

El publicista seguía sentado, con la mirada en el vacío, sin prestarle la más mínima atención a su mano.

—Valeria... lo siento mucho. Siento mucho que mi pa... que Hunter haya destrozado tu vida de esa manera. No sólo fue un marido infiel y un hombre despreciable y traidor, resulta que también es el culpable de... de... —hizo una pausa y tragó saliva con dificultad— de la muerte de tus padres —dijo, cabizbajo.

El tono de voz de Nolan, cargado de dolor, sorpresa y desengaño, le partió el corazón.

—Nolan, voy a llamar al 911. Tu mano, creo que va a necesitar puntos. La herida no es grande, pero sí profunda. —Valeria, hincada frente a él, apretaba su mano ensangrentada con la toalla y la examinaba.

—No, no es necesario. De todas formas ya me voy, no tengo nada más que hacer aquí —dijo Nolan tajante, incorporándose.

—Nolan, espera...

—Tú y yo ya no tenemos nada de qué hablar, Valeria. —Un nubarrón de profunda tristeza se abría paso sobre el muro de frialdad en sus ojos—. Y pensar que creí que tú podrías ser la mujer de mi vida...

—Déjame explicarte...

—¿Qué me vas a explicar? ¿Para qué? ¿Quieres limpiar tu conciencia tú también? Sabías bien lo que hacías. Me usaste, Valeria. Sólo he sido una pieza más en tu juego. Decidiste joderme la vida y lo conseguiste. Felicidades. Sólo espero no volverte a ver jamás.

—Nolan...

—Lo digo en serio. No vuelvas a cruzarte en mi camino. —Nolan abandonó su departamento dando un portazo.

Valeria se dejó caer en el sillón donde había estado él, mientras los sollozos, incontrolables, sacudían todo su cuerpo.

Capítulo 9

Post mortem

Valeria llevaba tres días sin salir de la cama. No había querido ni siquiera recibir a Andrea, aunque sí habían conversado varias veces por teléfono. Cada que pensaba en Nolan, en su mirada llena de desprecio y de tristeza, en sus palabras, sentía que quería desaparecer. Una presión como una plancha de metal sobre su pecho la atormentaba noche y día. Su mente buscaba, desesperada, una salida a ello, pero no había ninguna.

Su abatimiento era como un bosque donde la fría y espesa bruma envolvía cada árbol, cada arbusto, cada roca, y ella caminaba perdida, a ciegas. Lo único que entendía es que tenía que encontrar alguna forma de detener su sufrimiento, porque temía que su corazón no iba a soportar por mucho tiempo ese dolor.

—He sido tan estúpida. No sé qué voy a hacer ahora —dijo a Andrea esa mañana de domingo, mientras tomaban té sentadas a la mesa del comedor, cuando por fin la recibió en su casa.

—Pues tendrás que aprender a pedir perdón. Para ti siempre ha sido fácil superar los rompimientos porque nunca has sido la responsable de que las cosas fallaran. Pero ahora es distinto; tú te equivocaste.

—No, ni hablar. No le voy a pedir que me perdone. No lo haré.

—¿Qué vas a hacer entonces? ¿Vas a permitir que tu orgullo gane?

—No es orgullo, Andy. En su lugar, yo tampoco lo haría. No me lo merezco. Y además... tengo miedo. Tengo tanto miedo de que me rechace, de lo que pueda decirme, de lo que me puedan doler sus palabras. Si lo hubieras visto, si hubieras escuchado lo que me dijo...

—Es un riesgo que tienes que correr. Y si te rechaza, ni modo, te caerás y eventualmente te volverás a levantar. Por mucho que te duela, por mucho miedo que tengas, tendrás que hacerlo, porque es tu única oportunidad de recuperar al hombre que amas.

—¿Recuperarlo? —rio con amargura— jamás voy a recuperarlo, Andy. A lo más que puedo aspirar es que algún día deje de odiarme. Pero la relación

que teníamos no volverá.

—Tal vez sí. Algún día. Ahora no, por supuesto. Apenas va a empezar la tormenta. Mañana saldrá publicado el artículo y entonces sí va a desatarse el escándalo —dijo Andrea, con mucha sinceridad y poco tacto.

—Oh, por Dios — Valeria, mortificada, se agarró la cabeza con ambas manos.

—Lo siento... no debí decirlo así.

—No te disculpes. Es la verdad. Y es mi culpa —respondió, cabizbaja. Nunca en su vida había deseado tanto poder regresar a través del tiempo y hacer las cosas de manera diferente. Si tan solo hubiera hablado con Nolan, si le hubiera contado todo... pero no podía volver atrás, lo único que le quedaba era tratar de ser fuerte para enfrentar las consecuencias de sus decisiones.

A la mañana siguiente, los noticieros matutinos locales en su sección de negocios, hablaban del caso. Mencionaban las acusaciones, la evidencia, pero también la réplica de Nolan Davenport. Él había declarado que no sabía nada, y que de hecho, acababa de descubrirlo. Hablaba de su decepción y de su disposición a colaborar con las autoridades, en caso de que se investigaran los señalamientos. Algunos medios dudaban de su palabra, aunque la mayoría lo apoyaba.

Valeria consideró salir a comprar la publicación para saber por sí misma exactamente lo que Nolan decía, pero no tenía ánimos ni el valor para hacerlo. Prefirió esperar a que llegara Andrea, por la tarde, con las noticias.

—Sí, eso es lo que dice. Nolan fue bastante escueto en sus declaraciones, pero señaló lo importante —dijo Andrea a Valeria, dejando la publicación frente a ella, en la mesa de la sala.

Valeria miraba la revista sin atreverse a tocarla, como si fuera una bomba que pudiera estallar en sus manos. No podía creer que había estado convencida que hacer esto, acusar a Nolan, era una buena idea.

—Parece que va a haber una auditoría.

—¿Qué?

—Eso escuché en la radio del taxi, caminé acá. El fisco está interesado en ver si hay algún mal manejo de impuestos; ya sabes cómo son. Hay que encender la televisión, tal vez digan algo más.

Mientras Andrea encendía la pantalla, Valeria se dirigió a la cocina a

prepararse alguna infusión que le calmara los nervios, aunque fuera un poco.

—Me encanta ese hombre —Andrea estaba frente a la pantalla, con el control en la mano.

—¿Quién?

—Maxwell Alderton. El actor que sale en *Detectives implacables*. Es tan guapo...

—Andy...

—Sí, perdón. Ya le cambio al canal de noticias.

Una vez en el canal correcto, Andrea se sentó en el sofá. Momentos después, Valeria salió de la cocina con su taza en la mano y se dedicó a pasear por la estancia como león enjaulado.

—Ya siéntate, cariño, que me vas a marear.

—No puedo sentarme, Andy, estoy muy nerviosa.

—Necesitas algo más fuerte que una infusión de hierbas... oh, mira, ahí está Nolan —Andrea le subió el volumen al televisor y Valeria por fin detuvo su andar para concentrarse en las noticias.

Algunos reporteros rodeaban a Nolan, al parecer, a la salida de las oficinas de D&D. Las preguntas que le hacían eran en esencia, las mismas que ya había respondido a la revista, y las respuestas, por lo tanto, también. Hasta que uno de los reporteros preguntó otra cosa:

—¿Es verdad que la señorita Benson entró a trabajar a su agencia, con el fin de encontrar pruebas para inculparlo?

—Así parece —respondió Nolan.

—¿Piensa proceder de alguna forma contra ella?

—No.

—¿Por qué no? Podría acusarla por difamación, si se comprueba que usted no tuvo que ver...

—La señorita Benson sólo quería justicia para su padre y a mí no me interesa hacer más grande este asunto.

Las palabras de Nolan la hicieron sentir aún más culpable, si es que eso era posible. A pesar de todo lo que ella había hecho, él ni siquiera consideraba la idea de tomar venganza, ni de hacer justicia por difamarlo.

Los reporteros siguieron haciendo preguntas, pero Nolan continuó su camino y subió después a un auto negro que lo esperaba.

—Bueno, al menos puedes estar tranquila. Saldrás bien librada de ésta —dijo Andrea.

—¡Tranquila! —estalló— No estoy tranquila, Andy. Esto es horrible...

es...

—¿Injusto? Sí, lo es. Nolan no se merece esto... y aun así, no quiere perjudicarte.

—Lo sé. Maldita sea. ¿Es que no hay nada que hacer? No quiero que él esté involucrado en esto, no es justo que crean que él tuvo que ver, que es igual a su padre...

—Pues no veo cómo puedas limpiar su imagen —dijo Andy, quedándose pensativa—. A menos que...

—¿Qué? —preguntó ansiosa, tomando asiento en el sofá frente a Andrea.

—Que hables con la prensa tú también. De hecho, hay un puñado de reporteros allá abajo, seguramente esperando a que salgas, para abordarte.

—¿Reporteros? ¿Y por qué no me habías dicho nada?

—No quería mortificarte más. Pero es mejor que no te hagas ilusiones, es posible que no sirva de mucho.

—Lo sé, pero de algo ha de servir. No puedo quedarme sin hacer nada. Todo esto es culpa mía. Yo hice la acusación, yo lo embarré en esto con mi testimonio.

—Eso es cierto. Pensándolo bien, si hay una opinión que puede ayudar, es justo la tuya. Pero... ¿y si de todas formas no te perdona?

—Esto no lo hago para que me perdone, Andy. Lo hago porque es lo justo, porque él no se lo merece. Él ni siquiera sabía... —un nudo en la garganta le impidió seguir hablando.

Andrea se acercó a abrazarla con cariño. Se sentó a su lado.

—¿Pero estás consciente que al retractarte, al defenderlo, quien va a perder credibilidad eres tú?

—Sí, pero no me importa. Tengo que hacer algo.

—De acuerdo, vamos a hacerlo. Arréglate un poco y bajamos. Y que sea lo que Dios quiera.

Media hora después, Andrea y Valeria tomaron el elevador. Cuando llegaron a la planta baja y las puertas del ascensor se abrieron, uno de los reporteros que se encontraban afuera del edificio alcanzó a verlas a través de las puertas de cristal. Para cuando ellas cruzaron el vestíbulo y llegaron hasta ellos, cámaras y grabadoras ya estaban a la espera.

—Señorita Benson, ¿nos contestaría unas preguntas? —dijo uno de ellos.

—La señorita Benson sólo quiere aclarar algo importante —dijo Andrea, apretando el brazo de su amiga para darle valor.

—Yo... —se aclaró la garganta— yo sólo quiero aclarar que el señor Nolan Davenport es inocente. Él no estuvo involucrado en los negocios sucios de su padre.

El revuelo de sorpresa, voces y preguntas no se hizo esperar.

—Pero usted lo acusó, en la entrevista dijo estar convencida de que él estaba involucrado. ¿Y ahora se retracta?

—Sí, me retracto.

—¿Por qué, señorita Benson?

—Porque me equivoqué, fue un malentendido. Estaba... cegada por la rabia y no vi la realidad. Ahora me queda claro que él no tuvo culpa alguna.

—¿Entonces lo acusó, sin pruebas?

—Sí. No hay pruebas de su culpabilidad porque no es culpable. Las pruebas señalan a su padre, no a él.

—Podría demandarla por difamación. ¿Está consciente de ello?

—Sí, lo estoy, y asumiré las consecuencias de mi error si el señor Davenport decide proceder. Gracias. Eso es todo. —Valeria dio la media vuelta para entrar de nuevo al edificio, no sin ayuda de Andrea. El tumulto de reporteros arremolinados a su alrededor finalmente cedió y pudieron retirarse al interior.

Valeria sabía que haber salido a dar la cara y retractarse de esa manera la pondría aún más en el centro del huracán de lo que ya estaba, y podría perjudicar su futuro profesional, pero eso era lo que menos le importaba ahora. Lo único que quería era ver el nombre de Nolan limpio.

La tormenta amainó al paso de los días, sin embargo, al menos hasta que las pesquisas terminaran, el nombre de Nolan seguiría en entre dicho, al igual que el futuro de su empresa.

Las declaraciones de Valeria habían agitado el avispero y atraído aún más atención mediática, no obstante, sí habían ayudado a limpiar la imagen de Nolan.

—... Pero no es suficiente. —dijo Valeria a Andrea cuando se reunieron en su casa, el sábado siguiente. Por ahora, preferían evitar verse en lugares públicos.

—Bueno, pero ayuda. Hiciste lo que pudiste.

—¿Y si pudiera hacer más, Andy? ¿Y si se me estuviera escapando algo, alguna otra opción?

—¿Cómo qué?

—No lo sé.

—La ventaja es que, como dijiste a la prensa, no hay evidencia contra él porque no es culpable. Pero, por otro lado, la falta de evidencia no es garantía de su inocencia. Los únicos que podrían dejarlo perfectamente claro son los involucrados. Y el tal Hunter está muerto...

—¡Walsh! —dijo Valeria, levantándose del sofá casi de un salto.

—¿El cómplice de Hunter?

—¡Sí! Él tiene cargo de conciencia. Por eso entregó esos papeles a Nolan, para que descubriera la verdad. Si él hiciera declaraciones a favor de Nolan... —Valeria paseaba inquieta por la estancia.

—¿Pero por qué lo haría? Por lo que sabemos, es un tipo ruin, y muy bien podría andar escondido en Tombuctú. No va a arriesgar su libertad por ayudar a Nolan, por mucha culpa que sienta...

—Tal vez sí, si yo hablo con él. Él no sabe los alcances de lo que hizo. No sabe que mi padre terminó por quitarse la vida... ni siquiera Nolan lo sabía. El creyó, como todos, que había muerto por un problema cardíaco.

—¿Y crees que eso baste para que te escuche y haga lo que le pides?

—No lo sé, pero nada pierdo con intentarlo. Nolan me dijo que Mark y él hablaron con Walsh hace días. Necesito contactar con Mark. ¿Crees que Malcolm pueda ayudarnos?

—Seguro que sí.

Valeria volvió a sentarse en el sillón, esperanzada.

—¿Mark Adams? Habla Valeria Benson.

—¿Valeria Benson? —La sorpresa en la voz de Mark era clara.

—Sí. Perdona que te llame, es que...

—¿Quién te dio este número? —La hostilidad con que pronunció esas palabras en cuanto salió de su sorpresa la acobardó. Pero no iba a darse por vencida.

—Alguien... que conozco. —Respiró hondo— Mark, por favor, escúchame, es importante.

—No tengo por qué escucharte. Lo que le hiciste a Nolan no tiene nombre.

—Lo sé, lo sé. Por eso es que te llamo.

—Si pretendes que interceda por ti, pierdes tu tiempo.

—No, claro que no te llamo para eso. Necesito que me ayudes a... a reparar el daño que causé.

—Vaya, primero traicionas a Nolan y ahora te arrepientes.

—Por favor, Mark. Tengo un plan que beneficiará a Nolan si funciona. ¿Es que no te interesa ayudarlo?

El silencio de Mark le dio esperanza. Mark era el mejor amigo de Nolan. Por mucho que despreciara a Valeria, ella confiaba en que su interés por su bienestar fuera mayor.

—¿Qué plan? —dijo, finalmente.

—Necesito que me ayudes a contactar con Walsh. Quiero convencerlo de que hable a favor de Nolan, públicamente. Que diga la verdad, que Nolan no estuvo involucrado.

—Es buena idea, pero no creo que acceda. Podría meterse en problemas legales por lo que hizo y dudo mucho que esté dispuesto a ello. —El tono hostil en la voz de Mark había disminuido sólo un poco.

—Lo sé, pero le voy a informar algunas cosas que no sabe y que tal vez lo conmuevan. Por eso necesito hablar con él en persona.

—¿En persona? Ni siquiera está en el país. ¿Vas a ir a verlo hasta donde se esconde?

—Tú sólo contáctame con él y yo me encargo —dijo ella, con la confianza que le daba la certeza de que era un buen plan, y que se lo debía a Nolan.

—Está bien, pero con una condición. Yo voy contigo.

Valeria contemplaba la tenue lluvia a través de la ventana, con una taza de té en la mano. Era una mañana nublada y fría, como acostumbraban ser en Londres.

Había abandonado Nueva York el mes anterior, en octubre, justo cuando su temporada favorita del año comenzaba. Seguía triste, con ese vacío en el pecho que ahora parecía acompañarla a todas partes, sin embargo, estaba satisfecha porque las cosas habían salido bien.

Gracias a Mark, logró contactar con Walsh. Viajaron juntos a París, donde ahora estaba viviendo. La culpa que decía sentir era cierta, y más culpa sintió

cuando Valeria le narró hasta qué punto todo aquello había dañado, y finalmente destruido, a su padre y a su familia.

Sin embargo, esa culpa no era tan grande como para estar dispuesto a ir a la cárcel por aquello. Por fortuna, en cuanto quedó claro que no habría acciones legales contra él, accedió a ser entrevistado en los medios, vía larga distancia, para dejar en claro que Nolan nunca estuvo involucrado en lo que hizo Hunter, y que ni siquiera estaba enterado de ello.

En cuanto a la auditoría y las pesquisas contra Nolan, todo iba resolviéndose favorablemente. Las investigaciones encontraron que Nolan había manejado sus negocios siempre de forma honesta y en la legalidad, y además descubrieron que las trampas de Hunter se habían limitado a la época de sus ataques a Robert Benson. Después de la muerte de Robert, no había evidencia alguna de que Hunter hubiera incurrido en más negocios turbios. Y por si fuera poco, la poca evidencia, la prescripción de delitos (aunado a que el principal culpable ya había fallecido), y la negativa de Valeria para proceder legalmente, llevaron a archivar el caso.

Esos tres factores contribuyeron a que el cielo sobre Nolan por fin comenzara a despejarse y el sol saliera de nuevo. Aunque perdió algunas cuentas en cuanto el artículo salió a la luz, lo cierto es que incluso en los días de tormenta, la mayoría de sus colegas y clientes fueron fieles y solidarios con él. Lo tenían en muy buena estima y confiaban en su inocencia. Algunos incluso fueron entrevistados por la prensa y expresaron que era un hombre admirable, talentoso y honesto.

Valeria se sentía complacida con todo ello, y también satisfecha por al menos haberle dicho a Nolan como habían sucedido las cosas, y haberle expresado su arrepentimiento y sus sentimientos. Le dio muchas vueltas al asunto, porque ponerse en una posición de vulnerabilidad y abrir su corazón de par en par, siempre había sido muy difícil para ella. Sin embargo, sabía que debía hacerlo, o no podría seguir adelante con su vida.

Fue una carta la opción que se le ocurrió para sincerarse con él. Era la mejor posibilidad, porque sabía que en persona, Nolan no estaría dispuesto a escucharla. Así que antes de dejar la ciudad, le encomendó a Andrea que entregara la misiva.

Sabía que a Nolan lo había perdido para siempre, pero al menos quería que supiera la verdad.

Nolan:

Te escribo esta carta antes de irme, porque como me lo pediste, no voy a volver a cruzarme en tu camino, pero hay cosas que necesito que sepas.

Nunca jugué contigo, Nolan. Tener una relación contigo no era parte de mi plan de venganza. Lo que sucedió entre nosotros estuvo fuera de mi control y fue más fuerte que yo. Tan es así, que muchas veces estuve a punto de abandonar el plan, por ti. Por lo que sentía y siento por ti. Porque me enamoré de ti. Al final, cuando escuché esa llamada donde mencionabas a mi padre, creí que era el destino abriéndome los ojos y diciéndome que debería continuar con ello y olvidar lo nuestro. Creí que se lo debía a él, a su memoria. Fui una estúpida, Nolan, y te pido perdón por lo que te hice. No me alcanzará la vida para arrepentirme. No tenía derecho a trastocar tu vida de esa manera, a juzgarte, a asumir que eras igual que Hunter. Tienes razón, debí ser sincera contigo, hablarlo de frente. No lo hice y ahora pago las consecuencias, porque te perdí.

Te deseo toda la felicidad del mundo.

Te amo y nunca te olvidaré.

Valeria

—¿Y entonces no piensas volver? —le preguntó Andrea a Valeria por enésima vez, en una de tantas llamadas telefónicas— me sale muy caro tanta llamada de larga distancia, cariño.

Valeria rio de buena gana. Siempre la alegraban las llamadas de Andrea.

—Me encantaría. Te echo mucho de menos, Andy. Echo de menos Nueva York también, hasta la agencia...

—Por eso deberías regresar. La temporada navideña ya está a la vuelta de la esquina y no es lo mismo sin ti.

—No puedo. No estoy lista todavía. Cuando supere lo de Nolan, regresaré —afirmó, no muy convencida.

—¿Y crees que lo superarás? Nunca te había visto así de enamorada y deprimida, Val.

—Pues tengo que hacerlo —se quedó en silencio por unos momentos, dudando si preguntarle a su amiga lo que tanto deseaba saber— y... ¿has sabido algo de él? ¿Cómo está?

—Sí, justo ayer cené con Malcolm y Derek. Malcolm me dijo que Nolan había estado ausente por un par de semanas. Al parecer estuvo de viaje. Y

hace unos días ya regresó al trabajo.

No le sorprendió a Valeria que Nolan hubiera estado de viaje. Seguramente necesitaba alejarse de ahí tanto como ella. O más.

—¿Y cómo está? ¿Se le ve tranquilo? —Valeria vivía preocupada por Nolan y por cómo estaría llevando todo aquello. Tenía la esperanza de que ahora que el problema se iba resolviendo, él estuviera bien.

—Pues...

—Andy, por favor. Dime lo que sepas.

—Ok. Malcolm dice que no se ve bien. Que cumple con el trabajo, las juntas y todo, pero como autómata. Dice que... que se ve triste, distraído.

Valeria se quedó en silencio. Imaginar lo que Andrea le narraba la hacía sentir fatal.

—¿Sigues ahí?

—Sí, aquí estoy.

—¿Y sigues creyendo que fue buena idea prohibirle a Mark que le contara sobre tu intervención en lo de Walsh?

—Sí, Andy. No quiero que piense que lo hice para que me perdonara. Lo hice sólo porque era lo justo, no para obtener su agradecimiento a cambio.

—Lo sé, Val. Pero tal vez si lo supiera, aunado a la carta que le escribiste...

—No, Andy. Podría malinterpretarlo. No hay manera de arreglar lo que arruiné.

—Quisiera saber qué decirte para que te sintieras mejor, Val. Y además, tan lejos, ni siquiera podemos aplicar la terapia de pizza y whisky.

—Sí que me hace falta, amiga —suspiró— en fin. Mejor cambiemos de tema. Cuéntame algo divertido.

—De acuerdo. Te tengo una sorpresa. ¿Adivina quién está aquí?

—¿Brooke?

—¡Sí! ¿Cómo supiste?

—Soy bruja. ¿Está en la ciudad entonces, ya regresó?

—Sí. Y está justo a mi lado, devorando un sándwich como si no hubiera un mañana.

—¡No lo puedo creer!

Brooke de regreso en Manhattan, era sin duda, una de las pocas noticias que podían levantarle el ánimo. La había echado mucho de menos. Un motivo más para volver...

—¿Y qué esperas para ponerla al teléfono? No me tengas en ascuas —dijo

Valeria.

—¿Sabía que te alegraría! Ahora la pongo.

—Hola, querida, ¿qué dice Londres? —dijo Brooke.

La voz de su amiga la reconfortó. En un momento, era como en los viejos tiempos otra vez. La personalidad de Brooke era como el punto intermedio entre la suya y la de Andrea. Tal vez por eso se había convertido en amigas inseparables; porque se complementaban.

—No puedo creer que estés de regreso justo ahora que estoy tan lejos.

—Lo mismo pensé yo. Pero vas a volver pronto, ¿cierto?

No sabía que contestar a ello. Siempre le decía a Andrea que regresaría en cuanto se sintiera mejor, pero no tenía idea cuánto tiempo más le llevaría superar lo de Nolan lo suficiente como para volver a la ciudad y a los recuerdos.

—No sé qué tan pronto, amiga. No sé si Andy ya te contó por qué estoy acá...

—Sí, ya me contó. Y ahora más que nunca necesitas que tus amigas te apapachen. Una buena terapia de películas de terror también ayudaría...

—¡No, gracias! Tus terapias son traumáticas —rio Valeria.

—Sólo prométeme algo —dijo Brooke, muy seria de pronto.

—¿Qué cosa?

—Que al menos verás *La maldición de Hill House*. Te aseguro que te llevarás tan buenos sustos que al menos por unas horas, se te olvidarán todos tus problemas.

—Eres incorregible. —Valeria rio. Brooke no tenía remedio. No sabía si le serviría «la terapia», pero se lo prometió de todas formas antes de despedirse.

Su tía entrar a la cocina en cuanto terminó la llamada telefónica.

—Me gusta verte reír. Tus amigas tienen muy buen efecto en ti —dijo Alicia.

—Esas dos son capaces de poner de buen humor al más amargado.

—Eso parece. —Su tía sirvió dos tazas de té y le entregó una, antes de tomar asiento a la mesa de la cocina—. Y bien, ¿Cuándo regresas a Estados Unidos?

—No... no lo tengo planeado aún, tía. Ya sabes que no me siento de ánimo para enfrentar los recuerdos y... —Valeria tomó asiento también, y dio un sorbo a su té.

—Valeria Benson, ya basta —dijo Alicia— nunca has sido de las que se tiran a la tristeza. Entiendo que esta vez es más duro para ti, tal vez porque

ahora fue tu error, y la culpa y el arrepentimiento siempre son más difíciles de superar. Ser quien comete los errores es peor que ser la víctima, pero hija, creo que de duelo ya tuviste suficiente.

—Pero sólo han sido un par de meses...

—No estoy diciendo que tus sentimientos deban desaparecer de golpe y porrazo. Lo que digo es que ya es tiempo de que te levantes y retomes el camino. Además, será más fácil para ti superar tus tristezas si tienes tu vida en orden otra vez.

Su tía tenía razón, lo sabía. Ella misma se desconocía. Lo cierto es que estaba en Londres huyendo de sí misma, de sus sentimientos. No estaba acostumbrada a ser la culpable, a cargar con consecuencias graves de sus decisiones equivocadas. Era un terreno nuevo para ella y no le gustaba nada. Y hasta ahora que su tía lo planteaba así, sin adornos, podía ella verlo con claridad. Pero a pesar de ello, no quería regresar todavía.

—Es que me gusta estar aquí contigo, tía. Así ya no estás sola, y tal vez pueda buscar un empleo en la ciudad. Podría quedarme de forma indefinida.

—No me pongas de pretexto, corazón. Sabes que me encanta tenerte aquí conmigo, pero nada me va a pasar por seguir como estaba. Tengo mi empleo, mis amigas y hasta a Jeff. Estoy bien.

Jeff Jackson era un compañero de trabajo de Alicia, que se había convertido en un amigo muy cercano a raíz de la muerte de su hermana Silvia, y al parecer, muy pronto en algo más. Valeria sonrió. Era cierto, su tía estaba muy bien; había sobrellevado con entereza la pérdida. Estaba sana, era independiente y tenía una vida que la llenaba y la hacía feliz.

—Creo que eres más fuerte que yo —Valeria observó a su tía. Con ella también tenía mucho parecido físico, aunque no tanto como con su madre. En cuanto a carácter y personalidad, sin duda podría parecer más hija de Alicia que de Silvia. Siempre había admirado a su tía; era de esas mujeres que parecían invencibles. Como un fuerte roble que ningún viento podría derrumbar.

—Las mujeres nos volvemos más resistentes con los años, corazón. Somos huesos duros de roer.

—Sin duda, tú lo eres —respondió Valeria, dándole un apretón de manos a su querida tía—. Tienes razón. Debo empezar a planear mi regreso.

Esa fría mañana otoñal había poca gente en el cementerio. Los pasos de Valeria quedaban amortiguados por la húmeda tierra bajo sus pies. Las flores de colores vivos que llevaba contrastaban con el gris del cielo y de los sepulcros. Colocó algunas sobre la tumba de su madre y otras en las de su padre, que estaban juntas.

—Se ha hecho justicia. La verdad salió a la luz, papá —dijo Valeria, frente a su tumba. Había ido a despedirse de sus padres, por ahora, pues en unos días regresaría a Estados Unidos—. Aunque no creo que estés orgulloso de mí por lo que hice —añadió, cabizbaja, mientras una lágrima escapaba de su ojo, y con su mano enguantada se limpiaba la mejilla—. Hice daño a un hombre bueno. Al hombre que amo. ¿Puedes creerlo? Soy un desastre papá...

—¿Sabías que mi familia descansa en el mismo cementerio que la tuya? —preguntó una voz conocida, justo detrás de ella.

Valeria estaba segura de que su mente le estaba jugando una mala pasada. No podía ser que él estuviera ahí de verdad. Se giró, lentamente, temerosa de lo que encontraría. Tal vez un fantasma, producto de su imaginación. Tanto pensar en él ya la estaba enloqueciendo. O tal vez sí era Nolan, en carne y hueso, pero viéndola con esa mirada dura y glacial que de sólo recordarla, sentía un nudo en el estómago.

Nada de eso sucedió. Era Nolan, no un fantasma, y no la miraba con desprecio. Sus bellos ojos grises reflejaban algo de tristeza, y duda.

—¿Has venido a ver a tu padre... o a Isabelle...? —preguntó ella con cautela.

—No. Isabelle... —repitió Nolan, con un suspiro, con la vista en el horizonte—. En septiembre, en su aniversario luctuoso, le pedí a Mark que le trajera flores. Encontró aquí a un hombre que lloraba en su tumba. Mark terminó hablando con él. —Hizo una pausa, y la miró otra vez— Isabelle no me amaba. Tenía una relación con ese sujeto, y la noche del accidente había salido, de hecho, a verlo. Tenían planes.

Valeria tuvo sentimientos encontrados. Se sintió triste por Nolan, por la decepción de haber sido engañado por la mujer que tanto había amado, pero también contenta de que por fin se había liberado del peso de la culpa que lo atormentaba.

—Así que no fue por la discusión que tuvieron, que salió esa noche.

—No. No lo fue. No soy culpable de ello.

—Me alegra saberlo, Nolan. No era justo que te sintieras responsable de lo que le sucedió —dijo, sincera.

—Hace meses que lo sé. Pero no había tenido oportunidad de contártelo...
Se quedaron por unos momentos en silencio, uno al lado del otro, con la vista en el sepulcro de Robert Benson.

—Gracias. —Nolan la miró.

—¿Por qué me das las gracias? —preguntó ella, sorprendida.

—Por lo de Walsh.

Vaya, así que Mark había «soltado la sopa». Claramente no era de fiar en eso de guardar secretos. Y eso que se lo había prometido.

—Es... lo menos que podía hacer, después de cómo arruiné tu vida —dijo Valeria—. ¿Mark te dijo que...?

—Sí... Mark me lo contó todo. Apenas hace unos días.

—Me prometió que no diría nada.

—No se lo tomes a mal. Se sentía culpable cada que yo le agradecía por ello, y además, el pobre ya estaba harto de verme mal. Quiso contribuir a arreglar las cosas.

—Yo no quería que lo supieras. No quería que fueras a pensar que lo hice con doble intención, para que me perdonaras.

—¿Entonces no quieres que te perdone? —dijo Nolan, con un ligero tono juguetón en su voz.

—No... no sabía que fuera una posibilidad...

—Es una posibilidad —dijo, con una mirada hermética— tu carta...

—Perdóname, Nolan. No hay justificación para lo que te hice, ni siquiera vengar la muerte de mi padre lo justifica.

Nolan no respondió, sólo la miró, largamente. Sus ojos, a ratos cálidos, a ratos indescifrables, la ponían nerviosa.

—Escuché lo que decías hace rato. A tu padre. ¿Es verdad entonces todo lo que decías en tu carta?

—Cada palabra.

—¿Me amas? ¿Es eso cierto?

—Te amo. Te amo, Nolan —respondió con vehemencia.

El publicista tomó una de sus manos enguantadas, y entrelazó sus dedos con los suyos. Valeria sentía que su corazón iba a explotar.

—Creí que todo había sido una farsa. Que la relación entre nosotros... que yo había sido el único sintiendo tantas cosas.

Valeria apretó su mano y acarició el rostro de Nolan con la otra.

—Nunca fue una farsa, Nolan. Lo nuestro... es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Valeria pudo ver en los ojos del publicista, como las barreras iban cayendo, una a una, dando paso a un caudal de sentimientos, como acero derretido. Él tomó su rostro con ambas manos, y acercó su rostro al suyo.

Cuando sintió los labios de Nolan sobre los suyos, todo su mundo empezó a dar vueltas. El alivio después de tanto dolor, la euforia de tenerlo ahí con ella, otra vez, eran sensaciones tan intensas que la aturdían. Se sentía como alguien que moría de sed después de haber atravesado el desierto y por fin había llegado a un oasis.

Valeria abrazó a Nolan, y respondió a su beso con toda su alma, con toda su pasión, con todo su corazón. El beso fue largo, sensual y dulce a la vez. Finalmente, Nolan hizo una pausa, sin dejar de abrazarla.

—Yo también te amo —dijo en un susurro que la estremeció—. Y además, no todo fue tu culpa.

—Claro que sí. Yo te mentí.

—Pero yo debí haber sabido lo que hacía mi padre. He estado pensando mucho en todo esto, y creo que en cierta forma, me negué a ver cómo era en realidad, hasta donde sería capaz de llegar.

—Es entendible. Era tu padre.

—Aun así, Val. Tal vez si yo no hubiera sido soberbio, si no hubiera estado tan confiado en mi criterio para juzgar a la gente, hubiera podido evitar lo que le hizo a Robert. —Nolan besó sus dedos—. Siento mucho lo que has tenido que sufrir por su culpa.

—Y yo siento mucho haberme desquitado contigo.

Una calidez largamente añorada invadía a Valeria. Había estado tan segura de que había perdido a Nolan para siempre, que le costaba creer que no estaba soñando.

—Vamos a tu casa, que tu tía está esperando. —Nolan interrumpió sus pensamientos.

—¿Mi tía?

—Claro. Andrea me dio la dirección de tu tía y ahí fui a buscarte. ¿Quién más crees que podría haberme dicho dónde encontrarte?

—¿Fuiste a buscarme? Creí que nos habíamos encontrado por casualidad...

—Las casualidades no existen, cielo —dijo Nolan.

—Sólo el sendero que nosotros trazamos.

—Así es. Sólo el sendero que nosotros trazamos.

Abrazados y felices, caminaron juntos hacia la salida del cementerio. Hacia su vida. Hacia su futuro.

Epílogo

—¿Podrían controlarse por favor, cuando están en público? —dijo Mark, en tono de falsa indignación.

Valeria y Nolan estaban besándose, de pie detrás de una columna, en un rincón del enorme salón de eventos. Era la fiesta de Año Nuevo de D&D en Nueva York, y estaban echando la casa por la ventana.

Todo mundo estaba ahí, incluso personal de otras sucursales, y hasta una que otra celebridad que en algún momento había formado parte de campañas publicitarias de la agencia.

—¿Para eso viniste, para estarme importunando? —respondió Nolan, con esa media sonrisa tan típica de él.

—Está bien, los dejaré en paz. —Mark tomó una copa que le ofrecía el mesero, y estaba a punto de retirarse cuando Brooke y Andrea se les unieron.

—Mark, ¿ya conoces a mis amigas? Andrea Jones y Brooke Lane, ambas se dedican al periodismo —dijo Valeria—. Él es Mark Adams, está a cargo de la agencia D&D de Londres.

—Así que tú eres el famoso Mark —dijo Brooke.

—¿Soy famoso? — Mark rio, divertido.

—No realmente. No te emociones. —Nolan se burló de su amigo— Y tú debes de ser Brooke, la pieza que faltaba del trío dinámico —añadió.

—Ella misma. Recién desempacada de Canadá —agregó Andrea.

—Y espero quedarme en Manhattan por un buen rato. Ya echaba de menos a mis amigas —respondió Brooke, abrazando a Andrea y a Valeria.

—Brindemos por la amistad —dijo Mark, alzando su copa.

Después de un rato, Valeria y Nolan quedaron solos otra vez, mientras Andrea y Brooke no paraban de charlar entre ellas y Mark conversaba con clientes de la agencia.

—Mark parece una gran persona. Me agrada. —Valeria lo miraba desde el otro extremo del salón.

—Lo es. Es como un hermano para mí —dijo Nolan, con énfasis—. ¿Entonces ya lo perdonaste por haberme dicho lo de Walsh?

—Claro que sí. Si su intervención contribuyó a que tú y yo volviéramos a estar juntos... —dijo, coqueta, besándolo en los labios.

—Y hablando de estar juntos, ¿a qué hora crees que sea conveniente que nos fuguemos de esta fiesta? —preguntó Nolan, siguiendo con su dedo el contorno de su oreja y bajando por su cuello.

—¡No podemos fugarnos! Es tu fiesta, no es apropiado...

—Dije conveniente, no apropiado —le dijo, con un guiño—. ¿Y qué te he dicho sobre lo apropiado?

—¿Qué la vida es demasiado corta para preocuparse por ello?

—Exacto.

—Espero que no quieras fugarte también de la cena que tenemos mañana con tu mamá y su esposo.

—Claro que no. Es una ocasión muy especial; además, la echo de menos. Hace meses que no la veo.

Valeria se quedó pensativa. Estaba nerviosa por la dichosa cena. Conocería a la madre de Nolan por primera vez, y considerando todo el asunto de Hunter y lo que ella había hecho, le preocupaba que se hubiera ganado una enemiga. Quería agradecerle a la mamá de Nolan.

—No estés nerviosa. Mi madre te adorará, créeme.

—Con que no me odie me conformo... —dijo, después de un profundo suspiro de resignación—. ¿Sabes? Creo que necesito relajarme...

—¿Nos fugamos entonces?

—Nos fugamos.

La cena con Eloise y su esposo Bob fue encantadora. La madre de Nolan resultó una mujer cálida y divertida también, además de hermosa. Podía ver Valeria con beneplácito que Nolan había heredado, en personalidad y en apariencia, mucho de su madre y poco de su padre. Bob, por su parte, tenía un carácter abierto y extrovertido, y se notaba a leguas su amor por Eloise, así como su afecto por Nolan.

El único momento embarazoso de la noche se presentó cuando Nolan mencionó «el regalo».

—Madre, necesito que me ayudes a convencer a Valeria para que acepte mi regalo.

—Nolan... —Valeria sintió que su rostro enrojecía. No podía creer que fuera el mismo Nolan quien sacara a la conversación ese tema, en plena cena.

—¿Qué regalo? —preguntó Eloise, intrigada.

—He querido compensar a Valeria de alguna forma, por lo que... pasó, pero no quiere aceptar.

—Nolan, no voy a aceptar tu dinero. Te lo agradezco mucho, pero no puedo... —dijo, bajando la voz, y la vista a su plato.

—¿Por qué no, hija? —dijo Eloise, extendiendo su mano sobre la mesa, para tomar la suya, en un gesto afectuoso—. Es lo justo, después de las bajezas que mi exmarido cometió.

Valeria casi se atraganta con su comida. No esperaba en lo absoluto que con la familia de Nolan se hablara tan abiertamente de eso.

—¿Usted... está de acuerdo?

—Por supuesto. Me complace saber que mi hijo te lo ha ofrecido. Y por cierto, quiero aprovechar para pedirte perdón, en nombre de la familia, por ello. No puedo ni imaginar lo doloroso que fue para ti, para tu familia...

—Muchas gracias, señora, pero no tiene por qué. Ustedes no son culpables de nada.

—Aun así. Y no me digas «señora», que me haces sentir vieja. Sólo Eloise —dijo sonriente.

—Pero si estás igual de guapa que una quinceañera, amor, qué vieja ni que nada —intervino Bob, cariñoso.

—Gracias, Eloise. Gracias a los dos. Pero de verdad, no puedo aceptar. Además, no lo necesito, estoy muy bien. Y yo también... hice cosas...

—Eso ya no importa, hija. Es comprensible.

—¿Y si lo usaras para algo más? ¿Algo en memoria de tu padre, de tus padres? —dijo Bob.

—¿En memoria?

—Qué gran idea, Bob —respondió Nolan, entusiasmado—. Sí, Val, podrías usarlo para establecer alguna fundación, que apoye una causa que te interese, en memoria de Robert. Estarías ayudando a gente que lo necesita, con esos recursos.

—Oh... eso es... una buena idea —dijo, comenzando a imaginar las posibilidades.

—¿Eso es un sí? —preguntó Nolan.

—Sí, creo que sí —dijo Val, aún algo apenada.

—Excelente. Brindemos por la fundación, entonces —Eloise alzó su copa.

—Y por la familia —añadió Bob.

—Y por el amor —concluyó Nolan.

Pasaba de la media noche cuando llegaron a casa de Nolan, después de la cena con su madre y Bob. A pesar de la insistencia del publicista para que se hospedaran con él, pues tenía suficiente espacio, habían preferido quedarse en un hotel para no «importunar» a la pareja.

Nolan abrió la puerta y entraron. Él cerró tras de sí. Aún no encendía la luz cuando Valeria sintió el cuerpo de Nolan aprisionándola contra la pared. Su boca en la suya, y sus manos recorriendo sus caderas.

—Nolan... —dijo con la voz entrecortada.

Él tomó sus muñecas con una mano y las sostuvo por encima de su cabeza, mientras con la otra se internaba debajo del vestido.

—¿Lo recuerdas? —le preguntó con voz baja.

—Sí... la fiesta. —Claro que recordaba. El enmascarado seduciéndola, enloqueciéndola, en el enorme y ostentoso salón.

—Me encantó como te abandonaste a mis besos, a mis caricias...

Ella gimió, arqueó la espalda, y comenzó a moverse contra su mano, mientras, ansiosa, lo desvestía.

—Nolan, hazlo ya... por favor —dijo suplicante, enredando sus piernas en la cintura del publicista, quien atrapó su boca en un beso largo y profundo, antes de entrar por completo en su cuerpo.

La mente de Valeria era un desfile de imágenes fragmentadas de ahora, del ayer, y de todas y cada una de las veces en que habían hecho el amor. El éxtasis, la entrega y la permanente sensación de que sus cuerpos se pertenecían; que habían nacido para estar el uno con el otro.

Fundidos en uno solo, consumidos por la pasión, sus cuerpos alcanzaron la cima.

Estaban aún abrazados y de pie, cuando en un solo movimiento, Nolan la cargó al hombro y la llevó escaleras arriba, al igual que aquella ocasión en que compartió su cama por primera vez.

—Te amo, Nolan Davenport. No sabes cuánto —le dijo al oído, mientras la llevaba en su brazos.

—No más que yo a ti, Valeria Benson —respondió, con los ojos brillantes de felicidad, depositando un dulce beso en sus labios.

Agradecimientos

Gracias a Jorge y a David, y a mis padres, por siempre apoyarme en mis proyectos y por su amor incondicional.

Gracias también a mis adoradas amigas, Pau y Yas, por tener siempre palabras de aliento y por ser siempre cómplices.

Agradezco también a mi querida amiga en la distancia, Sylvia, por haber sido mi primera lectora beta, y haberme animado a lanzarme con todo.

Un agradecimiento especial a Stefania Gil, pues gracias a sus consejos y experiencias, que comparte generosamente, pude resolver varias dudas en la recta final de esta nueva aventura.

Gracias a todos los que lean esta historia. Espero que la disfruten.

Sobre la autora

Sandra Somera nació en Ciudad de México. Estudió Ciencias de la Comunicación y Diseño Gráfico, pero descubrió que lo que más le gusta es escribir.

A raíz de ello, comenzó a participar en convocatorias de escritura locales, ganando lugares destacados en relato, poesía y ensayo. Desde entonces decidió que se dedicaría a la escritura.

Ha laborado como periodista, columnista y editora en medios impresos en Cancún, Quintana Roo, y después, como redactora independiente en diferentes proyectos.

Además de la escritura, le gustan también los perros, el café y las tardes lluviosas en compañía de un buen libro. Disfruta leer diversos géneros, desde romance, hasta fantasía, historia y ciencia ficción.

No soy un ángel es su novela debut en el mundo de la autopublicación, y es la primera de la serie *Chicas de ciudad*, que estará formada por tres historias autoconclusivas, pero relacionadas.

Contacta con Sandra

Gracias por leer esta historia. Recuerda que tus comentarios en Amazon y Goodreads son importantes para que otros lectores puedan disfrutar de las diversas historias publicadas y los escritores podamos mejorar. Y si tu opinión es favorable, me sentiré más que agradecida y emocionada. Espero que *No soy un ángel* te haya gustado tanto como a mí me gustó escribirla. □

¡Sígueme en redes para que estemos en contacto! Estaré informando sobre próximas publicaciones de la misma serie (*Chicas de ciudad*) y de otras más.

www.sandrasomera.com

Twitter: @SandraSomeraL

Instagram: @SandraSomeraL